

El imperio comanche

ATALAYA

409

www.elboomeran.com

PEKKA HÄMÄLÄINEN

El imperio comanche

TRADUCCIÓN DE RICARDO GARCÍA PÉREZ



EDICIONES PENÍNSULA

BARCELONA

Título original inglés: *The Comanche Empire*
© 2008, Yale University

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición: enero de 2011

© de esta traducción: Ricardo García Pérez, 2011

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2011

Ediciones Península,

Peu de la Creu 4, 08001-Barcelona.

info@edicionespeninsula.com

www.edicionespeninsula.com

VÍCTOR IGUAL · fotocomposición

GRAFOS · impresión

DEPÓSITO LEGAL: B. 44.132-2010

ISBN: 978-84-9942-079-0

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción: Colonialismo invertido	11
1. Conquista	35
2. El nuevo orden	105
3. El abrazo	161
4. El imperio de las llanuras	209
5. La Gran Comanchería	263
6. Hijos del sol	345
7. Hambre	417
8. Colapso	459
Conclusión: La forma del poder	487
Lista de abreviaturas	515
Notas	517
Bibliografía	645
Índice analítico	683

AGRADECIMIENTOS

Hay varias personas e instituciones que me ayudaron a concluir este libro. Me gustaría dar las gracias por orientarme en el mundo académico a Markku Henriksson, David Wishart y John Wunder, cuyos conocimientos han sido una fuente de inspiración inagotable y que jamás han dejado de plantearme retos intelectuales y de otra naturaleza. Este libro no existiría sin el consejo y el apoyo de David Weber. Ha sido un defensor incondicional de mi trabajo y leyó el manuscrito en diferentes fases guiándome siempre para que mis formulaciones fueran más equilibradas, precisas y claras. Elliott West leyó el manuscrito dos veces y lo mejoró enormemente con sus agudas intuiciones y su crítica sagaz. Estoy muy en deuda con él.

Una beca de investigación del William P. Clements Center for Southwest Studies de la Southern Methodist University (SMU) me proporcionó un entorno estimulante para revisar y replantear el trabajo. El taller de manuscritos del Clements Center reunió a varios especialistas destacados para que analizaran mi proyecto. Estoy profundamente agradecido por su asesoramiento y sus críticas a los participantes en el mismo: Edward Countryman, David Edmunds, Morris Foster, Todd Kerstetter, James Snead, Daniel Usner, Omar Valerio-Jiménez, David Weber, Elliott West y John Wunder. Quisiera dejar una nota especial de agradecimiento a Andrea Boardman por toda la ayuda que me prestó durante mi estancia en la SMU. Posteriormente, una generosa beca de dos años del Collegium for Advanced Studies de la Universidad de Helsinki me permitió escribir el cuerpo principal de este libro en un entorno muy estimulante desde el punto de vista intelectual. También me gustaría dar las gracias por el apoyo económico de la Texas A&M University y la Universidad de California en Santa Barbara (UCSB).

Muchas personas han leído todo o parte del manuscrito y me

AGRADECIMIENTOS

han permitido validar mis ideas en conversaciones y debates muy animados. Estoy profundamente agradecido a Gary Clayton Anderson, Matthew Babcock, Ned Blackhawk, Guillaume Boccara, Colin Calloway, Brian DeLay, Jason Dormandy, Ross Frank, Sarah Griffith, Andrew Isenberg, Ben Johnson, John Lee, Andrea McComb, Patrick McCray, Cecilia Méndez, Susan Miller, Jean Smith, Gabriela Soto Laveaga, Paul Spickard, Todd Wahlstrom y Martina Will de Chaparro. Thomas Kavanaugh compartió generosamente conmigo sus vastos conocimientos de la cultura y la historia comanches. También hay deudas que se difuminan en la amistad forjada con experiencias comunes: tuve la suerte de escribir mi primer libro mientras mis buenos amigos Mark Ellis, Mikko Saikku y Sam Truett concluían los suyos. Siempre pude disponer de su apoyo y de su continuo consejo. Debo dar las gracias especialmente a Lee Goodwin, que compartió su pozo de conocimientos sobre archivos documentales, localizó documentos esenciales y me involucró en muchas discusiones historiográficas efervescentes. También leyó el manuscrito con una atención inquebrantable a los detalles y me ahorró muchos errores. Jennifer Mundy, de la Biblioteca Davidson de la Oficina de Colecciones Especiales de la UCSB, me brindó una ayuda impagable a la hora de rescatar fuentes confusas.

En Yale University Press hubo varias personas que convirtieron en una experiencia deliciosa la transformación del manuscrito en un libro. Mi editor, Chris Rogers, hizo suya de inmediato mi idea del libro, y sus inteligentes sugerencias editoriales fueron de gran ayuda para las últimas revisiones. Laura Davulis y Jessie Hunnicutt condujeron el manuscrito por toda la fase de producción con un aplomo tranquilizador, y Eliza Childs, mi correctora, pulió mi prosa y me hizo participar en discusiones muy fructíferas sobre el estilo y la sintaxis.

La deuda mayor es con Veera Supinen, que leyó y formateó numerosas versiones de este libro y, a menudo, orientó mi pensamiento hacia nuevas sendas. Su inteligencia, sabiduría y elegancia han alimentado este proyecto de principio a fin.

INTRODUCCIÓN

COLONIALISMO INVERTIDO

Este libro trata de un imperio norteamericano que, según los manuales de historia al uso, no existió. Narra la conocida trama de expansión, resistencia, conquista y desaparición, pero los papeles habituales se han invertido: se trata de un relato en el que los indios se expanden, ordenan y prosperan, y los colonos europeos resisten, se repliegan y luchan por sobrevivir.

En los albores del siglo XVIII los comanches eran una pequeña tribu de cazadores recolectores que vivían en los escarpados desfiladeros de la remota frontera septentrional del reino español de Nuevo México. Eran unos recién llegados que habían huido de los disturbios políticos y las disputas internas de sus territorios de origen tradicionales, en las Grandes Llanuras del centro, y hacían todo lo posible por reconstruir su forma de vida en una tierra extraña cuya incorporación al universo español parecía inminente. Fue aquí, en la punta de lanza del imperio más grande del mundo, donde los comanches iniciaron una expansión explosiva. Compraron y robaron caballos en Nuevo México, se reinventaron a sí mismos como guerreros a caballo y volvieron a pergeñar su lugar en el mundo. Entraron por la fuerza en las llanuras meridionales, desplazaron a los apaches y a otras naciones indias que allí habitaban y, en el transcurso de tres generaciones, forjaron un territorio inmenso, más extenso que el conjunto de la zona situada al norte del río Grande, que en aquella época estaba bajo control europeo. Se convirtieron en los «señores de las llanuras meridionales», unos jinetes feroces y belicosos que frenaron las incursiones euroamericanas en el sudoeste del actual Estados Unidos* hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX.¹

* En adelante, nos referiremos a menudo a esta región simplemente con el nombre de «el Sudoeste». (*N. del T.*)

INTRODUCCIÓN

La literatura existente suele retratar a los comanches como una potencia ecuestre formidable que alzó una barrera de violencia sobrecogedora ante la expansión colonial.² Junto con los iroqueses y los lakota, han quedado inmersos en la memoria colectiva estadounidense como una de las pocas sociedades indígenas capaces de oponer una resistencia significativa a la conquista euroamericana de Norteamérica. Pero la idea de que los comanches alzaron una barrera omite al menos la mitad de la historia, pues a mediados del siglo XVIII volvieron a reinventarse a sí mismos, en esta ocasión como pueblo hegemónico que alcanzaba cotas de poder y prosperidad cada vez más altas a costa de las sociedades adyacentes, tanto indias como euroamericanas. Paulatinamente, empezó a tomar forma un cambio trascendental. En el Sudoeste, el imperialismo europeo no solo se estancaba ante la resistencia indígena, sino que quedaba eclipsado por el imperialismo indio.

Ese vuelco en las relaciones de poder fue algo más que un mero problema técnico de la historia o una interrupción provisional del proceso de colonización europeo de la Norteamérica indígena. Durante una centuria, la transcurrida aproximadamente entre 1750 y 1850, los comanches fueron el pueblo dominante en el Sudoeste y manejaron y explotaron los destacamentos coloniales de Nuevo México, Texas, Louisiana y el norte de México en aras de su seguridad, prosperidad y poder. Extrajeron recursos y mano de obra de sus vecinos euroamericanos e indios mediante el latrocinio y los impuestos, e incorporaron otras etnias a sus filas en calidad de pueblos adoptivos, esclavos, trabajadores, personas dependientes o vasallos. El imperio comanche se propulsaba con la violencia pero era, ante todo y principalmente, al igual que la mayor parte de los imperios viables, una organización económica. Su núcleo era una red comercial amplísima que permitió a los comanches controlar los mercados fronterizos de las inmediaciones y el comercio de larga distancia, con lo que introdujeron en su órbita política a los grupos vecinos y difundieron su lengua y su cultura por todo el subcontinente. Y, como siempre, la preeminencia política a largo plazo en el exterior se basaba en un desarrollo muy dinámico en el interior. Para afrontar las oportunidades y los retos de su rápida expansión, crearon un sistema político centralizado pero con múltiples niveles, una econo-

INTRODUCCIÓN

mía mercantil próspera y una organización social jerarquizada, pero lo bastante flexible para sustentar y vencer las cargas de su ambición en el exterior.

Así pues, los comanches fueron una potencia interregional con carisma imperial, y su política dividió la historia del Sudoeste y el norte de México en dos trayectorias con un contraste muy marcado. Mientras que los comanches alcanzaban cotas inigualables de influencia política y económica, riqueza material y estabilidad interna, las colonias españolas, las posteriores provincias mexicanas y muchas sociedades agrícolas indígenas padecían los inconvenientes habituales de las regiones periféricas del mundo colonial. Sin reconocerlo abiertamente, los españoles, franceses, mexicanos y angloamericanos vivían en el centro del continente dominados y eclipsados por un imperio indígena. Ese imperio, su auge, su anatomía, sus costes y su caída, constituyen el objeto de este libro.

Las grandes potencias indias americanas han cautivado la imaginación de los especialistas desde que Hernán Cortés se abriera paso a la fuerza en Tenochtitlán y Francisco Pizarro avanzara sobre Cuzco. Con el paso de los años, los historiadores y arqueólogos han revelado la existencia de sistemas de gobierno imperialistas o pseudoimperialistas de indios americanos que sometieron a otras sociedades indígenas. Es fácil recordar a los aztecas, los incas y otros forjadores de imperios de la América precolombina, pero, haciendo un esfuerzo mayor, podríamos pensar también en los powhatan de principios del siglo xvii de las marismas costeras de Virginia, en los *haudenosaunee* del siglo xvii (la confederación iroquesa) en el nordeste de Estados Unidos o en los *lakota* de las llanuras septentrionales del siglo xix.³

Este libro se inscribe en ese género, aunque también desborda sus márgenes. Muestra que los comanches combatieron y sometieron a otras sociedades indígenas, pero que su capacidad para reducir a los regímenes coloniales euroamericanos a meros componentes de su posición dominante fue más importante para alcanzar la supremacía. Los comanches lograron algo excepcional: forjaron una estructura imperial que sometió, explotó, marginó, asimiló y transfor-

INTRODUCCIÓN

mó profundamente destacamentos coloniales cercanos y lejanos, con lo que invirtió la trayectoria imperial habitual en grandes sectores de América del Norte y Central.⁴

Además, los comanches lo hicieron en el siglo XVIII y a principios del XIX, durante la pleamar de la rivalidad imperial, cuando las potencias coloniales se disputaban la preeminencia en toda Norteamérica. El sudoeste de Estados Unidos fue escenario de varios proyectos imperiales muy dinámicos y dispares que convergían y chocaban de formas imprevisibles. Mientras los imperios español, francés, británico y estadounidense rivalizaban entre sí por las tierras, el comercio y las materias primas, los comanches seguían expandiendo sus dominios y frustrando profundamente las ilusiones europeas de superioridad. El resultado fue una historia colonial que contraviene la perspectiva convencional. Una idea muy persistente sostiene que el devenir y los contornos de los albores de la historia de Estados Unidos estuvieron determinados por los giros de la dinámica de poder euroamericana y las reacciones que suscitaron en las metrópolis de Madrid, Londres, Versalles, Ciudad de México y Washington. Sin embargo, el Sudoeste era una excepción clamorosa. Allí importaban las ideas de las metrópolis, pero solían tener menos relevancia que las políticas y los designios de los comanches, cuyo dominio adquirió finalmente proporciones hemisféricas, pues se extendía desde el corazón de Norteamérica hasta adentrarse en las profundidades de México. De hecho, la ascendencia comanche es el elemento ausente en la arrolladora secuencia histórica que desembocó en el fracaso de Nueva España en la colonización del interior de América del Norte, la erosión de la autoridad imperial española en el Sudoeste y la decadencia precipitada del poder mexicano en el Norte. En última instancia, el auge del imperio comanche contribuye a explicar por qué el extremo septentrional de México es hoy día el sudoeste de Estados Unidos.

Pese a toda su fuerza y potencial expansionista, los comanches nunca trataron de erigir un sistema imperial al estilo europeo. El imperio comanche, una creación de bandas nómadas, no fue una estructura rígida aglutinada por una única autoridad central, ni tampoco una entidad que pudiera mostrarse en un mapa como un bloque sólido con fronteras nítidas. A diferencia de las potencias im-

INTRODUCCIÓN

periales euroamericanas, los comanches no pretendían establecer asentamientos coloniales a gran escala, y su idea del poder no pasaba por el gobierno directo sobre gran número de súbditos. No hacían publicidad de su fuerza con arte y arquitectura ostentosos, ni dejaron tras de sí ruinas de un imperio que nos recuerden el alcance de su poderío. No obstante, como, tanto por razones culturales como estratégicas, preferían el gobierno informal a las instituciones formales, crearon entre todas las sociedades un orden jerárquico muy marcado y bien integrado con un perfil, un alcance y una sustancia inconfundiblemente imperiales. Las numerosas bandas y subdivisiones comanches conformaban una coalición muy fluida internamente pero muy coherente desde el exterior que, mediante una creativa combinación de políticas de violencia, diplomacia, extorsión, comercio y parentesco, logró lo que otros imperios con estructuras más rígidas obtuvieron mediante el control político directo: imponer su voluntad sobre sistemas de gobierno vecinos, aprovechar el potencial económico de otras sociedades y convencer a sus rivales de que adoptaran y aceptaran sus normas y costumbres.

Para comprender la naturaleza específica del imperialismo comanche es preciso entender cómo se entrelazó el ascenso de los comanches con otras expansiones imperiales: el empuje tenaz, aunque errático, de Nueva España hacia el Norte desde la zona central de México; el empeño de Nueva Francia por asimilar las praderas del interior a su dominio comercial; y la búsqueda de Estados Unidos de un imperio transcontinental. Para simplificar lo que fue un proceso complejo desplegado en varios escenarios, diremos que los comanches desarrollaron una política de poder agresiva en respuesta a las invasiones euroamericanas, que pusieron en peligro su seguridad y autonomía desde el momento en que ingresaron en las llanuras meridionales. En realidad, el hecho de que el territorio comanche, la Comanchería, estuviera rodeada durante toda su existencia por asentamientos de colonos euroamericanos convierte a los comanches en candidatos con pocas probabilidades de alcanzar la primacía en la región. Pero, como los comanches aumentaron su número y su poder, la disposición geopolítica acabó convirtiéndose en el fundamento mismo de su predominio. Su abrumadora fuerza militar, tan evidente en los ataques de guerreros a caballo que tanto terror sus-

INTRODUCCIÓN

citaban, les habría permitido destruir muchos asentamientos de Nuevo México y Texas y expulsar a la mayor parte de los colonos al otro lado de sus fronteras. Pero jamás adoptaron una política de expulsión sino que, por el contrario, prefirieron que sus fronteras limitaran con destacamentos formalmente autónomos, pero económicamente subsidiarios y dependientes, que sirvieran de vías de acceso a los inmensos recursos del imperio español.

De modo que los comanches fueron una potencia imperial con una diferencia: su objetivo no era conquistar y colonizar, sino coexistir, controlar y explotar. Mientras que las potencias imperiales tradicionales gobernaban volviendo las cosas más rígidas y previsibles, los comanches lo hacían manteniéndolas fluidas y maleables.⁵ Este carácter informal, casi ambiguo de la política de los comanches no solo dificulta definir su imperio, sino también, a veces, siquiera verlo. Nuevo México y Texas lindaron con la Comanchería durante toda la era colonial y, aunque a menudo sufrieron la presión de los comanches, las colonias gemelas resistieron, lo que permitió a España afirmar que su dominio imperial en el Sudoeste era arrollador. Sin embargo, si se examina con detenimiento, la presencia imperial inflexible de España en la región se convierte en una ilusión que solo existió en la mentalidad de los españoles y en los mapas europeos, pues los comanches controlaban una parte muy extensa de todos los bienes materiales que se podían utilizar en Nuevo México y Texas. En la cultura comanche no existía la idea de que la tierra es una forma de propiedad privada y generadora de ingresos y, en cierto sentido, el ganado y los esclavos ocupaban el lugar de la propiedad privada terrateniente. Esta observación elemental tiene unas repercusiones enormes sobre la forma en que deberíamos entender la relación entre los comanches y los colonos. Cuando los comanches sometían a Texas y Nuevo México a incursiones y asaltos sistemáticos para obtener caballos, mulas y prisioneros y despojar de esos recursos productivos a zonas muy extensas, convertían de hecho a las colonias en posesiones imperiales. Que la Texas y el Nuevo México españoles no fueran conquistados por los comanches no es un hecho histórico, sino algo que depende del punto de vista que se adopte.

En este libro me propongo examinar el complejo poder de los comanches en el marco de una red trasatlántica emergente que to-

INTRODUCCIÓN

avía no se había consolidado en una economía mundial que la englobara. Desde este punto de vista, durante el siglo XVIII y los comienzos del siglo XIX el sudoeste de Estados Unidos y el norte de México afloran como un sistema-mundo a pequeña escala, vigente al margen de la garra controladora de los imperios ultramarinos de Europa. La Comanchería fue su núcleo político y económico, una almendra central de la región que estaba rodeada por sociedades y territorios más o menos periféricos, cuyos destinos estaban vinculados a los comanches mediante complejas redes de cooperación, coerción, extorsión y dependencia. El enfoque del sistema-mundo en la historia ha sido criticado a menudo por ser demasiado rígido y mecanicista, lo cual es cierto. He utilizado su lenguaje y sus metáforas espaciales de forma selectiva, pero también intencionada, pues soy consciente de que transmiten cierta idea de rigidez y permanencia. Ante el telón de fondo de unas fronteras norteamericanas en continuo desplazamiento, el espacio que los comanches ocuparon, y finalmente dominaron, entre las demás sociedades estuvo marcado por unas jerarquías de poder inusualmente firmes, duraderas y peculiares.⁶

Este mundo «comanche-céntrico» no era en modo alguno independiente; estaba anclado desde su concepción misma en el universo colonial general a través de las poderosas redes administrativas y económicas tendidas entre Nuevo México, Texas, las provincias mexicanas del Norte y Ciudad de México. Pero los vínculos institucionales tenían con frecuencia menor impacto sobre la evolución interna de las colonias que las políticas de los comanches; tal vez las turbulentas e intrincadas historias de Nuevo México, Texas, Coahuila y Nueva Vizcaya hayan tenido tanto que ver con los comanches como con los vaivenes del destino imperial de Nueva España. De hecho, la relación sistémica entre la Comanchería y el norte de Nueva España proporcionó a los comanches un atisbo de la capacidad de explotación sobre el imperio español en su conjunto. Cuando se fundó Nuevo México, a caballo entre los siglos XVI y XVII, se esperaba que la provincia alimentara la vena imperial de España con materias primas y mano de obra, pero antes de que concluyera el siglo XVIII, a través de la colonia se filtraba tanta riqueza hacia la Comanchería que solo lograba sobrevivir a base de apoyo económico continuo

INTRODUCCIÓN

desde Ciudad de México. Durante gran parte de finales del siglo XVIII y principios del XIX, Texas actuó como una provincia por la que se escapaba el dinero, a menudo tributaria y, con frecuencia, también a la defensiva de la expansión comanche. Así pues, al subvencionar su frontera más septentrional, el imperio español se vaciaba para alimentar y repeler a un imperio indígena.

Aunque este libro se circunscribe a un lugar y un tiempo determinados, mi tesis afecta a los debates generales sobre colonialismo, fronteras y territorios fronterizos en el continente americano. En las últimas tres décadas, los historiadores han concebido formas enteramente nuevas de pensar en los indígenas norteamericanos, los euroamericanos y el entrelazamiento de sus historias. Más allá de las narraciones verticales convencionales que representan a los indios como actores secundarios de las disputas imperiales o víctimas trágicas de la expansión colonial, los especialistas actuales los presentan como agentes históricos de pleno derecho que desempeñaron un papel constitutivo en la construcción de las primeras fases de existencia de Estados Unidos. En lugar de una secuencia predeterminada y sin costuras, la colonización del continente americano se considera hoy día un proceso dialéctico que engendró mundos nuevos para todos los implicados. Las sociedades indígenas no desaparecieron simplemente ante la acometida euroamericana. Muchas se adaptaron y pervivieron erigiendo unas economías e identidades nuevas con los fragmentos de las antiguas. Los indios combatieron y resistieron, pero también cooperaron y coexistieron con los recién llegados creando universos híbridos que no eran enteramente indios ni europeos. Al situar en el primer plano de los albores de la historia de Estados Unidos a los pueblos indígenas y sus intenciones, los especialistas de los últimos tiempos han reforzado un campo de conocimiento que hace solo una generación se ahogaba bajo unos principios provincianos y mitificadores.⁷

Pero, por relevante que haya sido este giro revisionista, no está completo. Con demasiada frecuencia, las alteraciones han sido más cosméticas que correctoras. Los historiadores han saneado la terminología y actualizado los manuales para que iluminen las sutilezas de

INTRODUCCIÓN

los encuentros coloniales, pero las líneas maestras de la historia han permanecido en buena medida intactas. Aparte de un grupo de especialistas en la historia de Estados Unidos y de sus indígenas, la interpretación de las relaciones entre indios y euroamericanos sigue limitada por lo que Vine Deloria hijo denominó «la teoría de la historia del “cameo”»: los pueblos indígenas hacen apariciones espectaculares, permanecen en escena un instante y luego desaparecen cuando se reanuda la saga central de la expansión europea, que apenas se ve afectada por la interrupción. Salvo contadas excepciones, los historiadores revisionistas se han limitado a volver a contar la historia de la conquista colonial desde el lado indio de la frontera. Han sondeado cómo contrarrestaron y afrontaron la expansión colonial, y han pasado por alto la otra cara de la dinámica: el impacto de las políticas indias sobre las sociedades coloniales. Este enfoque refuerza la idea de que las potencias europeas fueron las principales impulsoras de la historia y tiende a reducir la acción de los indígenas a meras estrategias de subversión y supervivencia. Para recuperar la auténtica dimensión del papel de los indios en los albores de la historia de Estados Unidos debemos, una vez más, volver a evaluar las intersecciones entre pueblos indígenas, potencias coloniales, fronteras y territorios fronterizos. Tenemos que sustituir las lentes y crear modelos que nos permitan apreciar que las políticas indígenas hacia las potencias coloniales eran algo más que estrategias defensivas de resistencia y contención.⁸

Este libro aporta nuevas perspectivas en ese mismo esfuerzo, y lo hace poniendo en duda algunas de las suposiciones más elementales sobre los pueblos indígenas, el colonialismo y el cambio histórico. En lugar de percibir las políticas de los indígenas hacia las potencias coloniales como meras estrategias de supervivencia, tiene en cuenta que los indios, además, podían guerrear, intercambiar bienes, firmar tratados y asimilar pueblos con el fin de expandirse, extorsionar, manipular y dominar. En lugar de releer la desposesión de los indios para estructurar la narración de los primeros momentos de la historia de Estados Unidos, suscribe las múltiples posibilidades y contingencias del cambio histórico. En el plano fundamental, fomenta una interpretación menos lineal de las relaciones entre indios y blancos en Norteamérica. Tras los contactos iniciales, momento en que los

INTRODUCCIÓN

indios solían imponerse a los invasores, el destino de las culturas indígenas no siempre fue un suave deslizamiento irreversible hacia la desposesión, la despoblación y el declive cultural. Como ilustra la historia de los comanches, pudieron darse trayectorias casi diametralmente opuestas. Antes de ser derrotados definitivamente en 1875 en los desfiladeros de la región de Texas conocida como el saliente de Texas,* los comanches experimentaron durante más de un siglo un ascenso asombroso desde los márgenes del mundo colonial hasta adquirir una relevancia imperial como pueblo dominante que prosperaba y se expandía en medio de las colonias euroamericanas.

La historia de las relaciones entre indios y colonias europeas, tal como la entendemos hoy día, es inseparable de la historia de la frontera, que constituye otra hebra teórica de nuestro estudio. En los últimos quince años aproximadamente, la frontera ha resurgido con fuerza en el centro mismo de la historiografía norteamericana. Bajo su nueva forma de zona de interpenetración cultural, la frontera va adquiriendo relevancia entre los historiadores, que no hace tanto tiempo rechazaban la tesis de Frederick Jackson Turner de que la frontera es una interpretación etnocéntrica y narcisista de la conquista de Norteamérica por parte de los europeos. En lugar de utilizar la línea divisoria binaria de Turner entre civilización y barbarie, o entenderla como límite del semillero de las virtudes estadounidenses, los historiadores la dibujan ahora como un espacio socialmente cargado en el que los indios y los invasores competían por los recursos y la tierra, pero también compartían destrezas, alimentos, modas, costumbres, lenguas y creencias. Según revelan los nuevos trabajos, las fronteras entre indios y blancos eran puntos de contacto desordenados y eclécticos que transformaban a todos sus protagonistas, al margen de si la dinámica de poder entre ellos estaba o no equilibrada. Así, se ha aproximado el concepto de frontera a su rival, el de territorio fronterizo, que Herbert Eugene Bolton, el historia-

* En inglés, Texas Panhandle. Significa literalmente «mango de sartén» y se refiere, por su forma de protuberancia geométrica, a la región geográfica limítrofe con el extremo noroccidental del estado de Oklahoma, al que también se denomina «Oklahoma Panhandle». Hay otros estados de Estados Unidos que también tienen regiones así denominadas, como Florida. (*N. del T.*)

INTRODUCCIÓN

dor pionero de la Norteamérica española, acuñó para cuestionar la visión anglocéntrica angosta de Turner. El escepticismo hacia el estado-nación como unidad principal de análisis histórico, la visión de conjunto en el subcontinente, la valoración de la mutabilidad política y cultural y el énfasis en la intervención indígena son los puntos fuertes tradicionales de la historia de los territorios fronterizos; hoy día lo son también de los estudios sobre fronteras.⁹

Este libro se sirve de varias aportaciones de los nuevos estudios sobre fronteras y territorios fronterizos. Desde un punto de vista más general, muestra cómo los comanches trasladaron bienes, ideas y personas a través de unas lindes ecológicas, étnicas y políticas, con lo que crearon redes de violencia e intercambio transnacional (o transimperial) que desafiaban la disposición espacial más rígida que las potencias euroamericanas confiaban instaurar en el Sudoeste. Desde un punto de vista más restringido, muestra cómo los comanches forjaron a pequeña escala con los euroamericanos unos mercados privados en los que relacionarse cara a cara, con lo que crearon una versión incipiente de lo que Daniel Usner ha denominado «economías de intercambio fronterizo»: unos sistemas comerciales autosuficientes que se desarrollaron, sobre todo, al margen de la floreciente economía trasatlántica. Esta perspectiva describe cómo los comanches obligaron a los colonizadores a modificar sus métodos agresivos y, al mismo tiempo, recalibraron algunas de sus prácticas para adaptarlas a la presencia euroamericana, con lo que se involucraron en ese tipo de procesos de mediación, invención mutua y producción cultural que Richard White ha denominado «el territorio intermedio». Desde el punto de vista geopolítico, el Sudoeste comanche parecería ajustarse a la redefinición de territorio fronterizo que recientemente han hecho Jeremy Adelman y Stephen Aron: un lugar en el que las rivalidades interimperiales mejoraban las alternativas estratégicas de los pueblos indígenas y les permitían enfrentar a las potencias coloniales entre sí.¹⁰

Y, aun así, los nuevos estudios sobre fronteras y territorios fronterizos logran explicar el mundo que yo solo describo parcialmente. El Sudoeste que se dibuja en este libro es un lugar violento y traumático en el que los indígenas y los recién llegados se percibían más como extraños y adversarios que como colaboradores en la creación

INTRODUCCIÓN

de un mundo compartido; solo de vez en cuando fue un lugar en el que pudo prosperar una economía de intercambio fronterizo o un territorio intermedio. Cuando los comanches y los euroamericanos se reunían para discutir asuntos tan polémicos y conceptualmente resbaladizos como la guerra, la paz, la reciprocidad, la lealtad o la justicia, a veces se apoyaban en malentendidos creativos, fundamentales y muy oportunos para la creación de territorios intermedios; pero, otras muchas se entendían demasiado bien y, por lo general, no les gustaba lo que veían. Los euroamericanos consideraban a los comanches seres necesitados, agresivos, susceptibles y obstinados en sus creencias paganas y, por su parte, aparecían ante la sensibilidad comanche como seres codiciosos, arrogantes, intolerantes, groseros y zafios. En última instancia, la mayor parte de las tentativas de mediación intercultural significativas se desmoronaron ante la insolencia de los euroamericanos y la impaciencia de los comanches. A base de negociar desde una posición de poder político y físico cada vez más firme, los comanches fueron adoptando una actitud cada vez más asertiva hacia las potencias coloniales. Su política exterior dejó de tratar de acomodarse a las expectativas euroamericanas y pasó muy pronto a rechazarlas, reformarlas o, sencillamente, ignorarlas.¹¹

A vista de pájaro, el estudio del sudoeste de Estados Unidos sometido al régimen de los comanches se convierte en una historia de fronteras alternativas. En realidad, desde el punto de vista de los comanches, no había fronteras. Donde los euroamericanos de la época (y los historiadores posteriores) veían o imaginaban demarcaciones imperiales rígidas, los comanches apreciaban múltiples oportunidades para el comercio, el intercambio de regalos, el pillaje, la caza de esclavos, la exigencia de rescates, la adopción, la obtención de tributos y el establecimiento de alianzas. Al negarse a aceptar la idea occidental de que se trataba de unos territorios coloniales soberanos e indivisos, descompusieron las fronteras euroamericanas en sus elementos constitutivos (ciudades coloniales, presidios, misiones, ranchos, haciendas y aldeas indígenas) y los trataron como unidades aisladas, enfrentando a menudo los intereses de cada una de ellas entre sí. En el Sudoeste colonial, fueron los comanches, y no los euroamericanos, quienes dominaron la política del divide y vencerás.

INTRODUCCIÓN

Asimismo, las políticas asertivas y agresivas de los comanches hacia los euroamericanos no eran más que un producto fronterizo de carácter secundario. Los comanches se aprovecharon sin duda de su ubicación entre regímenes coloniales competidores, pero tenían poco en común con los indios que pueden encontrarse en la mayor parte de las historias de territorios fronterizos. Más que un pueblo marginado que hacía equilibrios entre regímenes coloniales rivales para promulgar medidas paliativas de menor rango que aliviaran las políticas imperiales, los comanches fueron actores protagonistas que solían obligar a los colonizadores potenciales a competir por *su* apoyo militar y *su* buena voluntad, así como a sortear *sus* iniciativas e intenciones. Por su naturaleza y su lógica, el Sudoeste en el siglo XVIII y principios del XIX era inequívocamente una creación comanche, un mundo indígena en el que las rivalidades intercoloniales solían ser meras alteraciones superficiales de la corriente subterránea más profunda y poderosa del imperialismo comanche.

En la imaginación popular, el Sudoeste norteamericano anterior a la conquista de Estados Unidos en 1848 representa un estudio del fracaso imperial. El imperio español, rígido, burocrático y demasiado ambicioso, con su cuartel general en Ciudad de México, había diseminado mucho sus recursos por todo el hemisferio occidental para amarrar las provincias más septentrionales a su estructura imperial. Los franceses, pese a ser más ingeniosos que sus rivales españoles, que no tenían visión de futuro, eran demasiado erráticos y les preocupaba demasiado la política de poder del Viejo Mundo, las colonias británicas y el comercio canadiense de pieles como para hacer algo impresionante desde el punto de vista imperial con Louisiana o las zonas interiores del Oeste. La joven República Mexicana era tan frágil y quisquillosa que perdió Nuevo México y Texas en menos de tres décadas. Reducido a una caricatura, el Sudoeste de la visión dominante aparece como un popurrí de tribus indígenas políticamente débiles y aisladas, imperios exhaustos y repúblicas disfuncionales; un mundo fragmentado dispuesto a ser absorbido por los angloamericanos, quienes, en solitario, tuvieron la imaginación, el impulso y los medios para someter y controlar regiones muy vastas.¹² Ponde-

INTRODUCCIÓN

rados ante semejante trasfondo de indiferencia imperial e impotencia política, los logros de los comanches parecerían mermar por el hecho de haber coincidido con una vulnerabilidad euroamericana excepcional y que acabaran siendo una potencia hegemónica por falta de otras.

Yo parto de una premisa distinta (lejos de ser un lugar atrasado del imperio, el Sudoeste era un mundo dinámico de sociedades pujantes, y los comanches tuvieron que eliminar y absorber proyectos imperiales vigorosos para adquirir preponderancia) y me baso en una sucesión de estudios pioneros que han dado un aspecto nuevo a la historia del Sudoeste en sus primeras fases. Desmontando el estereotipo tradicional de que los colonos españoles eran conservadores y carecían de imaginación, David Weber ha demostrado que las altas instancias del centro de México y las autoridades locales de Nuevo México, Texas y Louisiana modificaron continuamente y a su antojo las políticas fronterizas del imperio para extender las reivindicaciones y el poder españoles hasta el corazón de América del Norte. Weber ha mostrado, además, que ese mismo dinamismo estratégico y político definió al sudoeste mexicano, aunque la recién nacida república carecía de los recursos y las ambiciones expansionistas del imperio español. Ross Frank ha expuesto que el Nuevo México de la etapa borbónica estaba mucho más integrado en los centros imperiales de Nueva España y, en consecuencia, era más dinámico y próspero de lo que se ha creído; y Andrés Reséndez ha descubierto un proyecto sólido para la construcción de una nación mexicana en el Norte a partir de 1821. Ned Blackhawk ha llamado la atención sobre la fabulosa capacidad de los españoles para utilizar (y soportar) la violencia en aras de sus intereses imperiales. Al repasar la historia de los comanches, etnohistoriadores como Morris Foster y Thomas Kavanagh han hecho desvanecerse el estereotipo de que era una sociedad cazadora simple revelando sistemas políticos, instituciones sociales, redes comerciales y economías de pastoreo muy desarrollados. En conjunto, estos y otros estudios novedosos han derribado la vieja imagen de que el Sudoeste era un mundo de pueblos por naturaleza pasivos, congelados en el tiempo y desconectados de las corrientes principales de la historia estadounidense.¹³

Los historiadores también han empezado a elaborar síntesis nue-

INTRODUCCIÓN

vas que ilustren que el redescubrimiento de la ambición, la energía y la inventiva humanas perfilaron la evolución de las relaciones interculturales en el Sudoeste. Gary Clayton Anderson ha analizado la región como un territorio de encuentro disputado y culturalmente elástico en el que muchos grupos indígenas resistieron la conquista mediante la etnogénesis, a base de remodelar sin cesar sus economías, sociedades e identidades. En un estudio seminal, James Brooks ha caracterizado la región como un mosaico étnico conectado por una red de intercambio intercultural que giraba en torno a la «esclavitud de parentesco» y combinaba tradiciones indígenas y coloniales de servidumbre, violencia, honor viril y retribución para dar lugar a una peculiar economía cultural de territorios fronterizos. Bajo estas nuevas perspectivas, el Sudoeste aflora como un mundo vigoroso de subversión social persistente en el que los indígenas y los recién llegados parecían igualados en poder, y en el que suelen carecer de sentido las dicotomías habituales entre indios y europeos, o entre amos y víctimas.¹⁴

También paso revista con grandes trazos a las relaciones interculturales en el Sudoeste, pero extraigo una conclusión específica en dos vertientes. Muestro cómo los comanches cooperaron y negociaron con otros pueblos, pero también sostengo que sus relaciones con los españoles, los mexicanos, los wichita u otros siguió fundada en el conflicto y la explotación. Las fronteras de la Comanchería eran emplazamientos para la fusión cultural y el comercio basado en el mutualismo, pero también fueron sedes de la extorsión, la violencia sistemática, el intercambio bajo coacción, la manipulación política y el endurecimiento de la discriminación racial. La diferencia fundamental entre los estudios existentes y este libro reside en la cuestión del poder y su distribución. Según el señero libro de Brooks *Captives and Cousins*, por ejemplo, la compleja pauta de asalto, intercambio y toma de prisioneros soldó a pueblos dispares en redes de interdependencia estrechas, suavizó las diferencias de riqueza entre grupos y contrarrestó la asimetría en las relaciones de poder. El Sudoeste que él y otros autores dibujan era un lugar de fronteras no dominantes en el que ni los colonos, ni los indígenas, tenían poder para gobernar a los demás. Mi tesis, en cierto sentido, es más tradicional: acciones como los asaltos, la toma de esclavos, la absorción étnica e

INTRODUCCIÓN

incluso el intercambio benefician en términos generales a unos grupos más que a otros. Además, en el sudoeste de Estados Unidos ese proceso hacia la desigualdad era acumulativo. Una vez que los comanches se aseguraron a mediados del siglo XVIII el control territorial sobre las llanuras meridionales, entraron en una espiral de poder e influencia crecientes que nacía de su capacidad para extraer beneficios políticos y materiales de las sociedades urbanas de Nuevo México, Texas y las Grandes Llanuras.¹⁵

Las diferencias tan llamativas entre los estudios anteriores y este libro nacen de sus diferentes marcos y escalas conceptuales. Las obras recientes sobre las relaciones entre indios y euroamericanos en el Sudoeste (al igual que, en general, en toda América del Norte) comparten un enfoque concreto: contemplan los acontecimientos desde una óptica local y subrayan el papel de la intervención individual y de los pequeños grupos frente a las fuerzas estructurales de orden superior. Teñidos de interpretaciones subalternas, los demás estudios suelen centrarse en los pueblos periféricos que viven en los confines de las fronteras y reconstruyen su participación en el diálogo intercultural, y en cómo acabaron formando comunidades híbridas nuevas que, poco a poco, se hicieron sombra entre sí. Entregados al ámbito de lo local, lo específico y lo particular, prestan menos atención a las tensiones políticas, económicas y culturales más generales. Si bien las jerarquías de poder, privilegio y riqueza no se ignoran, quedan relegadas al telón de fondo de la trama principal de la cooperación y asimilación intercultural.¹⁶

Por el contrario, en este libro examino a los habitantes del Sudoeste en conglomerados más amplios. Aunque reconozco que las lindes étnicas y culturales solían ser porosas, observo a estos pueblos según se identificaban y entendían a sí mismos: como grupos diferenciados de apaches, comanches, españoles, franceses, mexicanos y angloamericanos. Este desplazamiento del marco y el enfoque tal vez desdibuje un tanto los planes locales y los despoje de parte de su primacía, pero el panorama general deja ver una imagen más clara de la dinámica general a escala más amplia. Muestra que, pese al mestizaje cultural tan diverso, el Sudoeste norteamericano siguió siendo un mundo polarizado en el que grupos étnicos dispares chocaban y competían a muerte entre sí, en el que las desigualdades de riqueza

INTRODUCCIÓN

y oportunidades siguieron siendo un hecho tangible de la vida y en el que los recursos, los pueblos y el poder descansaban sobre la Comanchería.¹⁷

Además de ajustar la escala de análisis, la reconstrucción del poder de los comanches ha supuesto una reorientación visual elemental. En lugar de contemplar los acontecimientos desde las fronteras de las colonias hacia el interior (un enfoque tradicional que condiciona inevitablemente las explicaciones a sesgos occidentales contemporáneos), este libro observa las evoluciones desde la Comanchería hacia afuera. Desde este ángulo, las acciones de los comanches adquieren forma y significado nuevos. Actos que anteriormente parecían arbitrarios o impulsivos se inscriben en pautas coherentes con lógica interna y finalidad propias. La política exterior comanche, que antes parecía una búsqueda oportunista a pequeña escala de nuevas aberturas en las fronteras imperiales controladas por los blancos, emerge ahora como una pauta planificada, sincronizada y dominante. Vemos que los comanches no se limitaban a frecuentar los mercados coloniales, sino que crearon un imperio comercial fabuloso que se extendió por gran parte del Sudoeste y las Grandes Llanuras. No lo hicieron solo para responder a las iniciativas políticas dictadas desde el exterior, sino que buscaron y establecieron acuerdos de forma activa. Lejos de ser unos oportunistas que aprovechaban su ubicación, fluidificaron el intercambio, organizaron el robo y orientaron la destrucción en el seno de una economía de violencia muy compleja que les permitió, al mismo tiempo, imponer acuerdos comerciales favorables, crear una demanda artificial de sus exportaciones, arrancar tributos de destacamentos coloniales y alimentar una red comercial inmensa con caballos robados, prisioneros y otros artículos muy demandados. Visto desde Ciudad de México, el extremo septentrional parecía a menudo caótico y perturbador; visto desde la Comanchería, se percibe con matices, organizado y tranquilizador.

Entender el ascenso de los comanches al poder requiere algo más que sacar a la luz pautas y estructuras anteriormente veladas: también exige describir los acontecimientos y su evolución en términos

INTRODUCCIÓN

comanches. Para captar la naturaleza fundamental del imperio comanche debemos desvelar los significados que encierran las palabras, los motivos subyacentes a los actos, las estrategias ocultas tras las medidas políticas y, en última instancia, el orden cultural que impulsó todo ello. Sin embargo, se trata de una tarea abrumadora, ya que las fuentes disponibles no facilitan realizar un análisis cultural en profundidad. Los documentos coloniales euroamericanos, la espina dorsal documental de este libro, abordan prácticamente todos los aspectos de la economía política comanche, desde la guerra, el intercambio y la diplomacia hasta la producción material, la esclavitud y las relaciones sociales; pero, si bien los documentos aportan una descripción rica y detallada, la imagen que arrojan es, en todo caso, la visión unidimensional de un forastero. Los informes oficiales, las narraciones de prisioneros, los diarios de viajeros y los relatos de comerciantes nos brindan mucha información sobre las acciones de los comanches, pero rara vez arrojan luz sobre los motivos culturales subyacentes. Pocos observadores de la época poseían el instrumental analítico para comprender las sutilezas que distinguen la lógica cultural indígena de la no indígena, y menos aún tuvieron la capacidad (o el interés) de anotar lo que aprendieron. Por consiguiente, las fuentes disponibles se ven casi siempre infestadas de lagunas, malas interpretaciones involuntarias y sesgos deliberados, lo cual deja a los historiadores trabajando con un material que, en el mejor de los casos, es fragmentario y, en el peor, abiertamente erróneo.

En mi esfuerzo por descubrir los motivos y significados de los comanches entre evidencias defectuosas, he utilizado múltiples métodos históricos y etnohistóricos. He concedido prioridad a las narraciones que reproducen, aun cuando sea con mutaciones, la voz de los comanches, sin olvidar que esa voz fue recogida mediante criba cultural y que suele pertenecer a jefes que gozaban de privilegios, raras veces a pobres y desposeídos, y prácticamente nunca a mujeres y jóvenes. He contrastado documentos españoles, franceses, mexicanos y angloamericanos para producir una imagen más estereoscópica y, por así decir, un retrato más preciso de las intenciones y objetivos de los comanches. A lo largo del proceso de escritura he comparado documentos históricos con datos etnográficos y

INTRODUCCIÓN

he sometido los materiales de producción euroamericana al filtro de la etnohistoria. La tarea supuso aplicar con cautela una especie de «lógica inversa», mediante la cual se trabaja partiendo de observaciones etnológicas más recientes y completas para descifrar prácticas y conductas de épocas anteriores. Y, más a mi pesar, a veces he tenido que aplicar una «lógica colateral o secundaria» y deducir interpretaciones sobre los valores culturales comanches a partir de modelos generales de sociedades indígenas de las Grandes Llanuras u otras regiones.¹⁸

Este tipo de estratificación metodológica y rotación de puntos de vista contribuye a delinear los perfiles generales del orden cultural comanche, pero la imagen resultante sigue siendo aproximada. Con independencia de su origen, todos los documentos coloniales adolecen de similares sesgos profundamente arraigados, mientras que la lógica inversa corre el peligro de incurrir en un análisis «presentista» y contaminado por un sentido estático de la intemporalidad; presupone que los pueblos indígenas y sus tradiciones han sido de algún modo inmunes a la modernidad y han logrado permanecer inalterados tras siglos de desposesión, descenso demográfico y genocidio cultural. La logística colateral o secundaria amenaza con ocultar rasgos comanches singulares bajo definiciones toscas e indiscriminadas de los indios en general y de los de las Grandes Llanuras en particular. Este tipo de deficiencias pueden dar lugar a lo que el historiador Frederick Hoxie ha denominado «etnohistoria de libro de cocina»: las culturas complejas se desintegran en recetas abreviadas, la conducta humana se reduce a un reflejo condicionado cultural o genéticamente y los impulsos individuales acaban siendo irrelevantes. Como antídoto para este tipo de banalizaciones, Hoxie insta a los historiadores a describir las sociedades en sus propios términos, intrínsecamente asimétricos, para crear historias menos lineales que dejen sitio a lo sorprendente y lo desconcertante.¹⁹

Siguiendo el consejo de Hoxie, he tratado de ceñirme a los aspectos contradictorios de la conducta de los comanches, en lugar de minimizarlos. En este libro se representa a los comanches como forjadores de un imperio que no poseía una estrategia imperial grandiosa y como conquistadores que se veían a sí mismos más como guardianes que como gobernadores de la tierra y las recompensas

INTRODUCCIÓN

que brindaba. Fueron guerreros que solían preferir el trueque a la batalla, y comerciantes que no vacilaban en utilizar la violencia letal para salvaguardar sus intereses. Fueron diplomáticos sagaces que, de vez en cuando, evitaban las instituciones políticas formales; y pacificadores que torturaban a sus enemigos para demostrar su supremacía militar y cultural. Desde el punto de vista racial, fueron ciegos a los colores y veían casi en cualquier forastero un pariente potencial, pero en todo caso erigieron la economía esclavista de mayor envergadura del Sudoeste colonial. Sus jefes guerreros insultaban, intimidaban y degradaban a los agentes coloniales con palabras y gestos terribles y brutales, pero sus pacificadores aludían con elocuencia al perdón, la compasión y el arrepentimiento utilizando metáforas intrincadas y un lenguaje ritual destinado a persuadir a sus homólogos euroamericanos. Por encima de todo, los comanches no fueron un monolito que obedeciera a un código cultural inflexible, sino más bien un conglomerado de individuos con personalidades, intereses y ambiciones diferentes y, en ocasiones, en conflicto. Compartían un núcleo de valores y objetivos, pero también discrepaban y discutían sobre los métodos, los objetivos y los costes de sus medidas. La sociedad comanche, en resumen, era una sociedad compleja en la que coexistían simultáneamente varios patrones de conducta.

El historiador Bruce Trigger ha explicado la conducta de los indígenas norteamericanos desde un punto de vista ligeramente distinto del de Hoxie, centrándose en los procesos mentales subyacentes del aprendizaje, el juicio y el razonamiento. Presuponiendo la existencia de una posición intermedia en los interminables debates sobre las variaciones interculturales de la motivación humana, Trigger sostiene que, si bien las creencias culturales tradicionales siguieron modelando la respuesta de los indígenas norteamericanos ante el contacto y el colonialismo europeo, las valoraciones y cálculos pragmáticos más universales acabaron por desempeñar un papel preponderante a largo plazo. Trigger sostiene que este tipo de reorganización cognitiva se produjo en todos los planos de la conducta, pero que era más visible en aquellos ámbitos que guardaban relación más directa con el bienestar material de los indios: la tecnología y el poder. Para Trigger, el resultado del contacto colonial no fue una transformación de los indígenas norteamericanos en «hombres econó-

INTRODUCCIÓN

micos universales», pero tampoco la persistencia implacable de la otredad.²⁰

Siguiendo a Trigger, presto particular atención a los cambios producidos con el paso del tiempo en los principios subyacentes de la conducta comanche. Puede decirse que la introducción de caballos, armas de fuego y otras tecnologías del Viejo Mundo impulsó a los comanches a percibir su lugar y sus posibilidades en el mundo bajo una luz distinta, mientras que la interacción política y comercial estrecha con las potencias coloniales los expuso a la lógica y las leyes de la diplomacia y el mercado europeos. Quizá, en un principio, los comanches percibieran los bienes europeos a través del molde de su idiosincrasia tradicional, pero el sesgo no les impidió abrazar las ventajas militares y materiales fabulosas de disponer de caballos, armas de fuego y utensilios de metal; o de emplear esas ventajas contra los propios euroamericanos. De manera similar, al igual que muchos otros pueblos indígenas, los comanches pudieron haber visto a aquellos recién llegados a caballo y portando armas de fuego como seres todopoderosos sobrenaturales, pero en cuestión de años aprendieron a beneficiarse de la vulnerabilidad humana de los españoles. Al cabo de más o menos una generación desde que se produjera el primer contacto, los comanches habían aprendido a distinguir los motivos y métodos de las diferentes potencias coloniales y a explotar las diferencias para promover sus propios planes políticos y económicos. Este tipo de conducta, basada en la estimación utilitarista del interés propio, era racional en el sentido en que habrían entendido el término la mayoría de los historiadores euroamericanos de la época y posteriores.

Y, sin embargo, el inmenso abismo que separaba los universos comanche y euroamericano no desapareció jamás; de ningún modo. Al margen de sus rasgos universales, las acciones y políticas de los comanches permanecieron incrustadas en un sistema de realidad de una naturaleza claramente no occidental. Hasta el limitado extremo que podemos desvelar cuáles eran las intenciones que inspiraban las acciones de los indios del siglo XVIII o principios del XIX, parece evidente que la racionalidad de la conducta comanche no tenía nada que ver con la de los euroamericanos.

En apariencia, las acciones de los comanches se inscribían en

INTRODUCCIÓN

categorías inequívocas (comerciar, asaltar, esclavizar, y así sucesivamente) fácilmente reconocibles y comprensibles, tanto para los historiadores euroamericanos de la época como para los posteriores. Pero las semejanzas solo son superficiales; un análisis más cuidadoso revela que las acciones comanches trascendían una y otra vez las categorías habituales y no se dejaban clasificar con facilidad. A diferencia de los euroamericanos, los comanches no separaban el comercio de las relaciones sociales generales, sino que más bien lo entendían como una forma de compartir entre parientes, ya fueran reales o ficticios. Consideraban que el robo era un mecanismo legítimo para rectificar a corto plazo los desequilibrios en la distribución de los recursos, en lugar de un acto hostil que cancelaba de forma automática futuras interacciones pacíficas. Mataban, guerreaban y saqueaban otras sociedades no necesariamente para conquistar, sino para obtener venganza y aplacar con el cuerpo muerto de sus enemigos el espíritu de sus parientes abatidos. Apresar personas de otros grupos étnicos no necesariamente significaba pasar de la libertad a la esclavitud, sino desplazarse de una red de parentesco a otra. Incluso la entrega de regalos, el *leitmotiv* de la diplomacia india norteamericana, albergaba lo que, al menos superficialmente, parece una contradicción flagrante. Al igual que casi todos los indios norteamericanos, los comanches consideraban que el intercambio de presentes era un requisito para mantener una relación pacífica, pero exigían la distribución unilateral de regalos a los colonos euroamericanos y, si se los negaban, utilizaban la violencia de inmediato.²¹

Así pues, como tantas otras potencias imperiales, los comanches ejercieron una política de poder agresiva sin considerar que sus acciones lo eran *per se*. Construyeron un sistema intersocial jerárquico con medidas que solían estar orientadas hacia la obtención de regalos, la conciliación, la prestación mutua de servicios y la adquisición de nuevos parientes procedentes de pueblos a los que podían considerar por igual tanto parientes y aliados como extraños y enemigos. En realidad, el hecho de que los comanches actuaran de otra forma puede haber representado perfectamente uno de sus mayores activos políticos. Su capacidad para pasar con rapidez de los asaltos al comercio, de la diplomacia a la violencia y de la esclavitud a la adopción, no solo dejaba perplejos a sus rivales coloniales, sino a menudo

INTRODUCCIÓN

también indefensos. La insistencia occidental en la uniformidad de principios y acción, una actitud que se manifestaba en las burocracias estatales centralizadas con la máxima nitidez, ralentizaba y entorpecía las políticas de los imperios convencionales en comparación con la fluidez estratégica de los comanches. Los euroamericanos compartimentaban las relaciones exteriores en categorías distintas, y con frecuencia excluyentes, y encontraban muchísimas dificultades para tratar con pueblos que se negaban a reconocerlas. Incapaces de diseccionar, clasificar y comprender a los comanches y sus actos, los agentes coloniales también fueron incapaces de contenerlos.

Aquí reside la paradoja definitiva. Aunque, en un principio, los comanches ajustaron sus tradiciones, comportamientos e, incluso, creencias, para adaptarse a la llegada de los europeos y sus tecnologías, después fueron capaces de volver las tornas de la expansión cultural europea simplemente negándose a cambiar. Al preservar la esencia de sus costumbres tradicionales, y confiando en que los demás se amoldaran a su orden cultural, obligaron a los colonos a ceñirse a un mundo que era extraño, incontrolable y, cada vez más, inhabitable.

Los capítulos que siguen narran dos historias entrelazadas. La primera analiza las relaciones interculturales en las llanuras meridionales, en el Sudoeste de Estados Unidos y en el norte de México desde la perspectiva de los comanches, explorando cómo esta nación adquirió predominancia y cómo no dejó de reinventarse a sí misma para mantener la expansión exterior. La otra presta atención a los sucesos desde el punto de vista de los españoles, los mexicanos, los apaches y los demás grupos, que competían y cooperaban de diverso modo con los comanches pero, en última instancia, tuvieron que afrontar la marginación y la desposesión en aquel mundo controlado por ellos. Estas dos historias se trenzan en un único hilo narrativo que, a su vez, está incrustado en el marco general de la expansión ultramarina de Europa. El enfoque contextual muestra cómo las intersecciones de fuerzas locales, regionales y globales modelaron la expansión de los comanches, y cómo éstos padecieron y se aprove-

INTRODUCCIÓN

charon de las fluctuaciones y contingencias del mundo trasatlántico emergente. La expansión comanche duró un siglo y medio, pero no fue un proceso lineal sin interrupciones. Hubo vaivenes, periodos de calma, repliegues y reagrupamientos, y el complejo político comanche sufrió mutaciones reiteradas, muchas de las cuales constituyeron épocas bien diferenciadas. Los capítulos que siguen se estructuran en torno a estos desplazamientos y ciclos que, al mismo tiempo, reflejan y cuestionan los puntos de inflexión históricos tradicionales del devenir de Estados Unidos.

CONQUISTA

Llegaron procedentes de las llanuras del Oeste, introduciéndose en pequeños grupos errantes entre los pasos montañosos de la cordillera Sangre de Cristo. Como tantos otros grupos indígenas de la época, los numunu o comanches se trasladaron a las llanuras continentales en busca de oportunidades, para construir una forma de vida nueva en torno a la terna ecológica emergente compuesta por praderas, bisontes y caballos. Eran un número reducido, poseían poco más que un puñado de monturas y parecían indiscernibles de sus aliados más destacados, los ute. Las autoridades españolas de Nuevo México repararon en su llegada a las praderas meridionales en 1706 y lo anotaron como un suceso irrelevante. Pero, a mediados de ese mismo siglo, habían desquiciado el mundo en el que habían ingresado de forma casi inadvertida.

Pese a sus orígenes humildes, el éxodo de los comanches a las llanuras meridionales es uno de los puntos de inflexión claves de los albores de la historia estadounidense. Fue una migración ordinaria que acabó convirtiéndose en un auténtico proyecto de colonización con repercusiones geopolíticas, económicas y culturales trascendentales. Desencadenó una guerra de medio siglo de duración con los apaches, que se tradujo en la reubicación de la Apachería, una entidad geopolítica por derecho propio, desde las praderas situadas al sur de río Grande, en el corazón mismo del norte de Nueva España. La invasión comanche de las llanuras meridionales fue, en pocas palabras, la campaña de conquista más larga y sangrienta que había presenciado el Oeste norteamericano, o que presenciaria hasta la ocupación de Estados Unidos un siglo y medio después.

Pero la invasión comanche fue mucho más que una conquista militar. Mientras se hacían hueco en las llanuras, los comanches forjaron una serie de alianzas con las potencias indias y europeas adya-

centes, con lo que reorganizaron la geografía política y comercial de la totalidad de las tierras bajas del subcontinente. Visto desde otra perspectiva, la invasión comanche fue un experimento cultural de primer orden. Supuso la destrucción y muerte de muchos, pero también introdujo en las Grandes Llanuras un modo de vida nuevo y estimulante (especializado en la caza de bisontes a caballo) que alteró irremisiblemente los parámetros de la existencia humana en las inmensas praderas que cubrían la zona central de Norteamérica. Finalmente, la llegada de los comanches a las llanuras fue un suceso internacional de primera magnitud: marcó el comienzo de la prolongada decadencia del poder imperial español en lo que hoy día es el sudoeste de Estados Unidos. La conquista comanche de la zona meridional de las Grandes Llanuras marcó un hito que derribó a las civilizaciones existentes, recalibró los sistemas económicos y desencadenó una onda expansiva que se extendió por toda Norteamérica.

Pero los comanches no fueron el único pueblo expansionista del Sudoeste a principios del siglo XVIII; su aparición se solapó, chocó y, por último, se aprovechó de otras tres campañas de colonización avasalladoras. En 1716, tras varias tentativas fallidas de colonización, España puso los cimientos de un nuevo destacamento avanzado, Texas, situado en la orilla meridional de las Grandes Llanuras, con lo que se apoderó de un pellizco de las praderas situadas entre la nueva base colonial y su vieja homóloga de Nuevo México. El impulso expansionista era una reacción a otra iniciativa imperial. A caballo entre los siglos XVII y XVIII, Francia construyó una serie de fuertes en la bahía de Biloxi y junto al curso bajo del Misisipí, con lo que erigió un trampolín para lo que confiaba que acabara convirtiéndose en un gran imperio occidental que incluyera y trascendiera las llanuras.¹ Y, por último, mientras España y Francia pugnaban por tomar posiciones en torno a las llanuras meridionales, culminaba en las propias praderas una historia de conquista y colonización mucho más larga. Justo cuando se enfrentaban al ataque de los comanches, los apaches consolidaban el control sobre la totalidad de las praderas meridionales aniquilando y absorbiendo al mismo tiempo a los últimos miembros de la tribu jumano, una nación otrora poderosa de cazadores y comerciantes que desapareció de los documentos históricos en 1715.

CONQUISTA

Los comanches aparecieron en este universo multipolar, volátil y violento, en cuya inestabilidad encontraron, al mismo tiempo, pruebas duras y grandes posibilidades. Padedieron la escalada de desórdenes, lo cual complicó la adaptación a su nuevo hogar, y tuvieron que enfrentarse con frecuencia a más de un grupo de enemigos en unas fronteras en expansión. Pero las ventajas superaban con creces a los inconvenientes. La confluencia de varios proyectos colonizadores significaba que sus rivales solían preocuparse más por otras amenazas y, por tanto, eran incapaces de organizar una resistencia efectiva o, en caso contrario, estaban dispuestos a negociar y formar alianzas con los invasores. Los comanches también se aprovecharon de la rivalidad imperial entre Nueva España y Nueva Francia, pues enfrentaron a las dos potencias para arrancar concesiones de ambas. En su empeño por labrarse un espacio vital en un territorio desconocido, gozaron de la inestimable ventaja de invadir un entorno ya colonizado en el que los acuerdos territoriales fluctuaban. Y, por último, llegaron a las llanuras meridionales justo cuando la tecnología europea (caballos, armas de fuego y utensilios de hierro) empezaba a difundirse masivamente. En calidad de inmigrantes versados en adaptar sus costumbres a la variación de las condiciones, los comanches fueron capaces de utilizar el potencial de fuerza que confería la nueva tecnología de forma más completa que los indígenas rivales, que trataron de incorporar las innovaciones a un estilo de vida más consolidado y ligado a la tradición. Los comanches fueron invasores que se hicieron un sitio en las llanuras meridionales por la fuerza bruta, pero también grandes oportunistas que explotaron un caos que habían contribuido a provocar solo en parte.

Pese al gran alcance de su influencia, la invasión comanche de las llanuras meridionales nunca se ha estudiado de forma sistemática, y solo somos capaces de comprender vagamente sus batallas, protagonistas, puntos de inflexión e impulsos subyacentes. Los especialistas han tendido a esbozar la invasión con pinceladas gruesas e impresionistas, lo cual ha fomentado sin querer la imagen dieciochesca de que los comanches eran un pueblo belicoso y ansioso de tierras que avanzó al azar hasta encontrar los límites naturales de su expansión. En este capítulo me propongo mostrar, más bien, que la

conquista comanche de las llanuras meridionales fue un proceso largo y complejo que atravesó varias fases y se alimentó de diversas fuerzas, que incluyen desde los intereses geopolíticos y comerciales hasta las preocupaciones defensivas o la política de parentesco. Según la historiografía tradicional, el Oeste norteamericano en sus primeros tiempos estaba solo, aislado del Este del país debido a la ausencia de grandes intereses imperiales, batallas culminantes e historia diplomática. Las páginas que siguen dejan patente que estos elementos también estuvieron presentes en el Oeste norteamericano colonial.

Los comanches ingresaron en la historia escrita en 1706, cuando los habitantes del pueblo de Taos, situado en el rincón septentrional de Nuevo México, enviaron noticia al gobernador español de Santa Fe de que la aldea esperaba un ataque inminente de los indios ute y sus nuevos aliados, los comanches. Sin embargo, el ataque no se materializó y el informe, junto con el pueblo que introdujo en la historia escrita, se olvidó enseguida. Dos décadas después, cuando los comanches dejaron sentir su presencia en los territorios fronterizos del norte de Nuevo México como asaltantes atroces pero esquivos, las autoridades españolas se dedicaron a buscar con fervor información sobre ellos. Uno de esos altos cargos fue el brigadier Pedro de Rivera que, cuando inspeccionaba Nuevo México en 1726, trató de reunir información coherente de este pueblo «tan bárbaro como belicoso» cuyo «origen se ignora». Los comentarios de De Rivera, que solo ocupan unos cuantos renglones, constituyen la primera descripción etnográfica de los comanches, a quienes se presenta como un pueblo brutal, semidesnudo y cazador de esclavos que «siempre anda peregrinando y en forma de batalla por tener guerra en todas las naciones». De Rivera también supo, al parecer a través de un prisionero comanche, que sus antepasados habían iniciado el éxodo hacia la frontera de Nuevo México desde una tierra situada trescientas leguas al noroeste de Santa Fe. Estos datos situaban el lugar de origen de los comanches en la imaginación española en el legendario reino de Teguayo, un territorio de riquezas abundantes y cuna de los aztecas.²

CONQUISTA

El escueto informe de De Rivera guarda un parecido asombroso con las opiniones académicas modernas sobre el origen de los comanches. La mayoría de los especialistas actuales cree que los comanches forman parte de un pueblo de habla uto-azteca que, a principios del siglo xvi, ocupaba una gran extensión de territorio que abarcaba desde el norte de las Grandes Llanuras hasta el sur de la meseta de Columbia, adentrándose mucho en la zona central de Norteamérica. La supremacía uto-azteca fue consecuencia de dos grandes migraciones y conquistas iniciadas varios siglos antes. En algún momento de principios del segundo milenio, un gran número de hablantes uto-aztecas se desplazó hacia el sur desde un lugar al que denominaban Aztlán y los españoles conocían como Teguayo, situado en un lugar desconocido de los desiertos de la Gran Cuenca o del Sudoeste. Recorrieron el arco formado por las montañas Rocosas y la Sierra Madre para adentrarse en el valle de México, donde erigieron el inmenso imperio azteca que en 1500 presidía la mayor parte de América Central. Al mismo tiempo que los antepasados de los aztecas emigraban hacia el Sur, otra rama uto-azteca, el pueblo numic, abandonaba su núcleo territorial situado en el sur de Sierra Nevada y se desplazaba hacia el Este y el Norte. Una sequía insistente en el siglo xiii había desalojado grandes extensiones interiores del Oeste, lo que permitió a los numic expandirse hacia tierras desérticas. Avanzaron hacia el Este y el Nordeste hasta que, en torno al año 1500, dominaban gran parte del sur de la meseta de Columbia, el este de la Gran Cuenca y la zona central y septentrional de las Rocosas. La expansión numic fue encabezada por los shoshone, un pueblo emparentado con los comanches que llegó a ocupar gran parte del nordeste de la Gran Cuenca hasta el límite de las Grandes Llanuras.³

Poco a poco, los shoshone se establecieron y se adaptaron a los diversos entornos de la Gran Cuenca, las Rocosas y las Grandes Llanuras. Su existencia seguía un ciclo anual coreografiado con meticulosidad, que combinaba la caza y la pesca con la recolección intensiva. Pasaban la mayor parte del tiempo en las montañas y praderas de la zona semiárida de la Gran Cuenca, acampando junto a lagos y marismas; cazaban con arco y flecha berrendos, ciervos y muflones de las Rocosas; capturaban salmones en los ríos Snake y

Salmon; y recogían nueces, raíces y otros alimentos silvestres. En invierno, en todo caso, solían atravesar el Paso del Sur para llegar a la cara oriental de las Rocosas, donde en un surco profundo y bien irrigado producido por la erosión, entre las montañas y las praderas, encontraban infinidad de bisontes, alces y muchos otros grandes animales que cazar y una protección fabulosa contra el frío. Las migraciones estacionales llevaron a los shoshone hasta los márgenes de las llanuras pero, con toda probabilidad, no más allá. El periodo seco iniciado en el siglo XIII había sumido las abultadas manadas de bisontes en un declive pronunciado, lo que les disuadió de entrar. De hecho, la disminución de poblaciones animales fue tan drástica que la mayor parte de los pueblos de las llanuras había buscado refugio en las regiones limítrofes y utilizaba las praderas únicamente para la caza estacional.⁴

Los shoshone habían construido una cultura próspera y ecléctica que desmiente la imagen tradicional de que los pueblos de la Gran Cuenca llevaban una vida cruel y miserable; y sin embargo, en el transcurso del siglo XVI, abandonaron la zona y la sustituyeron por las Grandes Llanuras. Según parece, la migración vino desencadenada por un cambio climático, el comienzo de la Pequeña Edad de Hielo, que puso fin al largo periodo árido y produjo un descenso de la temperatura y un aumento de las precipitaciones. Cuando la persistencia de las lluvias volvió a nutrir las praderas y permitió que las maltrechas manadas de bisontes se recuperaran, los seres humanos empezaron a regresar; al principio, con cuentagotas y, luego, en masa. Lo que siguió fue una de las mayores migraciones de la historia de América del Norte. Los pueblos afluían desde las montañas Rocosas, los bosques septentrionales y el valle del Misisipí como absorbidos por el vacío, convirtiendo las llanuras en una aglomeración de rutas migratorias. La marea humana se componía sobre todo de grupos que habían vivido en la llanura antes de la gran sequía, pero algunos inmigrantes acudían allí por primera vez. Entre ellos estaban los shoshone.⁵

Apoyándose en una tradición centenaria de migración tramontana estacional, a principios del siglo XVII se filtró por el Paso del Sur un número cada vez mayor de shoshone rumbo a las praderas, lo que empujó a los kiowa y otras naciones indias hacia el Este, a la

CONQUISTA

región de las Black Hills [Colinas Negras]. A mediados de ese mismo siglo emergió una rama diferenciada de shoshone de las llanuras. Estos shoshone del Este, que ocupaban las llanuras noroccidentales situadas entre el río South Platte y el curso alto del Yellowstone, se transformaron en los típicos cazadores de las llanuras que amoldaron su dieta, su economía y su cultura a las costumbres de los bisontes. Eran nómadas que seguían a pie las migraciones de sus presas, acarreaban sus pertenencias en una especie de camillas o parihuelas llamadas *travois*, tirados por perros, y se resguardaban en tipis, las tiendas cónicas de piel, ligeras y fáciles de transportar. Cuando cazaban bisontes, o bien rodeaban a los animales para conducirlos a zonas con capas finas de hielo o de gran espesor de nieve, o los hacían huir hacia lugares con precipicios escarpados. Las cacerías colectivas absorbían mucho tiempo y energía y exigían una planificación minuciosa, pero el esfuerzo tenía por recompensa unos beneficios extraordinarios. El lugar conocido como Vore, una zona donde antes de que hubiera habido contacto con los euroamericanos se hacía saltar a los bisontes cerca de las Black Hills, contiene restos parciales de diez mil ejemplares, aun cuando solo se utilizaba una vez cada veinticinco años, aproximadamente. En el territorio shoshone hay centenares de lugares semejantes, aunque más pequeños, que atestiguan una economía próspera y un modo de vida floreciente.⁶

Pero la prosperidad no se tradujo en estabilidad. A finales del siglo xvii, los shoshone se escindieron de repente en dos facciones y abandonaron las llanuras centrales. Atraída, tal vez, por la población más densa y numerosa de bisontes del norte del valle del Yellowstone, la gran mayoría emigró hacia las llanuras septentrionales, donde se vieron arrastrados a guerrear con los pies negros y los gros ventre, que avanzaban hacia el Sur, contra quienes seguían haciéndolo cuando, en la década de 1730, penetraron en las llanuras septentrionales los primeros comerciantes canadienses de pieles.⁷ Una facción reducida se dirigió hacia el sur y desapareció varios años de los registros arqueológicos. Reaparecieron a principios del siglo xviii en los documentos españoles con el nombre de comanches, uno de los múltiples grupos indígenas que vivían en torno a los territorios fronterizos de Nuevo México.

No está del todo claro por qué estos protocomanches se escindieron del grupo shoshone principal, abandonaron su lucrativa economía de caza de bisontes en las llanuras centrales y emigraron cientos de kilómetros hacia un territorio desconocido; pero tal vez tuvieran algo que ver las presiones ejercidas por otros grupos indígenas. A finales del siglo XVII, los apaches, que hasta entonces tuvieron una presencia menor en las llanuras centrales, empezaron a construir viviendas de adobe y a regar los campos de los valles fluviales de la región. Los apaches prosperaron en sus nuevas aldeas, que muy pronto salpicaron la totalidad de las praderas desde el río Dismal hasta el Republican, con lo que comprimieron los territorios shoshone desde el Sur y el Este y los obligaron a subsistir en un dominio cada vez menor. La invasión de los apaches pudo haber introducido también enfermedades europeas que devastaron a los shoshone, pues todavía no se habían visto expuestos a gérmenes letales procedentes del exterior. Las tradiciones comanche y shoshone sustentan esta hipótesis, pues afirman que los primeros se separaron de sus parientes tras una disputa relacionada con la caza y una epidemia de viruela.⁸

Este esbozo presenta a los comanches como unos exiliados que huían de la escalada de violencia que se adueñaba de sus tierras; pero hay otra posible motivación para haberse separado de sus parientes shoshone: el éxodo hacia el Sur pudo haber sido una tentativa de acceder mejor a los caballos españoles que acababan de empezar a propagarse en gran número hacia el Norte desde el Nuevo México español. La revuelta de los indios pueblo en Nuevo México en 1680 y la consiguiente expulsión de la colonia de los conquistadores españoles había dejado infinidad de caballos a esta tribu, que se embarcó en un animado comercio equino con los indios vecinos de las praderas y montañas. Abastecido por los indios pueblo, el antiguo corredor comercial de las Rocosas llevaba hacia el Norte caballos, que los shoshone adquirieron en torno a 1690. Estimulados por la mejora repentina de su capacidad para desplazarse, cazar y guerrear, algunas bandas shoshone invadieron las llanuras septentrionales, donde abundaban los bisontes; los otros, los antepasados de los comanches, remontaron el caudal de afluencia de caballos hasta la fuente originaria de Nuevo México. Esta hipótesis también está respaldada por

CONQUISTA

los shoshone, que recordaban que los comanches «los abandonaron y partieron hacia el Sur en busca de caza y caballos».⁹

Una vez en camino, los protocomanches seguramente siguieron la cordillera frontal de las Rocosas (Front Range) hacia el Sur, dejando más al Este las aldeas apaches de las llanuras abiertas. Pero, al tiempo que evitaban enfrentamientos con los apaches, la ruta les llevaba al territorio de los poderosos ute, que se extendían desde la cordillera Sawatch, por el Oeste, hasta la frontal, por el Este. Quizá el encuentro se produjera en los últimos años del siglo, pero sin duda marcó el comienzo de una relación que transformaría profundamente a ambos grupos. La única pista sobre lo que realmente sucedió es una única palabra, *kumantsi*, el nombre que los ute dieron a los recién llegados. Según la interpretación convencional, el término significa «los enemigos» o «los que quieren luchar contra mí todo el tiempo», lo que hace pensar que el primer contacto fue violento. Sin embargo, según una interpretación más reciente, el término alude a un encuentro de otra naturaleza: más que a un choque entre dos pueblos extraños con impulsos muy violentos, alude a una reunión de dos pueblos hablantes de una lengua del grupo numic, que seguramente provenían del mismo núcleo territorial de Sierra Nevada, habían tomado rutas distintas durante una desordenada expansión común y, ahora, pese a los siglos de separación, encontraban un lazo de unión en las persistentes generalidades culturales y lingüísticas.¹⁰

Basándose en esos rasgos comunes, los comanches y los ute formaron en los primeros años del siglo XVIII una alianza política y militar duradera, que no dejó de ser parte esencial del sustrato de poder de los comanches hasta mediados del siglo XVIII. Amalgamados por los matrimonios entre tribus y los lazos de parentesco, la alianza reportó ventajas estratégicas contundentes a ambos. Los ute estaban enzarzados en una guerra intermitente contra los navajos por los privilegios comerciales y de saqueo en el norte de Nuevo México, y ansiaban obtener ayuda militar de los comanches para contenerlos en el Oeste y mantenerlos lejos de Nuevo México, pues eran superiores en número. También necesitaban ayuda militar comanche en los conflictos con los indios pueblo de Tewa, Tano, Jémez, Picurí y Keres, que se habían apoderado de armas, escudos y caballos durante la revuelta contra los españoles y habían entrado en territorio ute

para cazar venados, alces y bisontes. A cambio, los ute compartían con los comanches su territorio, sus caballos y sus conocimientos sobre las complejidades de los territorios fronterizos españoles.¹¹

Cuando la unión se consolidó, los comanches pusieron rumbo al Oeste y atravesaron la cordillera frontal de las Rocosas para entrar en territorio ute.¹² Allí, al este de la meseta de Colorado, iniciaron un periodo de transformación espectacular y, en pocos años, se reinventaron a sí mismos desde el punto de vista tecnológico, económico, militar y social. Viviendo y aprendiendo de sus aliados ute, se adaptaron a su nuevo hogar, un mosaico que se extendía desde las laderas de transición entre las Grandes Llanuras y las Rocosas, y atravesaba las cordilleras frondosas Sangre de Cristo y Jémez, todo lo cual incluía terrazas alpinas cubiertas de nieve, valles profundos tallados por glaciares, bosques de abetos y falsos abetos, enebros y pinos y praderas semiáridas y monte bajo.

Aquel entorno tan variado sustentaba una economía igualmente diversa. Los ute y los comanches pasaban el otoño, el invierno y las primeras semanas de la primavera en grupos reducidos dedicados a cazar berrendos, atrapar liebres orejadas y recoger bayas, nueces y raíces de perideridia. En primavera, las bandas se reunían en unidades mayores y se desplazaban hacia el Este, hasta la cabecera del valle del río Arkansas, donde cazaban bisontes y llevaban una vida nómada en los tipis. El verano era la principal estación para la guerra y los asaltos, cuando los escuadrones de ute y comanches penetraban en el país de los navajos y en el norte de Nuevo México. Los ute también introdujeron a los comanches en los mercados de Nuevo México y, muy pronto, los dos aliados visitaban regularmente Taos y San Juan, en cuyas ferias de otoño intercambiaban, en los periodos de tregua, vestidos, carne y esclavos navajos por maíz, caballos, cerámica y mantas de algodón. Si bien la mayoría de los ute y los comanches seguían esta pauta anual general, había variaciones significativas entre diferentes grupos. Seguramente fue aquí, en la Gran Cuenca, donde los comanches empezaron a diferenciarse en tres grandes subdivisiones, cuyos nombres aluden a fronteras económicas y alimenticias diversificadas: los yamparika (comedores de raíces o de perideridia o yampa), los kotsoteka (comedores de bison-te) y los jupe (pueblo de la madera).¹³

CONQUISTA

Mientras iniciaban a los comanches en las complejidades de su nuevo territorio, los ute también los introdujeron en una nueva era tecnológica. Suministraron a sus nuevos aliados caballos, así como los conocimientos para usarlos para el transporte, la caza y la guerra. En la década de 1710, tan solo una generación después de haber conseguido los primeros ejemplares, los comanches azotaban ya el norte de Nuevo México con incursiones incontenibles a caballo. Pero los ataques solo eran la manifestación más visible de la revolución más profunda que los acompañó. Un caballo podía acarrear cien kilos de carga en el lomo y arrastrar en un *travois* hasta ciento cincuenta, cuatro veces más que un perro grande, y era capaz de recorrer, al menos, el doble de distancia diaria. Con el auge de la equitación, los comanches podían transportar más pieles, carne y utensilios domésticos, así como buscar presas en un radio mayor y matar animales con más eficiencia. El alcance del comercio se vio multiplicado, así como su capacidad para guerrear, saquear y defenderse. Casi de forma instantánea, el mundo se volvió más pequeño y los recursos, más accesibles.¹⁴

En todo caso, las ventajas prácticas ocultaban una transformación aún más fundamental. Más que ser una simple herramienta de caza y transporte (un perro más grande y más fuerte), el caballo representaba un nuevo modo de aprovechar la energía. Los perros solo aprovechaban de forma indirecta las plantas, la reserva más prolífica de energía solar procesada disponible para animales y seres humanos: consumiendo la carne de los animales herbívoros que sus propietarios les daban. Por el contrario, los caballos obtenían su fuerza directamente de la vida vegetal, lo cual permitía a sus amos eliminar una fase comprometida de la obtención de energía. El caballo, un cauce situado entre la energía solar abstracta y descomunal y la fuerza muscular concreta y disponible de inmediato, redefinió el ámbito de lo posible y situó a los comanches un escalón más cerca del sol, «la causa primaria de todos los seres vivos».¹⁵

Los ute también presentaron a los comanches las manufacturas europeas. Como llevaban comerciando en Nuevo México de forma regular desde la década de 1680, habían acumulado suficientes armas y utensilios de metal para entregar algunos a sus aliados comanches, que ahora pasaron de la noche a la mañana, literalmente, de la Edad

de Piedra a la del Hierro. Si bien los comanches utilizaron la tecnología nueva para sustituir sus utensilios tradicionales y mejorar técnicas antiguas, y no para retocar los fundamentos de su sistema económico, fue en todo caso un salto trascendental. Los cuchillos, punzones, agujas y pucheros de hierro duraban más y eran más eficaces que sus equivalentes de piedra, hueso y madera, lo cual facilitaba y aceleraba las tareas cotidianas de cazar, cortar, deshuesar, cocinar y coser. Las leyes españolas prohibían vender armas de fuego a los indios, pero en las ferias de Nuevo México se hacía caso omiso de la norma, sobre todo en las zonas más septentrionales de la provincia. Las pocas armas disponibles en las ferias eran trabucos de chispa toscos y frágiles pero, en todo caso, transformaron profundamente la naturaleza de la guerra intertribal. Las armas de fuego permitieron a los comanches matar, mutilar e impresionar desde una distancia más segura y causar heridas que las artes sanadoras tradicionales de sus enemigos no tenían costumbre de tratar. Y, al igual que los caballos, les dieron acceso a una fuente de energía imprevista, la pólvora, que volvió a ensanchar su mundo con nuevas posibilidades.¹⁶

Con la ayuda de los ute, los comanches se incorporaron a las redes de caza y comercio de esclavos de los territorios fronterizos de Nuevo México. Cuando los comanches llegaron a la zona, el tráfico de prisioneros indios era una práctica consolidada en Nuevo México y estimulada por las ambigüedades del sistema legal y colonial español. Pese a que millares de indios pueblo vivían en el interior de los límites de Nuevo México, controlado por los españoles, unas restricciones estrictas prohibían que se les explotara como mano de obra. Los derechos de *encomienda** del trabajo subsidiario, la clave económica de los primeros momentos del colonialismo español en el continente americano, fueron abolidos en Nuevo México tras la revuelta de los indios pueblo. El sistema de *repartimiento** o distribución del trabajo prosiguió, lo que permitió a los colonos reunir y distribuir la mano de obra de los indios pueblo en proyectos públicos; pero el sistema funcionaba de forma rotatoria, lo que convertía a los trabajadores indios en un recurso más comunitario que personal. Además, la mayor parte de los indios pueblo, cuya explo-

* En español en el original. (N. del T.)

CONQUISTA

tación estaba estrictamente regulada por la legislación española, eran conversos al cristianismo, al menos en apariencia. Ansiosos por obtener esclavos que se ocuparan de cocinas, granjas, campos de cultivo y talleres textiles (y de fortalecer su endeble sentido del honor y el prestigio), la élite española se convirtió al comercio de prisioneros arrebatados a los *indios bárbaros*.* Las leyes españolas prohibían expresamente la compra, venta y tenencia de esclavos indios, pero los colonos de Nuevo México encubrían el tráfico ilegal con el *rescate*,* mediante el cual adquirirían indios apresados por tribus nómadas de las inmediaciones con la excusa de salvarlos de los malos tratos y el paganismo. En teoría, los indios rescatados iban a ser depositados en viviendas españolas para brindarles educación religiosa pero, en la práctica, muchos de ellos acabaron siendo esclavos corrientes que se podían vender, comprar y explotar con impunidad.¹⁷

Los ute ingresaron en los mercados de esclavos de Nuevo México en calidad de bienes que apresaban y vendían los cazadores de esclavos españoles, navajos y apaches pero, una vez aliados con los comanches, pasaron a ser enseguida proveedores en la cadena de suministro del tráfico de esclavos. Cuando no asaltaban Nuevo México para obtener caballos, los ute y los comanches acudían allí para vender su botín humano. Sus incursiones se extendían hacia el Oeste por el país de los navajos y, hacia el Este, por el de los pawnee, donde capturaban mujeres y niños; pero sus principales objetivos eran las aldeas de apaches carlana y jicarilla, en la cuenca alta del río Arkansas, en el límite occidental de las llanuras meridionales. El tráfico de prisioneros apaches creció como la espuma en Nuevo México. A finales del siglo xvii, la población de Nuevo México poseía unos quinientos prisioneros no miembros de los indios pueblo y despuntó como principal productor de mano de obra esclava para los campamentos mineros de Nueva Vizcaya y Zacatecas: vendían esclavos incluso a las explotaciones de tabaco de Cuba. En 1714, el comercio de esclavos en Nuevo México se había generalizado tanto que el gobernador Juan Ignacio Flores Mogollón consideró necesario ordenar que todos los prisioneros apaches fueran bautizados antes de ser trasladados a «lugares lejanos en los que venderlos». Mu-

* En español en el original. (N. del T.)

chos de esos apaches fueron adquiridos a los ute y los comanches, cuya duradera alianza los había colocado en una posición de poder sobre las sociedades indígenas vecinas.¹⁸

A principios del siglo XVIII, la coalición de ute y comanches dominaba los territorios fronterizos septentrionales de Nuevo México. Los aliados eliminaron a los navajos de las localidades comerciales y de caza de esclavos principales de Nuevo México y trataban a la propia colonia como un almacén de recursos. A veces vendían y realizaban incursiones en el norte de Nuevo México, otras intercambiaban esclavos y pieles por caballos, maíz y utensilios de metal, y otras veces huían con ganado y víveres robados. El frágil control imperial español de sus fronteras septentrionales no lograba mantener unidas a las aldeas, y la región empezó a desintegrarse política y socialmente. Los ute y los comanches comerciaban y se casaban con los habitantes indígenas de Ojo Caliente, San Juan y Picurís (muchos de los cuales eran antiguos esclavos suyos), al mismo tiempo que asaltaban Taos, Cochití u otros asentamientos en busca de botines. En 1716, los asaltantes ute y comanches habían agotado hasta tal punto las reservas de caballos de Nuevo México que los colonos ya no podían «salir en defensa».¹⁹

Dada la escasez de hombres y dinero, las autoridades españolas de Santa Fe eran incapaces de frenar la explotación. Proclamando una decepción cada vez mayor, uno de ellos exigía en 1719 que «se debería declarar la guerra a las naciones ute y comanche que, siempre unidas, han estado robando caballos en nombre de la paz».²⁰ Pero, cuando los españoles empezaron a tomar conciencia de lo peligrosa que era la situación en la frontera septentrional, los ute y los comanches habían empezado a desplazar su ambición a otra parte: a las vastas praderas que se abrían al Este.

Los comanches habían descubierto tesoros y oportunidades inesperadas en su tierra de adopción, pero las mismas fuerzas que les ayudaron a prosperar en los valles y en las montañas del sur de las Rocosas también les expulsaron de la región. Cuanto más orientaban su vida en torno a la caza a caballo, el comercio de esclavos y los mercados europeos, más atraídos se sentían por las grandes praderas orien-

CONQUISTA

tales. En la década de 1720, tan solo una generación después de su llegada, ya se habían marchado. Tal vez sea tentador imaginar que el éxodo comanche a las llanuras meridionales estaba inspirado por los horizontes infinitos y las oportunidades ilimitadas que se abrían al Este, pero es más probable que la migración, que también alejó de las montañas en que vivían a algunas bandas de ute, empezara siendo una ampliación del territorio de captura de esclavos. A medida que los ataques de los esclavistas comanches y ute se fueron intensificando a fines del siglo xvii, los apaches jicarilla y los carlana se refugiaron en las profundidades de las llanuras y abandonaron los viejos campamentos de la cabecera del río Arkansas y las laderas de las Rocosas. Sin embargo, en lugar de encontrar alivio de los ataques, la retirada atrajo a los comanches y los ute al corazón mismo de la Apachería. Siguiendo hasta las llanuras a los apaches jicarilla y carlana en fuga, los comanches y los ute convirtieron en territorio de guerra la cuenca alta del Arkansas. En 1706, una expedición española encabezada por Juan de Ulibarrí encontró cerca del valle del Arkansas un pequeño grupo de refugiados apaches penxaye que trataban «de unirse al resto [de los apaches] que vivía junto a esos ríos y arroyos con el fin de defenderse juntos de los ute y los comanches». Ulibarrí también descubrió que los comanches y los ute habían atacado hacía poco dos aldeas apaches próximas a la cabecera del río Purgatoire, más de ciento sesenta kilómetros al sur del corredor del Arkansas. Cuando en 1719 el gobernador de Nuevo México, Antonio Valverde y Cosío, evaluó la invasión de los comanches y ute, escribió que los aliados se habían visto atraídos a esa zona del valle del Arkansas y a las llanuras de la periferia «por el interés que tenían por robar en los cercados de las rancherías de los apaches».²¹

En el momento en que Valverde redactó su informe, las incursiones esporádicas realizadas por los comanches y los ute en busca de esclavos ya se habían convertido en un proyecto colonizador completo, encaminado a forjarse un nuevo hogar en las llanuras y desplazar a los apaches que las ocupaban. Ese cambio de propósito también escondía un cambio de perspectiva: si las oportunidades de capturar esclavos habían atraído a los comanches y los ute a las llanuras abiertas, la promesa de una vida nueva les hizo quedarse. Durante la extensión de sus incursiones en la Apachería, los comanches

y los ute acabaron por descubrir las inmensas posibilidades que ofrecían las llanuras para desplegar una forma de vida ecuestre. Los caballos españoles que habían robado en Nuevo México, a cuyos lomos llegaron a las llanuras, encontraron un nicho ecológico perfecto en las praderas meridionales. Aquellas montas españolas vigorosas y de tamaño reducido, descendientes de la stirpe berebere norteafricana, se habían criado para sobrevivir en condiciones desérticas, alimentarse por entero de hierba y recorrer distancias enormes sin agua. En otras palabras, nacían adaptados para una vida en las llanuras meridionales, relativamente áridas, cuya gruesa capa de grama y hierba de búfalo brindaba un suministro abundante durante todo el año, y cuyos arroyos dispersos y lagunas estacionales de muy poca profundidad les proporcionaban agua suficiente a los animales, resistentes al desierto.²²

Fue esta prometedora pareja formada por los caballos y el entorno de las llanuras lo que terminó de sacar a los comanches y los ute de las montañas. Cuanto más profundizaban en las praderas y más se asentaban allí, más prosperaban sus caballos, cuyo número aumentaba con rapidez. A su vez, permitió a comanches y ute transformar la munificencia más asombrosa de las llanuras, las manadas aparentemente inagotables de bisontes, en un recurso asequible y previsible. Ahora, los recién llegados podían seguir a las manadas inquietas y dispersas de bisontes llevando sus pertenencias a caballo con relativa facilidad y, cuando las encontraban, abatir grandes fieras desde la posición segura que les otorgaba la montura. Liberados y fortalecidos por el caballo, los comanches y los ute se mudaron a las llanuras para organizar su vida en torno al bisonte.²³

Las posibilidades que ofrecía cazar bisontes a caballo era el atractivo principal de las llanuras, pero había otro incentivo: el comercio. Cuando a finales del siglo xvii los comanches adquirieron manufacturas en Nuevo México y de los ute, se vieron ante un dilema. Impresionados por la eficacia y la durabilidad de las armas, herramientas y utensilios nuevos, se impacientaron por obtener más; pero el norte de Nuevo México, con la limitación de reservas de manufacturas, no logró satisfacer sus necesidades. Por otra parte, la llanura estaba plagada de oportunidades comerciales, centradas en la cuenca alta del valle del Arkansas, la vía de entrada de los coman-

CONQUISTA

ches a las praderas. Cuando siguieron el valle hacia el Este, pusieron pie en un nicho comercial antiguo y pujante. El valle del Arkansas, que se extendía entre los núcleos urbanos de la ribera del río Grande y las aldeas agrícolas de las praderas meridionales, era desde hacía siglos un centro importante de comercio, un punto de transición donde los cazadores de las llanuras intercambiaban pieles y carne por maíz y otros productos locales del Este y el Oeste. Además, cuando llegaron allí los comanches, la Louisiana francesa ya había descubierto su potencial. Los comerciantes franceses iniciaron sus viajes al Oeste poco después de 1700 para ofrecer armas y utensilios de metal a los apaches y convirtieron el canal del Arkansas en una arteria de primer orden del comercio colonial.²⁴

En respuesta a los diversos incentivos económicos, los comanches y sus aliados, los ute, se trasladaron en masa a las llanuras meridionales durante la segunda y la tercera década del siglo XVIII. El resultado fue un conflicto interminable y mortífero con los numerosos grupos apaches, a los que los españoles conocían como paloma, cuartelejo, penxaye, carlana, sierra blanca, jicarilla, pelone y lipán, y que controlaban la totalidad de las llanuras occidentales situadas al sur del río Platte. Aquellos apaches tenían muy poco que ver con el estereotipo posterior, según el cual eran un pueblo débil y sentenciado, incapaz de resistir la acometida de los comanches. De hecho, cuando estallaron las guerras con los comanches, los apaches vivían el apogeo de su propio afán expansionista.

Si la expansión comanche se alimentaba del paso a la caza a caballo de bisontes y la consiguiente especialización económica, el motor de la de los apaches fue un proceso contrario de diversificación económica. Al igual que los comanches, los apaches habían incrementado sus manadas de caballos durante la revuelta de los indios pueblo, cuando éstos se apoderaron de caballos españoles y los vendieron a otros grupos indígenas; pero, a diferencia de los comanches, solo unos cuantos grupos apaches se especializaron en la caza a caballo. Aunque experimentaron con la intensificación de la monta, los apaches también aceleraron su conversión a la producción agrícola. Muchas bandas apaches habían practicado la agricultura desde hacía generaciones, pero no llegó a calar en la forma de vida apache hasta finales del siglo XVII. Sacudidos por una serie de se-

quías que diezmaron las manadas de bisontes e inspirados por la pericia de los agricultores pueblo que buscaron refugio en la Apacheería durante la segunda revuelta de 1696, los grupos apaches adoptaron la agricultura de forma sistemática por todas las llanuras. Construyeron pequeñas obras de regadío en los lechos de los arroyos, poblaron los valles fluviales de cabañas de adobe de techo plano y empezaron a cultivar maíz, judías, calabazas, sandías y calabacines. La nueva economía híbrida requería un meticuloso equilibrio estacional entre la agricultura y la caza, pero las recompensas que ofrecía eran sustanciosas. Como disponían de un suministro abundante de proteínas e hidratos de carbono, los apaches disfrutaron de un crecimiento demográfico sostenido en un entorno en el que las sequías y los gérmenes europeos ponían en peligro constantemente la viabilidad de las sociedades indígenas.²⁵

Aquella fortaleza interna se tradujo en una expansión externa. En las llanuras centrales, los apaches cuartelejo y paloma mantuvieron a los pawnee alejados de las zonas de caza de las cordilleras occidentales y, más al Sur, en torno a la zona del Big Bend, el gran recodo del río Arkansas, y las bifurcaciones del río Rojo, los apaches jicarilla, carlana y sierra blanca obligaron a los wichita a desplazar sus aldeas al exterior del principal territorio de bisontes. El grueso de la expansión apache se produjo al sur del río Rojo, donde los lipán se enfrentaron a los jumano, un pueblo dispar desde el punto de vista étnico, de cazadores seminómadas y agricultores, que había forjado una bulliciosa red comercial de larga distancia entre el río Grande y las aldeas caddo de las praderas del sur. Las guerras entre apaches y jumano duraron hasta mediados de la década de 1710, cuando estos últimos, debilitados por la sequía y las enfermedades, se trasladaron a las misiones españolas o se unieron a los lipán. A partir de ese momento, los apaches ejercieron un monopolio virtual sobre los territorios de caza occidentales situados por debajo del río Platte, así como sobre los mercados españoles del este de Nuevo México y el oeste de Texas. Sus diferentes grupos comerciaban con regularidad en Taos, Pecos, La Junta y San Antonio, donde llevaban pieles y prisioneros caddo. Durante los periodos áridos que asolaron reiteradamente el Sudoeste interrumpiendo el comercio y la diplomacia, realizaron incursiones en esos mismos asentamientos para

CONQUISTA

obtener maíz y ganado. Las autoridades españolas respondían con expediciones de castigo, que a menudo se transformaban en cacerías de esclavos, y los sacerdotes franciscanos suplicaban a los apaches que abrazaran el catolicismo y vivieran en las misiones; ninguno de los dos tuvo mucho éxito.²⁶

Por tanto, con su ingreso en las llanuras meridionales, los comanches se situaron en una trayectoria de colisión con otros pueblos en expansión y se enredaron en una guerra a lo largo y ancho de las planicies que duró más de medio siglo. Las guerras entre comanches y apaches suelen representarse como una lucha hobbesiana primaria por tierras alimentada por el odio étnico, pero nacieron como una rivalidad estratégica por localizaciones y recursos específicos. El principal elemento en disputa era el control de los valles fluviales. Ambos grupos necesitaban estas valiosas zonas para sobrevivir, lo cual desencadenó una guerra por microentornos. En las estaciones cálidas, los apaches buscaban el lecho de los arroyos para sus campos de maíz y sus sistemas de regadío, mientras que los comanches los necesitaban por el pasto y el agua de baja salinidad que suministraban a sus crecientes manadas de caballos. La disputa se volvía más feroz en invierno, cuando ambos grupos dependían abiertamente de los valles fluviales, los únicos lugares de las llanuras que ofrecían cierto alivio a la crudeza del clima. Los riscos y los acantilados ribereños ofrecían protección y forraje adicional para los caballos, y los arroyos suministraban agua segura en una época en que las lluvias solían reducirse al mínimo.²⁷

Con este conflicto por los lechos fluviales se entrelazaba una rivalidad comercial por los mercados y las exportaciones de alimentos a Nuevo México. Una vez comprometidos con la caza a tiempo completo en las llanuras, los comanches ya no podían concentrarse en la recolección con la misma intensidad con la que lo habían hecho en las montañas. Siguieron recogiendo bayas, nueces, frutos y raíces, pero la recolección dejó de constituir una actividad económica significativa; una estimación sugiere que los comanches perdieron dos tercios de sus tradiciones herbáceas al desplazarse a las praderas. El corolario de esta racionalización económica fue un desequilibrio nutricional crónico: la nueva dieta basada en la carne de bisonte era muy rica en proteínas, pero angustiosamente baja en hidratos de carbono. Una

dieta extremadamente rica en proteínas y baja en hidratos de carbono puede ser peligrosa para las embarazadas y los fetos, pues provoca abortos espontáneos y recién nacidos con bajo peso y deficiencias cognitivas. Si la ingesta de proteínas excede el 40 por 100 y la de hidratos de carbono y grasas desciende (como pudo haber sucedido con facilidad en las llanuras al final de los inviernos, cuando la grasa corporal de los bisontes menguaba), el conjunto de la población podría acabar siendo susceptible a la intoxicación por proteínas.²⁸ Los comanches disponían de dos alternativas fundamentales para resolver estos dilemas alimenticios. Una era seguir el ejemplo apache y dedicarse a la horticultura de ribera, pero era inviable porque los habría atado a un lugar y habría comprometido la eficacia militar de su movilidad. La segunda, estratégicamente más sensata, era intensificar su economía de caza, eliminar a los apaches de los mercados de Nuevo México y, luego, intercambiar en los mercados de los indios pueblo los excedentes de carne, grasa y pieles por maíz y otros productos ricos en hidratos de carbono. En esencia, pues, la guerra entre comanches y apaches era una guerra por los hidratos de carbono.

Como el conflicto giraba en torno a elementos vitales esenciales (comida, agua, abrigo), la contienda se volvió implacable. A finales de la década de 1710, una guerra generalizada había asolado la cuenca alta del Arkansas y se extendía con rapidez a las zonas adyacentes. Los comanches dominaron enseguida el conflicto y mantuvieron la presión hasta que desaparecieron de las llanuras meridionales las últimas aldeas apaches. Solían actuar en bloque con sus aliados ute, confiando en la suma de sus fuerzas, mientras que las numerosas aldeas apaches actuaban cada una de forma independiente. Los apaches también estaban divididos. Los apaches jicarilla, carlana y sierra blanca se vieron envueltos en una guerra intermitente con los apaches faraone, que a finales del siglo xvii se habían especializado en la captura de esclavos y ganado y atacaban en todas direcciones desde sus territorios en las montañas Sandía. Pero el principal punto débil de los apaches era su economía mixta cazadora y agrícola, que ahora, en guerra con los comanches y los ute, dejó de ser un activo económico para convertirse en un handicap militar. Atados al suelo en momentos precisos del año, los agricultores apaches estaban in-

CONQUISTA

defensos frente a sus rivales a caballo, que convirtieron en unas trampas mortales las aldeas agrícolas otrora protectoras. Aprovechando su movilidad a gran escala, los comanches y los ute concentraban una fuerza avasalladora contra las aldeas apaches aisladas, asaltándolas para apropiarse de cosechas y prisioneros o arrasándolas con ataques guerrilleros devastadores. Los comanches, con una movilidad equiparable a su buena organización, también dominaban la guerra defensiva, según señalaba un observador en la década de 1720: «la nación de los comanches [...] es tan solidaria que tanto en los avances que realizan continuamente, vagando como los israelitas, como en los campamentos en los que se asientan, son formidables defendiéndose».²⁹

Comanches y ute también utilizaron su movilidad y su radio de acción para cortar los vínculos comerciales de los apaches. Atacaban las ferias de Nuevo México durante la visita de los apaches, con lo que interrumpían el ciclo estacional del comercio. En 1719, un funcionario español deploraba que los comanches y los utes fueran «juntos con la intención de interferir en el escaso mercado de trueque que este reino tiene con las naciones que vienen a pagar rescates. Les impiden la entrada y la comunicación con nosotros». Al mismo tiempo, en el otro extremo de sus dominios, cada vez menos extensos, los apaches perdieron contacto con los comerciantes franceses de Louisiana, cuyas operaciones en el Oeste se vieron debilitadas por las medidas comerciales monopolistas de la fabulosa confederación de los osage y los wichita (los tawakoni, taovaya, iscani y kichai), que controlaban las tierras situadas entre el valle del Misisipí y el territorio apache. El desmoronamiento de los vínculos comerciales de los apaches no solo mermó su capacidad de repeler las arremetidas de comanches y ute; también los volvió vulnerables a los wichita y los pawnee en su vieja rivalidad, que se había intensificado significativamente en torno a 1700, cuando aquellos empezaron a vender prisioneros apaches a los comerciantes franceses.³⁰

Atrapados entre dos frentes violentos y aislados de sus cauces de sustentación económica, los apaches perdieron capacidad de ofrecer resistencia efectiva. Ante su inminente caída, los apaches jicarilla huyeron a Taos, donde pidieron protección y, por primera vez, prometieron abrazar el cristianismo. «Yo, señor, estoy en una misión lla-

mada San Gerónimo de Taos —escribía en 1719 un atónito padre Juan de la Cruz al virrey—, tan próximo al paganismo que, como suele decirse, vivimos hombro con hombro. Una tribu de apaches paganos, una nación muy dispersa por estos pagos [...] ha venido pidiendo el bautismo». La oferta de los apaches, precisamente porque aunaba elementos estratégicos y religiosos, atrajo a las autoridades españolas, que en agosto celebraron un consejo de guerra en Santa Fe y decidieron respaldar a los apaches y declarar las hostilidades al bloque de comanches y ute. En el consejo se argumentó que, si la nación apache de las llanuras se fortalecía, protegería a Nuevo México de los ataques de comanches y ute, que en los años anteriores se habían vuelto cada vez más devastadores. Sobre todo, una coalición de españoles y apaches protegería Nuevo México y los departamentos mineros del norte de México ante la anunciada invasión francesa, una vieja amenaza que se había agudizado a finales de 1718 con el estallido de un conflicto europeo, la guerra de la Cuádruple Alianza. «Es necesario mantener a esta nación [apache] —ordenaba el virrey desde México—, debido a las hostilidades que han lanzado los franceses» y porque «la nación apache, con nuestra ayuda, puede infligir daños considerables a los franceses e impedir sus malvados propósitos».³¹

Así pues, en otoño de 1719, Valverde, gobernador de Nuevo México, encabezó en persona una expedición al valle de Arkansas compuesta por unos seiscientos soldados entre guarniciones, milicias y tropas auxiliares de los indios pueblo, confiando en «frenar el atrevimiento» de los comanches y los ute y castigarlos por las «hostilidades, crímenes y robos que han infligido a este reino». Sin embargo, en lugar de detener el empuje de la expansión comanche y ute, la campaña puso de manifiesto que los españoles ya habían perdido su oportunidad. Las señales fueron poco halagüeñas desde el principio. Camino de la zona de guerra en Arkansas, los españoles encontraron varias bandas de apaches jicarilla y sierra blanca en fuga. Un grupo informó al gobernador de que los comanches y los ute «habían matado a muchos miembros de su pueblo y habían estado apresando a sus mujeres y niños hasta que ya no sabían dónde irse a vivir seguros», y otro expuso un episodio de guerra indígena total: «los enemigos comanches y ute han atacado una ranchería de su

CONQUISTA

nación, causando seis muertos, llevándose sesenta y cuatro mujeres y niños, quemando y destruyendo una cabaña con forma de torre que allí había, e incluso los montones de maíz. No quedaron posesiones sin destruir». Ansiosos por recibir ayuda española, los apaches jicarilla aceptaron «recibir las aguas del sagrado bautismo» y servir con lealtad al gobernador, a quien aceptaron como «padre». Por su parte, Valverde entregó chocolate y tabaco a los refugiados y los reclutó como tropas auxiliares en su avance hacia Arkansas. En cumplimiento de la legislación española, ni siquiera pensó en la posibilidad de entregar armas a los nuevos aliados indios de España.³²

Cuando la expedición se aproximó al río, penetró en el erial de aldeas apaches desiertas y maizales quemados que la invasión de comanches y ute había dejado a su paso. Según comentaba Valverde, los apaches «vivían en estado de alerta constante y, por la noche, abandonaban sus casas y marchaban a las colinas para salvar la vida». Sin embargo, no se veía por ningún sitio a los comanches y los ute, y la ociosa expedición de Valverde se transformó en un campamento móvil, donde los españoles y los apaches trataron de reforzar su incipiente alianza con ceremonias católicas y matanzas rituales de pumas, gatos salvajes y osos. Al cabo de varias semanas de búsqueda infructuosa, la expedición supo por una banda de centenares de refugiados apaches que los comanches y los ute habían saqueado El Cuartelejo, un legendario asentamiento apache situado varios kilómetros al norte del valle de Arkansas. Fue un golpe devastador, pues El Cuartelejo («construcción fortificada») se había convertido en un emplazamiento esencial del poder de los apaches a finales del siglo xvii, cuando los apóstatas contrariados de los indios pueblo escaparon allí y enseñaron técnicas agrícolas a los apaches e introdujeron los caballos. Algunos días después, un jefe herido de los apache paloma llevó más malas noticias. Junto al río Platte, «en los territorios fronterizos más remotos de los apaches», los franceses habían construido entre los pawnee «dos pueblos grandes, cada uno de los cuales es tan extenso como Taos». Luego, los franceses y los pawnee habían tendido a los apache paloma «una emboscada mientras sembraban maíz» y se habían apoderado de sus tierras. Añadiendo insultos a la injuria, los franceses habían llamado a los españoles «mujeres» y habían animado a los apaches paloma en fuga a atraerlos hacia

el país de los pawnee para enfrentarse a ellos. La expedición de Valverde regresó a Santa Fe después de pasar unos dos meses en las llanuras. A finales de año, cuando los rumores se convirtieron en informes, las autoridades españolas de Ciudad de México se vieron atendiendo despachos que afirmaban que había seis mil franceses a menos de trescientos kilómetros de Santa Fe.³³

De forma indirecta, la penetración francesa en las llanuras centrales también afectó al desenlace de la batalla que libraban comanches y ute contra apaches por la cuenca del Arkansas. Temiendo que Nuevo México se viera amenazada por una invasión francesa inminente, las autoridades españolas reorientaron sus esfuerzos contra la coalición de franceses y pawnee en las llanuras centrales, ignorando la situación de los apaches más al Sur. En junio de 1720, el teniente general Pedro de Villasur comandó hacia el Norte una guarnición de cuarenta y cinco soldados y sesenta efectivos auxiliares de los indios pueblo para expulsar a los franceses del territorio pawnee. La campaña fue un fiasco: treinta y dos soldados, un tercio de la guarnición de Santa Fe, pereció a manos de los pawnee y sus aliados oto. La catástrofe de Villasur, unida al tratado de paz firmado entre España y Francia ese mismo año, volvió reacias a las autoridades españolas a invertir hombres y dinero para ayudar a los apaches en lo que, cada vez más, parecía una causa perdida. Las autoridades discutieron varios años si debían construir un presidio en El Cuartelejo o más cerca de Nuevo México, entre los apaches jicarilla; pero no hicieron nada.³⁴

Cuando desapareció el apoyo de España, también se desvanecieron las esperanzas de los apaches de mantener un pie en el valle del Arkansas. En 1723, una serie de ataques comanches había eliminado lo que quedaba de su resistencia. En noviembre de ese mismo año, una delegación de jefes apaches jicarilla y sierra blanca informó en el Palacio del Gobernador de Santa Fe de que los comanches «los habían atacado en gran número» y «con tal atrevimiento y decisión que habían matado a muchos hombres y raptado a sus mujeres y niños para hacerlos prisioneros». Buscando desesperadamente ayuda española, los jefes apaches realizaron una oferta sin precedentes. Aunque antes solo de vez en cuando alguna banda apache había asumido el cristianismo y aceptado rendir vasallaje a Es-

CONQUISTA

paña, los jefes hablaban ahora de una conversión política, religiosa y cultural generalizada «suplicando que se les administrara el santo sacramento del bautismo a ellos y a todos los miembros de sus rancherías», y prometiendo «avenirse a vivir en sus poblaciones del mismo modo en que viven los indios cristianos de este reino». A cambio de su «absoluta docilidad», solicitaban a los españoles que construyeran una guarnición en La Jicarilla, una gran aldea para apaches sierra blanca, paloma y jicarilla en el río Canadian, a unos ciento ochenta kilómetros al nordeste de Santa Fe. La oferta levantó el vuelo de la imaginación española. Un consejo de guerra convocado con carácter de urgencia concluyó que un cinturón de indios sedentarios leales en la frontera oriental de Nuevo México «serviría de baluarte para este reino, por la mayor seguridad que ofrecería frente a las armas de los franceses». Además, la colonización de la Apachería permitiría a España extender su autoridad hasta las llanuras y alzar una barrera contra los comanches. «Sería prudente proseguir con la conquista hasta que todos los enemigos fueran exterminados», escribió Juan de Oliván Revollo, un inspector real de Ciudad de México.³⁵

En noviembre de 1723, el gobernador Juan Domingo de Bustamante partió con cincuenta soldados (más de la mitad de los cuales pertenecían a la guarnición de Santa Fe) para inspeccionar La Jicarilla. Los apaches los recibieron con grabados de la virgen María y promesas reiteradas de subordinación. Pero los comanches, alarmados por la posibilidad de librar una guerra doble con los españoles y los apaches, asaltaron La Jicarilla en enero de 1724 con la intención de destruirla. Asediaron la aldea durante cuatro noches y cinco días y exigieron que los apaches les entregaran a todas las mujeres y niños. Cuando los apaches cedieron, abrieron fuego sobre los hombres y amenazaron con comerse su cuerpo, obligándolos a huir. En marzo, al tener noticia de la batalla, Bustamante dirigió una expedición que se adentró en territorio comanche y rescató a sesenta y cuatro prisioneros. Pero la fuerza que Bustamante lograra reunir se disipó cuando las autoridades de Nuevo México no consiguieron determinar si debían colonizar o no La Jicarilla. Mientras Ciudad de México vacilaba, los comanches azotaron las aldeas apaches con ataques incesantes, que culminaron en una batalla atroz de nueve días

en La Gran Sierra del Fierro, la zona actualmente conocida como el saliente de Texas.³⁶

Golpeados por los comanches y los ute e ignorados por España, los apaches abandonaron todas las tierras situadas al norte del río Canadian, que acabaron convirtiéndose en la frontera meridional de los dominios de comanches y ute. Algunas bandas de apaches jicarilla atravesaron la cordillera Sangre de Cristo para buscar protección entre los navajos, mientras que otras cruzaron los ríos Cimarron y Canadian hacia el Sur confiando en encontrar refugio en el Llano Estacado, una extensa meseta de planicies inexploradas, cañones profundos y lagos desérticos que comprende parte del actual este de Nuevo México y del oeste de Texas. Algunos apaches jicarilla también se establecieron junto al río Trampas, cerca de Taos, donde los franciscanos les construyeron una misión en 1733. Sin embargo, cuando el gobernador Gervasio Cruzat y Góngora «interrumpió su comercio de pieles», los apaches jicarilla abandonaron la misión. Parece ser que algunos de sus miembros «se diseminaron entre los ute y los comanches».

Los apaches paloma, cuartelejo y sierra blanca sobrevivieron algo más en las praderas, fortalecidos por una tregua de poca duración con los osage, los pawnee, los iowa, los oto y los kansa o konza, para la que los franceses ejercieron de mediadores en 1724. Tres años después, se decía que los franceses avanzaban con «un gran ejército apache de las naciones paloma, cuartelejo y sierra blanca en busca de los comanches (un pueblo muy disperso debido a su gran número), para ver si podían expulsarlos de esas regiones». Sin embargo, el esfuerzo fue inútil y, a finales de la década, los apaches paloma, cuartelejo y sierra blanca habían abandonado toda resistencia y se habían dispersado. Algunos buscaron protección en el valle del río Pecos, más allá de la Escarpadura de Mescalero, que seguía estando fuera del alcance de los comanches, y en la década de 1730 los apaches habían establecido lazos estrechos con Pecos. Otros cruzaron el río Canadian y se adentraron en el Llano Estacado siguiendo a los apaches jicarilla refugiados que habían huido anteriormente.³⁷

Si hubo un suceso decisivo en la derrota de los apaches fue la resolución de España de no colonizar La Jicarilla. La decisión final

CONQUISTA

sobre el plan de colonización recayó en el brigadier general Pedro de Rivera, quien en 1724 había sido enviado como oficial especial de la Corona a inspeccionar las defensas formales de Nueva España. De Rivera, un recién llegado a la zona, examinó críticamente la política india de Nuevo México y la juzgó deficiente. Adoptando una visión estratégica global, pero esforzándose por recortar el gasto, concluyó que los colonos y los recursos españoles ya estaban demasiado dispersos y formaban una barrera demasiado frágil como para emprender otros proyectos de colonización. Advertía que «si aprobáramos todas las propuestas de fundación de presidios para reducir y asimilar a los indios a nuestras costumbres, las arcas del rey Midas serían insuficientes», e instaba a los habitantes de Nuevo México «más bien, a conservar lo adquirido, a gozar del fruto cosechado, que a aumentar los dominios a la desesperada».³⁸

El informe dejó una herencia duradera en Nuevo México, pues impulsó a las autoridades a suspender posteriores tentativas de colonización en las llanuras y a suprimir el apoyo militar a los apaches. Al replegarse, el Nuevo México español se centró en consolidar su posición en el valle del río Grande, su corazón demográfico, económico y político. Pero a pesar de su perspicacia fiscal y estratégica, el informe de De Rivera contenía un grave error de cálculo. Al retirarse de las llanuras, España dejaba la puerta abierta de par en par a los comanches, que en menos de una generación peinarían las llanuras sudorientales y presionarían en toda la frontera septentrional de España, desde el norte de Nuevo México hasta la zona central de Texas.

La conquista de la cuenca alta del Arkansas en la década de 1720 marcó el final de la primera fase de expansión comanche. En lugar de dejarse llevar por la inercia para entrar en el Llano Estacado y perseguir a los apaches, ya desplazados, detuvieron su campaña de conquista. La guerra sin tregua había puesto en fuga a los apaches, pero también había colmado las ambiciones territoriales y las necesidades económicas inmediatas de los comanches. Provisionalmente satisfechos, se dedicaron casi una década a consolidar su posición en su nuevo hogar de las llanuras.³⁹

Aquel ámbito territorial, que ocupaba, de Norte a Sur, el espacio comprendido entre el valle del Arkansas y el río Cimarron y, de Oeste a Este, desde la zona de transición entre llanuras y praderas y el meridiano noventa y ocho, ofrecía un entorno fabuloso para el modo de vida emergente de los comanches, basado en la caza a caballo. En aquellas extensas praderas, con sus leves pendientes, abundaban el pasto y los bisontes, y los amplios valles fluviales del Arkansas y el Cimarron suministraban agua, leña y abrigo a los comanches y sus manadas. La zona más apreciada de la incipiente Comanchería era la conocida como Big Timbers [Grandes Árboles] de Arkansas, un bosque denso de chopo americano que ocupaba unos cien kilómetros de río desde la confluencia con el río Purgatoire. Conocida entre los españoles como La Casa de Palo, la zona de Big Timbers era un refugio seguro para los caballos. Los troncos de los árboles alzaban un muro protector contra las gélidas brisas, y la corteza y las ramas representaban una fuente de alimento alternativa cuando la hierba escaseaba o estaba sepultada bajo la nieve. Eran ventajas fundamentales, pues el invierno en las llanuras podía ser despiadado incluso en el Sur, pues exponía a los caballos a la hipotermia y la inanición.⁴⁰

Una vez que sus manadas prosperaban al abrigo de Big Timbers, los comanches concluyeron con rapidez la conversión definitiva a un modo de vida plenamente ecuestre. A finales de la década de 1720 todavía utilizaban el caballo de forma parcial, pues acompañaban a los perros para transportar sus pertenencias; pero al cabo de una década habían acumulado tantos caballos que tuvieron que dividirse en múltiples bandas de menor tamaño para satisfacer las necesidades de forraje de las manadas. La unidad social básica era la *nununabkahnis*, una banda compuesta por una o más familias amplias. Esas bandas o, como las llamaban los españoles, rancherías, abarcaban desde una hasta varias docenas de *nununabkahnis*, y podían llegar a integrar desde veinte o treinta miembros hasta varios centenares. Al margen de su envergadura, el parentesco era el motor unificador fundamental: una ranchería era una extensión social de un único jefe o *paraibo*, cuyos lazos de parentesco, influencia política y carisma personal amalgamaban el grupo.⁴¹

Antes de que concluyera la década de 1730, los comanches habían acumulado caballos suficientes para montar a todos su indivi-

CONQUISTA

duos, con lo que alcanzaron el umbral crítico de nomadismo a caballo. Pasaron a utilizar *travois* y tipis mayores y adoptaron la práctica de realizar migraciones estacionales en función de la disponibilidad de bisontes, pasto para los caballos, madera y agua. Esa fue también la época en que empezaron a cazar bisontes a caballo, lo que más adelante se convertiría en el símbolo paradigmático de la prosperidad material y la vistosidad cultural de los indios de las llanuras. En el momento de plena madurez, la cacería era tan espectacular como eficaz. Si se lanzaban a toda velocidad sobre una manada en estampida y disparaban flechas a animales escogidos, un grupo de cazadores podía abatir en una única cacería de menos de una hora entre doscientas y trescientas cabezas. Esa cantidad bastaba para mantener protegidas, vestidas y alimentadas a varios cientos de personas durante más de un mes.⁴²

Los comanches también ocuparon el nicho comercial vacante que dejó el repliegue de los apaches en el norte de Nuevo México. Reanudaron los lazos con Taos, rotos por la guerra, y establecieron otros nuevos con las aldeas del territorio de Chama, al oeste de Taos. Las aldeas se convirtieron enseguida en emplazamiento de ferias comerciales bien reguladas, que atraían al gran número de comanches que viajaban anualmente a los asentamientos de las montañas siguiendo el abrigo del valle del Purgatoire. El principal núcleo de aquel próspero intercambio era Taos, donde los comanches acudían para realizar trueques en los meses de verano bajo «la paz del mercado». Encontraron en los indios pueblo una clientela deseosa de pieles de bisonte, cuero, carnes desecadas, sal y, sobre todo, cautivos. Asentada en el rincón más nororiental de Nuevo México, Taos quedaba fuera del alcance efectivo de la autoridad colonial española, lo que permitía a sus habitantes dedicarse con relativa libertad al comercio de prisioneros, oficialmente prohibido. El tráfico de esclavos estaba consolidado en 1730 y, en 1737, el gobernador Henrique de Olavide y Michelena lo autorizó tácitamente al ordenar que los ciudadanos notificaran el pago de rescates a las autoridades competentes. Los habitantes de Taos fijaban fechas concretas para pagar *rescates*,* y los comanches llevaban infinidad de cautivos que habían

* En español en el original. (N. del T.)

apresado en sus expediciones de caza de esclavos de larga distancia. En 1740, el tráfico de seres humanos era tan abundante que se autorizó a los *genízaros*,* o antiguos prisioneros indios, a constituir su propia comunidad en la frontera, ya que los españoles no podían absorberlos en sus hogares como criados. A cambio de prisioneros, los taoseños satisfacían las necesidades básicas de los comanches para su vida en las llanuras: hidratos de carbono, caballos, utensilios de metal y armas de fuego. Los comanches respondieron suprimiendo las incursiones en cualquier lugar de Nuevo México, con lo que dieron a la colonia un respiro muy necesario de la violencia.⁴³

La paz duró en las llanuras hasta los últimos años de la década de 1730, cuando los comanches presionaron en los territorios apaches situados al sur del valle del Cimarron. Con toda probabilidad, la causa inmediata de la reanudación de la expansión fue demográfica. El éxito de los comanches en la transición hacia la caza a caballo y el nomadismo, junto con la práctica de incorporar mujeres y niños cautivos a sus familias, alimentó un crecimiento demográfico acelerado que debió de exceder la capacidad de carga de sus límites territoriales. En 1740, un observador refería que, solo la cuenca alta del Arkansas, estaba jalonada por entre cincuenta y sesenta campamentos comanches, que juntos debían de albergar unos diez mil habitantes. Además, los campamentos tenían que vivir «dispersos, para atender a los numerosos caballos que obtienen en Nuevo México». Según parece, los comanches se habían vuelto demasiado prósperos para circunscribirse a los límites de la cuenca del Arkansas.⁴⁴

La reactivación de la expansión comanche también guardaba relación con las exigencias derivadas del trueque, la producción y los asaltos, cada vez más intrincadas. Para sustentar su lucrativo comercio en el norte de Nuevo México, los comanches necesitaban, en primer lugar, acceso directo a los esclavos apaches. Además, era igualmente importante abstenerse de robar caballos en Nuevo México para no poner en peligro el acceso a los mercados de esclavos de la colonia. La solución a ambas cuestiones residía en asaltar aldeas apaches en el Sur, lo que arrojaba tanto prisioneros para intercambiar como caballos para uso interno.

* En español en el original. (*N. del T.*)

CONQUISTA

Pero la guerra nunca fue un asunto meramente material para los comanches, cuya motivación englobaba intereses materiales, estratégicos y culturales; en consecuencia, es probable que la nueva fase de expansión tuviera un componente sociocultural interno. Las extenuantes guerras de la década de 1710 y principios de la de 1720 debieron de acentuar los aspectos materiales de la cultura comanche y alimentaron un proceso que, a finales del siglo XVIII, culminaría en una sociedad opulenta en la que los varones podían ascender considerablemente en la escala social llevando a cabo hazañas de guerra. Cada vez más, el funcionamiento interno de la sociedad comanche exigía acciones externas violentas, lo que desencadenó una dinámica muy exigente que debió de entrar en juego a finales de la década de 1730. Más de una década después de finalizadas las guerras apaches, apareció un grupo de guerreros jóvenes que carecía del historial militar de la generación anterior y, por tanto, encontró bloqueado el acceso al prestigio. Para esos varones, la reanudación de los combates debió de haber supuesto un cambio muy deseado que flexibilizó una jerarquía social rígida.⁴⁵

Antes de finales de la década de 1730, las partidas guerreras comanches atacaban a los jicarilla y demás grupos apaches por el norte del Llano Estacado utilizando la misma táctica que tan útil les había sido más al Norte. Cooperando a menudo con los ute, invadieron aldeas apaches mediante ataques relámpago apresando mujeres y niños, destruyendo todo a su paso, desde viviendas hasta cultivos, e interrumpiendo el ciclo agrícola anual, tan minuciosamente organizado. Los resultados se dejaron sentir entre los apaches con más fuerza aún que antes, pues en ese momento los comanches habían desarrollado una maquinaria bélica ecuestre más avanzada. Combatían con unas lanzas que llevaban puntas de metal muy largas y unos arcos pequeños diseñados expresamente para el combate a caballo y protegían las monturas y su propio cuerpo con gruesas corazas de cuero. Avanzaban con mucha flexibilidad combinando incursiones guerrilleras a pequeña escala orientadas al saqueo y ataques frontales masivos con los que destruir al enemigo.⁴⁶

Incapaces de repeler por sí solos la arremetida comanche, los apaches huyeron hacia Nuevo México buscando protección en las inmediaciones de Taos, Picurís, Pecos y Galisteo. Sin embargo, las au-

toridades españolas no estaban dispuestas a reingresar en las disputas entre comanches y apaches, en parte porque seguían el consejo ofrecido por De Rivera de no participar, y en parte porque el primero de los Pactos de Familia entre España y Francia parecía haber concedido a Nuevo México ciertas garantías de que no habría una invasión francesa desde Louisiana. Muchos colonos españoles también se aprovecharon fabulosamente del renacer de las guerras entre comanches y apaches, que supusieron más prisioneros para su mercado de esclavos: el número de bautismos apaches en la colonia se multiplicó por más de dos desde la década de 1730 hasta la de 1740, pues pasó de 136 a 313. De todos modos, poco a poco, Nuevo México se vio arrastrado al conflicto. Las autoridades españolas evitaron participar directamente, pero el hecho de que albergaran refugiados apaches cerca de Pecos y otros lugares debió de haber presentado a los españoles como cualquier cosa menos neutrales. Las autoridades españolas se alejaron de los comanches cuando empezaron a velar por el cumplimiento de la ley, hasta entonces ignorada a menudo, que prohibía a los indios pueblo comerciar con indios no sometidos. El objetivo aparente era excluir a los indios pueblo del cada vez más lucrativo negocio de los esclavos, pero la tentativa también interrumpió el comercio de alimentos, de vital importancia, entre Nuevo México y la Comanchería, lo que empujó a los comanches a depender de los asaltos.⁴⁷

En un plano más abstracto, comanches y españoles discrepaban sobre el modo correcto de actuar en la frontera que los unía y separaba al mismo tiempo. Cuando los dos grupos entraron en contacto por primera vez, las ideas que ambos tenían acerca de las formas elementales de interacción entre sus sociedades (cooperación, intercambio, violencia, lealtad) resultaban casi incomprensibles mutuamente. En la visión del mundo comanche, los regalos, el trueque y el parentesco estaban ligados inexorablemente; constituían una metáfora cultural central que hacía posible las relaciones pacíficas y el comercio material. El intercambio de regalos transformaba a los desconocidos en parientes ficticios y los incorporaba al círculo familiar que satisfacía las necesidades mutuas y por el que los bienes transitaban con relativa libertad desde los más prósperos hasta los más necesitados. El comercio no era un mecanismo de creación de

CONQUISTA

riqueza, sino un medio de sellar compromisos y un modo de forjar redes sociales y políticas que protegieran a sus miembros contra la pobreza y la necesidad.⁴⁸

Por el contrario, los españoles establecían una distinción nítida entre lazos económicos y sociales. También inscribían el comercio en un ritual social, pero insistían en que la mecánica de intercambio efectivo debía estar gobernada por la lógica del mercado; lo que debía determinar lo que se intercambiaba y su precio era el equilibrio entre la oferta y la demanda, y no la relación del comprador con el vendedor. Los españoles creían que el regateo y la volatilidad de los precios eran un elemento esencial del comercio, pues contribuían a fijar el equilibrio entre oferta y demanda, mientras que los comanches entendían el comercio como una modalidad por la que los pueblos emparentados compartían cosas y atendían las necesidades mutuas y, en consecuencia, no regateaban. Se trataba de diferencias algo más que semánticas. Si los españoles negociaban para mejorar el precio, actuaban como si fueran desconocidos y se situaban al margen del círculo de parentesco en el que se desarrollaban el intercambio y el acto de compartir. Y, si se negaban a participar en la ofrenda de regalos, no solo arrancaban el trueque del marco ornamental y superficial al que pertenecía, sino que negaban la razón misma que en primera instancia llevaba a los comanches a comerciar.

Este abismo cultural se estrechó en las décadas de 1720 y 1730, cuando los comanches se encontraron con los comerciantes españoles en Taos y otras ciudades fronterizas; pero, en la década de 1740, todavía distaba mucho de ser un auténtico compromiso mutuo. Por ejemplo, la práctica de distribuir regalos políticos no estaba codificada en la política oficial de Nuevo México, lo cual suponía que la adhesión de los colonos a las formas de diplomacia indígena cambiara de un gobernador y un *alcalde mayor** a otro, por lo que los comanches se quedaban confusos, decepcionados o iracundos en diferentes lugares. En las ferias, los comerciantes españoles intercambiaban regalos con los visitantes comanches y participaban en ceremonias y rituales, pero también quebrantaban el código de buena

* En español en el original. (N. del T.)

conducta comanche regateando, entregando mercancías de peor calidad o negándose a vender determinados artículos, como las armas de fuego.⁴⁹

Las tensiones nacidas de las disputas sobre la neutralidad política, los privilegios comerciales y los protocolos de intercambio estallaron en hostilidades declaradas a principios de la década de 1740. Los comanches y los ute libraron una guerra de asaltos atroz en Nuevo México, donde el saqueo sembró la decadencia al norte de Albuquerque y las autoridades españolas respondieron con expediciones de castigo esporádicas. La contienda adquirió un giro inesperado en 1746, cuando el gobernador Joaquín Codallos y Rabál percibió una amenaza alarmante: pese a la escalada de violencia en la frontera, se decía que los habitantes de Taos informaban a los comanches de los movimientos de las tropas españolas. Aparte de sorprender a las autoridades españolas, este tipo de colaboración era bastante verosímil en el fluido medio social del extremo septentrional de la frontera de España. Tras cosechar los valiosos frutos del comercio comanche durante años, muchos taoseños debieron de concluir que mantener lazos estrechos con los poderosos comanches era una actitud más rentable que ceder a las medidas de control y la exigencia de tributos de la capital provincial. Dejando ver su angustia por la supuesta colaboración, el gobernador Codallos prohibió que los comanches participaran en las ferias de Taos en 1746 y decretó pena de muerte para todo aquel taoseño que se alejara más de una legua de la aldea sin autorización. Al año siguiente, tras una oleada de ataques comanches que casi «destruyó la región de Abiquiu», Codallos emprendió al fin una expedición de castigo a gran escala. Partiendo con más de quinientos soldados y tropas auxiliares indias, intimidó a un gran campamento de indios ute y comanches junto al río Chama, donde dio muerte a 107 personas, apresó a 206 y se apoderó de casi un millar de caballos.⁵⁰

Fue una derrota espectacular, pero lo peor no había llegado. Inmediatamente después de la matanza, los comanches atravesaron una crisis militar grave: vencidos por las tropas españolas en el Oeste, tuvieron que afrontar peligros mayores en el Norte y el Este. En el Norte, heredaron el conflicto fronterizo intermitente de los apaches con los pawnee skidi y chauí (o gran pawnee) en torno al río

CONQUISTA

Loup; una contienda que, a finales de la década de 1740, se había convertido en una feroz guerra de asaltos en la que los pawnee robaban caballos de las rancherías comanches y estos saqueaban aldeas en busca de esclavos y venganza. Los comanches también se enfrentaron en la frontera septentrional a los arapaho, que avanzaron hacia el Sur en busca de caballos desde las llanuras centrales en que habitaban. Pero la situación era aún más delicada en el Este, donde se enfrentaron a los osage, una poderosa nación de cazadores y horticultores que dominaba los territorios fronterizos de praderas altas situados entre el curso bajo del Missouri y el Arkansas y controlaba el acceso a los mercados franceses del País de Illinois, o Alta Louisiana francesa. Atraídos por la demanda francesa de piel de bisonte y esclavos, reforzados por las armas de fuego francesas e impulsados por un crecimiento demográfico acelerado, los osage iniciaron una expansión contundente hacia el Oeste y el Sur a principios del siglo XVIII. A mediados de la década de 1740 habían obligado a todas las comunidades wichita, exceptuando dos aldeas taovaya adyacentes, a trasladarse desde el curso medio del Arkansas hacia el Sur, hacia el río Rojo, y parecían tener campo libre hacia las llanuras occidentales de bisontes y los dominios de los comanches.⁵¹

Fue la hora más crítica de los comanches en las llanuras meridionales. Su medio siglo de expansión los había llevado a la catastrófica situación de librar en varios frentes unas guerras que los rodeaban por tres costados. Pero los años centrales de la década de 1740 también presenciaron una reordenación de la estrategia política general en el exterior que les permitió escapar de la crisis militar. Sustituyendo la guerra por la diplomacia y el establecimiento de tratados, instauraron con rapidez una red de alianzas que no solo estabilizó sus fronteras oriental y septentrional, sino que también les proporcionó acceso al armamento con el que lograron cambiar las tornas militares en el oeste.

La piedra angular del sistema de alianzas fue un acuerdo alcanzado en 1746 con los taovaya, los miembros más poderosos de la confederación wichita y la única de sus tribus que todavía se aferraba al valle del curso medio del Arkansas. Los comanches compartían frontera con los taovaya desde que conquistaron la cuenca alta del Arkansas en la década de 1720, pero los dos grupos mantuvieron

contactos muy limitados hasta mediados de la década de 1740, momento en que los aproximaron unos intereses simétricos. En la alianza entre comanches y taovaya quizás intervinieran agentes franceses que confiaran en ampliar el alcance comercial de Louisiana hacia el Oeste pacificando el corredor del Arkansas; pero fue de cuño indígena, tanto por su concepción como por su contenido. Como unión militar, la alianza permitía a comanches y taovaya unir sus fuerzas para repeler las incesantes incursiones osage desde el Este y el Norte; como asociación comercial, complementaba los dominios de recursos de ambos grupos. Los comanches ofrecían a los taovaya caballos, pieles de bisonte y prisioneros apaches, casi todos los cuales revendían los taovaya en Louisiana; y los taovaya proporcionaban a los comanches las armas de fuego, la pólvora, la munición y los utensilios de hierro que obtenían de los comerciantes franceses, así como el maíz, las judías y las calabazas que cultivaban en las tierras ribereñas. Esta simbiosis con el comercio de alimentos fue esencial para los comanches, que habían perdido su fuente tradicional de productos ricos en hidratos de carbono en 1746 al ser expulsados de las ferias de Taos.⁵²

La alianza comercial entre comanches, taovaya y franceses convirtió el valle del Arkansas en una ruta comercial bulliciosa, por la que iban y venían sin cesar las caravanas comanches y taovaya. Cuando viajaban a la Comanchería, los taovaya solían escoltar a comerciantes franceses, que habían remado en canoas hasta las aldeas taovaya antes de proseguir por tierra hacia las rancherías comanches. Cuando los lazos se consolidaron, los campamentos comanches de la cuenca alta del Arkansas empezaron a adquirir forma de núcleo comercial. En 1748, las autoridades españolas se alarmaron al enterarse de que treinta y tres franceses habían visitado a los comanches del noreste de Taos y habían comprado mulas con «infinitud de mosquetes». Muy pronto circularon por las ferias comanches gran variedad de artículos. A las autoridades españolas de Nuevo México les preocupaba que los franceses llevaran «mosquetes, pólvora, balas, pistolas, sables y ropa basta de todos los colores» y volvieran a Louisiana con «pieles de venado y de otros animales, caballos, mulas, burros y algunos cautivos indios, a quienes los comanches habían hecho prisioneros en tribus con las que guerreaban». Las autorida-

CONQUISTA

des españolas comprendieron la estructura general del intercambio, pero subestimaron el alcance del tráfico de esclavos. En 1753, el gobernador de Louisiana concluyó que la colonia albergaba tantos esclavos apaches que se estaba volviendo muy difícil mantener la vieja red comercial y de alianzas con los apaches.⁵³

Prácticamente de la noche a la mañana, la alianza entre comanches y taovaya alteró el equilibrio de fuerzas en la guerra entre los comanches y Nuevo México. Armados con mosquetes franceses, hachas de hierro y flechas y lanzas con punta de metal, los comanches invirtieron la situación de que habían gozado los españoles desde 1747. Junto con los ute, golpearon Pecos y Galisteo con ataques incessantes y asestaron golpes demoledores a las aldeas circundantes; un informe afirmaba que entre 1744 y 1749 habían muerto a manos de los comanches 150 pecoseños. Más al Norte, en el territorio de Chama, el terror de los ataques de comanches y ute, que solían ser nocturnos, llevó a los colonos a abandonar las aldeas recién creadas de Abiquiu, Ojo Caliente y Quemado. En 1748, los comanches habían tomado la iniciativa y el gobernador Codallos les devolvió los privilegios comerciales en Taos. Codallos fue sustituido al año siguiente por Tomás Vélez de Cachupín, que convirtió a los comanches en una prioridad de la política exterior de Nuevo México: mientras fortificaba Pecos y Galisteo con torreones, puertas y trincheras, empezó también a buscar la paz con los comanches y sus aliados, los ute.⁵⁴

El cambio de la política española fue tanto una reacción a las guerras comanches como una respuesta a su diplomacia furibunda, que había alterado el metabolismo estratégico de los territorios fronterizos del Sudoeste en perjuicio de los españoles. La alianza de comanches y taovaya había dejado a Nuevo México en una situación geopolítica precaria al abrir las llanuras meridionales a los comerciantes y, a juicio de las autoridades españolas, el imperialismo franceses. A finales de la década de 1740 y principios de la de 1750, las autoridades españolas vigilaban obsesivamente las actividades de los franceses en las llanuras y, sobre todo, entre los comanches, a quienes Cachupín describía como «una tribu poderosa que domina a las demás». Proseguía diciendo que los franceses estaban recabando «conocimientos prácticos sobre los terrenos adyacentes a nuestros asen-

tamientos, que recorren libremente con la autorización de los comanches». El gobernador condenaba con dureza las operaciones comerciales francesas, cuyos mercados de ganado en Louisiana estimulaban a los comanches a saquear caballos en Nuevo México. Advertía que «las actividades comerciales que los franceses desarrollan con los cumanches a través de los jumano [wichita] causarán perjuicios de la máxima gravedad a esta provincia. Aunque la nación cumanche desarrolla un comercio similar con nosotros acudiendo al pueblo de Taos [...], siempre que se les presenta la ocasión de robar caballos o atacar a los pueblos de Pecos y Galisteo, no dejan de aprovecharla».⁵⁵

La situación era humillante para Cachupín, pero una delicada dinámica de imposibilidades le dejaba las manos atadas: no podía castigar a los comanches impidiéndoles acceder a las ferias de Taos, pues se arriesgaba a perder a la nación comanche y, por extensión, dejar las llanuras meridionales bajo la órbita de los franceses. Aunque se lamentaba de la «naturaleza perversa» de las ferias de Taos, Cachupín subrayó durante todo su mandato la importancia de mantener «la amistad y el comercio con la tribu comanche, [y de] alejar al mayor número de ellos de los franceses, pues la tribu comanche es la única que puede impedir el acceso [de los franceses] a ese terreno y convertirse en la ruina de Nuevo México». Al gobernador le preocupaba en particular la cadena de distribución de armas de fuego que abastecía a los comanches desde Louisiana a través de los taovaya; sostenía que podía llegar a convertirse en «nuestro gran perjuicio, sobre todo porque este reino tiene muy limitado el armamento y porque sus colonos son demasiado pobres para equiparse por sí solos y demasiado pocos para soportar la carga de una guerra constante». Por último, Cachupín detestaba utilizar la fuerza con los comanches, sencillamente, porque Nuevo México necesitaba ese comercio para su bienestar económico. Insistía en que, con la guerra, «se perdería una rama en extremo valiosa del comercio y los franceses de Nueva Orleans se apropiarían de ella por entero».⁵⁶

Así pues, en lugar de presionar a los comanches, Cachupín trató de ganarse su lealtad ofreciéndoles más artículos y mejores condiciones de intercambio en Taos. Su decisión, fruto de la desesperación, convirtió las ferias de Taos en eventos frenéticos. En 1751, fray

CONQUISTA

Andrés Varo informaba de lo siguiente: «Cuando la delegación comercial india acude a ver a estos gobernadores y alcaldes, estos renuncian a la prudencia». Impulsados por una mezcla explosiva de avaricia y temor, decía Varo, el gobernador y los demás altos cargos acumulaban «el mayor número de caballos posible» y «todos los utensilios de hierro disponibles» para intercambiarlos con los comanches: «En resumen, aquí se reúne todo lo posible para venderlo e intercambiarlo con estos bárbaros a cambio de pieles de bisonte y, lo que es más triste, de esclavos indios, hombres y mujeres, pequeños y grandes, infinidad de ellos, de ambos sexos, pues son como oro y plata y el tesoro más valioso de los gobernadores, que son los primeros que se atiborran de los mejores bocados de esta mesa mientras los demás se conforman con las migajas».⁵⁷

Pero a Varo le resultaba aún más asombroso el comportamiento de los comanches en las ferias. Refería que, antes de entregar a las prisioneras, «las desfloraban y pervertían ante la mirada de una innumerable concurrencia de bárbaros y católicos [...] diciendo con pagana insolencia a quienes las adquirían: “ahora podéis tomarla; ahora es buena”». El sacerdote, horrorizado, atribuía semejantes actos a «la lujuria desenfadada y el descaró brutal» de los comanches, pero es probable que las violaciones públicas fueran un modo de crear mercados de prisioneros. Las violaciones en serie eran una advertencia gráfica de los atroces padecimientos que soportarían las cautivas a manos de los comanches (al menos supuestamente), en caso de que los españoles se negaran a pagar el rescate. En otras palabras: la brutalidad contribuía a legitimar el mercado de esclavos ante los españoles. De hecho, en 1751, el inspector de guerra de Ciudad de México calificó el *rescate** que practicaba Nuevo México como «una obra loable» de «salvación de [...] los pocos esclavos de los indios». «Mediante este intercambio —argumentaba el inspector—, estos niños cautivos se pueden educar y criar en el redil de esta iglesia y, si el tráfico se interrumpiera, los cumanches los matarían».⁵⁸

A finales de 1751, cuando llevaba dos años de mandato, el gobernador Cachupín necesitaba con urgencia asestar un golpe decisi-

* En español en el original. (N. del T.)

vo a los comanches, cuyas maniobras de exclusión, política de asalto e intercambio y tácticas comerciales toscas desmoralizaban a los habitantes de Nuevo México, desde sacerdotes y funcionarios hasta colonos de a pie e indios pueblo. Pero, pese a lo mucho que Nuevo México necesitaba la paz, los españoles no estaban acostumbrados a negociar con indígenas en condiciones de inferioridad. En todo caso, en el mes de noviembre, un golpe militar inesperado eliminó los obstáculos políticos que impedían alcanzar la paz. Después de otro ataque comanche en Pecos, en esta ocasión realizado por trescientos guerreros, Cachupín persiguió a los saqueadores con noventa y dos soldados, milicianos y tropas auxiliares indias y, con ayuda de exploradores *genízaros*,* los sitió en un desfiladero sin salida del Llano Estacado. Aquello se convirtió en una batalla campal casi cuerpo a cuerpo, a la que los españoles estaban acostumbrados y con la que, a diferencia de los comanches, se sentían cómodos. El enfrentamiento duró muchas horas y, al caer la noche, a los indios no les quedaban flechas ni pólvora. Los soldados españoles prendieron fuego a los matorrales y castigaron a los comanches, ahora iluminados por el resplandor de las llamas, con descargas de fuego de mosquete «que supusieron su ruina y destrucción». Murieron ciento doce comanches y se rindieron treinta y tres. Los supervivientes, según informaba Cachupín, lloraban «de dolor» e hicieron con madera una «santa cruz que me ofrecieron con suma veneración, acercándola a sus labios y a los míos». Esa victoria espectacular permitió al gobernador iniciar negociaciones con los comanches desde una posición más igualitaria, y no perdió tiempo en hacerlo. Retuvo como rehenes a cuatro mujeres, pero liberó a todos los demás prisioneros para enviarlos a sus tierras con una ofrenda de tabaco y una oferta de paz. Les prometió libertad para comerciar en Taos y les pidió que devolvieran a todos los prisioneros españoles que se habían llevado de Abiquiu en 1747.⁵⁹

Durante la primera mitad del siglo XVIII, las autoridades españolas raras veces se detenían a estudiar al pueblo que frustraba sus ambiciones coloniales en el Sudoeste y, en las contadas ocasiones que escribieron algo sobre los comanches, los presentaban siempre como

* En español en el original. (*N. del T.*)

CONQUISTA

bárbaros con una capacidad desmedida para la violencia y unas dotes mínimas para el orden social.⁶⁰ Pero ahora, en las primeras conversaciones de paz formales entre los dos pueblos, empezaba a aflorar una imagen distinta. Si bien la idea de que eran unos salvajes se mantenía, los informes españoles atribuían a los comanches una organización política sofisticada, con jerarquías bien diferenciadas, procedimientos consolidados para que la toma de decisiones fuera, en términos generales, participativa y sistemas de comunicación eficaces.

En diciembre de 1751, cuando los supervivientes de la catastrófica batalla transmitieron la oferta de paz de Cachupín a los comanches, los jefes de diversas rancherías enviaron emisarios para convocar un gran consejo. La reunión, auspiciada según parece por un jefe llamado Nimiricante (¿Caníbal?), fue dura. Los jefes de diferentes rancherías discutieron acaloradamente la oferta de paz de Cachupín y se esforzaron por alcanzar un consenso. Había un obstáculo relacionado con el destino de cinco cautivos españoles (tres mujeres y dos niños), cuyo regreso había fijado Cachupín como requisito para la paz. El hermano de Nimiricante se negaba a abandonar a las mujeres que tenía cautivas, y Nimiricante intervino ordenándole que se retirara del consejo «o asumiera el castigo». Finalmente, se llegó a un acuerdo y se decidió firmar la paz «y aprovechar las ventajas de las ferias». El jefe El Oso, a quien se presentaba como «el pequeño rey de todos ellos», afirmaba que llevaría a sus partidarios a Taos si los españoles «no les negaban los artículos que se les antojaran». El consejo remitió un mensaje a «todas las rancherías de que iban a ser amigos de los españoles y no causarles ningún daño robando caballos ni cometiendo ningún otro tipo de hostilidades, y que quienes tuvieran prisioneras a mujeres españolas debían entregárselas para devolverlas».⁶¹

En la primavera de 1752, varias delegaciones de jefes comanches visitaron al gobernador Cachupín en Taos y Santa Fe, donde forjaron unos lazos personales que sellaban y simbolizaban las buenas relaciones entre ambas sociedades. Cachupín entregó regalos a todas las delegaciones para que los llevaran a sus tierras, «pues son indispensables para estos pueblos», y liberó a las cuatro mujeres tomadas como rehenes en la batalla de noviembre. Sin embargo, el proceso que conducía a la paz era frágil y se vio amenazado por los

asaltos continuos de los comanches. Una delegación enviada por El Oso pidió disculpas por los ataques exponiendo que «algunos comanches eran tan embusteros que, si bien sus jefes les advirtieron y aconsejaron, no bastaba para impedir que cometieran semejantes delitos». Mediante este tipo de interacciones personales y el intercambio de regalos, prisioneros y palabras, los comanches y los españoles forjaron poco a poco una paz que puso fin a más de una década de violencia sin tregua.⁶²

El acuerdo de paz definitivo, el primero entre europeos y comanches, fue muy favorable para los indios. A cambio de la promesa personal de los jefes de impedir que sus súbditos llevaran a cabo asaltos, los comanches recibieron varias concesiones importantes. Cachupín les garantizó acceso sin restricciones a las ferias de Pecos y derecho a reanudar los *rescates** en Taos, privilegio que logró sofocar los intentos de los cazadores de esclavos de Nuevo México de monopolizar la trata. Cachupín promulgó también un protocolo diplomático meticuloso que atendía a las sensibilidades de los comanches. Según el nuevo reglamento, el gobernador de Nuevo México se convertía de hecho en un mediador que preservaba la paz mediante actos ceremoniales y protegía a los comanches de la avaricia y las tácticas comerciales toscas de los colonos. En términos más generales, el tratado reconocía a los comanches como nación soberana (concesión que los españoles negaron a muchas sociedades indígenas menores), con lo que establecía un precedente que después imitarían México, la República de Texas y Estados Unidos. Cachupín percibía que la paz no era para los comanches un estado de coexistencia estático que dos partes acordaran al mismo tiempo, sino más bien una frágil situación que debía revalidarse continuamente con palabras y hechos. Atendiendo a esta premisa, dio instrucciones a los gobernadores de Nuevo México para que asistieran en persona a las ferias comerciales, «se sentaran» con los jefes comanches, «les enviaran tabaco» y se sirvieran de «diferentes manifestaciones de amistad y confianza que la discreción y sabiduría recomiendan para conocer sus deseos». Le aconsejaba incluso sobre gestos y apariencias. «Los actos y las circunstancias visibles de nuestra apariencia

* En español en el original. (N. del T.)

CONQUISTA

influyen sobremanera en la idea que [los comanches] deben formarse —advertía a su sucesor—. Deberéis presentaros con habilidad y con palabras expresivas, acomodar a vuestro aspecto un semblante grave y sereno que puedan respetar y, así, desarrollar una amistad fiel». Por último, Cachupín especificaba que las autoridades españolas deberían velar por los convoyes comerciales comanches. Los soldados debían proteger las manadas de caballos comanches durante las ferias y, los gobernadores, arbitrar personalmente en cualquier disputa. Atendiendo a todos los detalles, ordenó a los colonos que, durante las ferias, guardaran todo el ganado con el que no desearan comerciar fuera de los límites de la ciudad, pues negarse a vender podía enfurecer a los comanches. Sin apreciarlo (o reconocerlo) por completo, Cachupín había empezado a amoldar las prácticas comerciales españolas a los principios comanches, que exigían que las posesiones materiales fluyeran libremente entre los amigos y aliados. En la cultura comanche, la reticencia a compartir significaba algo más que tacañería; equivalía a enemistad.⁶³

Durante las conversaciones de paz, además, Cachupín cedió a la supremacía de los comanches en las Grandes Llanuras, al este de Nuevo México, y retiró el apoyo de España a los apaches. Convenció a las aldeas que quedaban de apaches carlana, cuartelejo y paloma de que se trasladaran desde las llanuras abiertas hasta las inmediaciones de Pecos, dejando así despejado el norte del Llano Estacado para uso de los comanches. A partir de entonces, lejos de la cordillera Sangre de Cristo y Sierra Mescalero, los apaches carlana, cuartelejo y paloma solo pudieron llevar a cabo cacerías esporádicas en las praderas. Se ciñeron tanto a Pecos que, cuando realizaban incursiones de caza breves, solían dejar a las mujeres y niños en la ciudad. Cuando Bernardo de Miera y Pacheco, soldado y cartógrafo que había visitado la Comanchería en varias ocasiones, elaboró en 1758 un mapa del reino de Nuevo México, identificó las llanuras de bisontes de la ribera oriental del río Pecos simplemente como «tierra de cumanches», y situó todas las rancherías apaches al oeste del valle. Los apaches que no buscaron refugio en Nuevo México emigraron al Sur y al Este para unirse a sus primos, los apaches lipán, en las llanuras de Texas. Una vez que los apaches estuvieron encerrados junto a Pecos o reubicados más al Sur, los comanches

controlaron la totalidad de las llanuras occidentales, desde el valle del Arkansas hasta el río Rojo.⁶⁴

Al mismo tiempo que los comanches firmaban la paz con Nuevo México y usurpaban las tierras de los apaches al norte del Llano Estacado, cosechaban también unas victorias diplomáticas y militares esenciales en sus fronteras septentrional y oriental. En 1750, la distensión con los taovaya los había llevado a forjar una alianza con los pawnee skidi y chauí, parientes próximos de aquellos. Estos contactos pacificaron la frontera septentrional de los comanches y, al mismo tiempo, incrementaron su capacidad para combatir a los osage en el Este. La alianza entre comanches, taovaya y pawnee adoptó una posición clara contra los osage. Las tres naciones se sentían amenazadas por estos últimos y pretendían unir sus esfuerzos contra ellos, cuyas partidas de guerreros recorrían un territorio que abarcaba desde el río Missouri hasta el Canadian. En 1751, la triple alianza realizó un ataque masivo contra el enemigo común, con el que mató a treinta y dos jefes y asestó un golpe devastador a la nación osage.⁶⁵

La guerra conjunta reportó más beneficios a los pawnee y los comanches que a los taovaya, cuyas aldeas aisladas en el curso medio del Arkansas tuvieron que soportar el castigo de los ataques de los osage. La resistencia de los taovaya se vino abajo en 1757 y se replegaron unos trescientos veinte kilómetros al sur del río Rojo, donde erigieron aldeas nuevas justamente al oeste de Cross Timbers, una franja de tierra cubierta de robles escuálidos que discurre de Norte a Sur entre los ríos Rojo y Brazos. Con el fin de prepararse para futuros ataques de los osage, los taovaya alzaron sus cabañas de paja muy juntas y cercaron las aldeas con fosos anchos y profundos, maderas de tres metros y medio de altura y terraplenes de arena. Mientras tanto, los comanches lograron mantener intacto su recién adquirido territorio. Los osage no consiguieron aproximarse a las llanuras ralas en las que abundaban los bisontes, y la frontera entre comanches y osage en el curso medio de los ríos Arkansas, Cimarron y Canadian acabó siendo una tierra de nadie en la que ambos grupos entraban a regañadientes, pues ponían en peligro su vida. Esta zona neutral, nacida del mutuo temor, pervivió hasta bien entrado el siglo XIX: los oficiales del ejército estadounidense descubrieron su existencia en la década de 1830, cuando inspeccionaron las llanuras meridionales.⁶⁶

CONQUISTA

El tratado de 1752 entre los comanches y Nuevo México dejó una herencia desigual. Si bien sirvió para pacificar las relaciones entre comanches y españoles y contribuyó a poner fin a las guerras prolongadas entre comanches y apaches en el Llano Estacado, también supuso el desmoronamiento de la duradera unión entre comanches y ute. La alianza entre ambos ya estaba maltrecha a principios de la década de 1750, tras haber agotado su utilidad en aquel mundo fluido y cambiante. Luego, sucedieron otras cosas (Cachupín dejó el cargo provisionalmente, estalló la guerra entre indios y franceses y un niño cautivo se negó a ser rescatado) y el conflicto entre comanches y ute se transformó en una guerra descontrolada que envolvió a los territorios fronterizos.

Las fuentes no aportan más que atisbos fragmentarios del deterioro de las relaciones entre comanches y ute. Las primeras señales de problemas aparecieron en 1749, cuando una banda ute pidió apoyo militar español contra los comanches en Santa Fe. Y dos años después, cuando los comanches iniciaron las conversaciones de paz con Nuevo México, acudieron sin los ute, que iniciaron su propia negociación con el gobernador Cachupín y llegaron a un acuerdo independiente en 1752. A finales de ese mismo año, según indican las fuentes españolas, los comanches y los ute habían librado varios enfrentamientos.⁶⁷

El hecho de que la alianza entre comanches y ute, que había durado medio siglo, se desintegrara precisamente cuando finalizó la guerra contra los apaches y los españoles no era casualidad. Al parecer, la guerra había sido el aglutinante que mantuvo unida la alianza y, su final, hizo aflorar tensiones latentes. El principal elemento de disputa era el acceso a los mercados de Nuevo México, que sufrían una escasez de artículos que los propios comanches y ute habían contribuido a agravar. Pese a que Nuevo México estaba subsidiada continuamente por Ciudad de México, se había empobrecido cada vez más durante las largas guerras contra comanches y ute y, a finales de la década de 1740, la colonia encontraba dificultades para producir bienes suficientes con que abastecer a todos sus clientes indígenas. Luego, vinieron los enfrentamientos entre comanches y ute en las ferias y sus inmediaciones, lo que impulsó a Cachupín a dar instrucciones a su sucesor de que coordinara meticulosamente las visitas

de comanches y ute a Taos con el fin de evitar confrontaciones violentas.⁶⁸

Pero los intereses de comanches y ute no solo se solapaban y chocaban; también divergían. A diferencia de los comanches, los ute nunca transformaron por entero su vida al llegar a las llanuras; solo una de las subtribus, los ute muache, realizó un esfuerzo importante para desarrollar una cultura específica de aquel lugar. Mientras que los comanches rompieron enseguida sus lazos con las Rocosas, los ute siguieron realizando migraciones estacionales entre las montañas y las praderas. Se unían a los comanches para asaltar el este de Nuevo México durante los meses cálidos, pero pasaban la estación fría al abrigo de las Rocosas. El distanciamiento se ahondó a finales de la década de 1740 y principios de la de 1750, cuando los comanches forjaron su red de alianzas orientada a vivir en las llanuras, maniobra unilateral que, a su vez, produjo un desgarró en su unión con los ute, que no estaban incluidos en los nuevos acuerdos políticos con los franceses, los taovaya y los pawnee. El sistema de alianzas comanche aisló a los ute del comercio y la diplomacia de las llanuras y situó a los dos grupos en rumbos de política exterior dispares. Los comanches se convirtieron en agentes esenciales del drama imperial que se desplegaba en los disputados territorios fronterizos situados entre río Grande y el valle del Misisipí, un posicionamiento que los apartó cada vez más, desde el punto de vista político y geográfico, de los ute, de orientación más local.⁶⁹

El conflicto entre comanches y ute nació como un enfrentamiento entre dos antiguos aliados, pero se convirtió con rapidez en una guerra de territorios fronterizos de primer orden. Aunque los ute habían enseñado a los comanches a montar a caballo, ahora se veían indefensos frente a la caballería comanche y, angustiados, solicitaron ayuda y protección de los españoles. El gobernador Cachupín logró mantener el equilibrio entre ambos sin comprometerse con ninguno, pero aquella paz tan frágil no sobrevivió a su marcha, en 1754. El nuevo gobernador, Francisco Marín del Valle, carecía del dominio que tenía su predecesor de la diplomacia intercultural y multipolar, y permitió que se deshilaran los lazos personales con los jefes comanches, que revestían una importancia esencial; posteriormente los comanches lamentarían que «hubieran acudido

CONQUISTA

con el corazón desbordante de buena voluntad para alcanzar la paz pero [...] que el gobernador [...] no deseara nunca escucharlos directamente». Marín del Valle también limitó el comercio de los indios promulgando un *bando** por el que se prohibía venderles armas de fuego, cuchillos y demás armamento. Alarmados por la abundancia cada vez mayor de caballos entre los comanches (una acumulación que alimentaba la adquisición de armas en la Louisiana francesa), prohibió la venta de yeguas de cría, sementales y asnos y fijó el elevado precio de quince pieles por cada caballo capón de primera calidad.⁷⁰

Sin demorarse mucho, los comanches reanudaron los ataques y se lanzaron al pillaje en Pecos, Galisteo y otras aldeas fronterizas en busca de caballos y prisioneros. En respuesta, los españoles constituyeron una coalición anticomanche flexible con los ute y las bandas de refugiados apaches que vivían en la frontera de Nuevo México. Sin embargo, al mismo tiempo, los españoles mantuvieron los mercados abiertos a los comanches por miedo a que la ruptura definitiva intensificara las incursiones. La guerra fronteriza que poco a poco congregó fuerzas a la estela de la Guerra de los Siete Años fue, por tanto, un conflicto confuso y de múltiples facetas, en el que la distinción entre enemigos y aliados solía difuminarse y el terror era un arma fundamental.

Pese a la escalada de incursiones, Taos siguió acogiendo a los comerciantes comanches, en apariencia con la aprobación oficial española; fray Pedro Tamarón y Romeral informaba de que los convoyes comerciales comanches acudían cada año a las ferias de Taos, igual que el gobernador de Nuevo México y «gentes de todo el reino». Para disgusto de Tamarón, los comanches solían pagar el maíz y los utensilios de metal que recibían de los taoseños con caballos y artículos robados en otros asentamientos de Nuevo México. Cuando se le preguntaba por los asaltos, señalaba que los jefes comanches afirmaban no estar involucrados en bravuconadas sanguinarias. «“No seáis confiados” —replicaba un jefe—. “Recordad que entre nosotros hay granujas, exactamente igual que entre vos. Ahorcad a todos los que atrapéis”». Estas afirmaciones no necesariamente re-

* En español en el original. (N. del T.)

flejaban divisiones entre las filas de los comanches. Como indican los acontecimientos subsiguientes, parecen haber sido retórica bien calculada para confundir a las autoridades españolas y mantener el acceso a los mercados de Taos.⁷¹

La feria de Taos del verano de 1760 fue aún más indisciplinada de lo habitual, pues no solo hubo un trueque animado, sino también una danza ritual en la que los taoseños exhibieron veinticuatro cabezallas recién cortadas. Cuando los comanches estaban a punto de partir, la población, como si quisiera poner a prueba la sinceridad de las afirmaciones de los comanches según las cuales se podía dar muerte libremente a los asaltantes «granujas», reveló que las cabezallas pertenecían a los comanches. Los indios abandonaron el pueblo pacíficamente, pero regresaron con una fuerza militar avasalladora. En lo que fue una notable exhibición de unidad y organización, se decía que tres mil guerreros comanches habían atacado Taos, al parecer, con la «intención de acabar» con el pueblo. Como los asaltantes no consiguieron atravesar los gruesos muros de la ciudad, se entregaron a un festín destructivo saqueando todo el valle de Taos. Quemaron doce ranchos próximos a la aldea española de Ranchos de Taos y esquilmaron la fortaleza local, la hacienda fortificada de Pablo Francisco Villalpando, mataron a diecisiete personas y raptaron a cincuenta y seis mujeres y niños. La región jamás se recuperó por completo. Dieciséis años después, cuando un observador visitó el valle de Taos, señaló la existencia de «una serie de ruinas de ranchos otrora excelentes».⁷²

El año siguiente, 1761, dejó aún más violencia y disturbios. En diciembre, una embajada comanche de cincuenta y ocho tipis llegó a Taos para pedir rescate por algunos de los prisioneros que habían raptado el año anterior. Precedidos por Onacama, su «hombre principal», entraron en el pueblo diez capitanes comanches para reunirse con Manuel del Portillo Urrisola, el gobernador interino. Las conversaciones fracasaron cuando uno de los cautivos, un niño de nueve años, se negó a separarse de sus captores. Del Portillo apresó al niño y a los capitanes comanches. Tras vencer a los guardias, los comanches se liberaron y se atrincheraron en un establo del interior de Taos. Del Portillo sacó a sus tropas del pueblo e, «invocando a la Reina de los Ángeles y los hombres», les dio rienda suelta en el cam-

CONQUISTA

pamento comanche, desprevenido. Entre el ejército de Del Portillo había un grupo de ute que había prometido luchar «a muerte» junto a los españoles.⁷³

El resultado fue una de las peores catástrofes militares de la historia de los comanches. Aturdidos por la descarga de los cañones y el fuego de los mosquetes, los guerreros abandonaron el campo de batalla dejando en él a la mayoría de las mujeres y niños. Del Portillo ordenó a sus hombres que los persiguieran, pero los guerreros ute se separaron y arrasaron el campamento comanche llevándose «más de un millar de caballos y mulas y más de trescientas mujeres comanches, maduras y jóvenes». Mientras tanto, los soldados de Del Portillo prosiguieron la persecución hasta que llegaron a «un lugar por el que era imposible pasar». Allí, informó, «seguimos matando comanches. Los campos quedaron cubiertos con sus cuerpos, pues ninguno de ellos quiso rendirse para seguir vivo». Notificó la muerte de cuatrocientos comanches. Al regresar a Taos, ordenó que se prendiera fuego al establo con los jefes comanches encerrados. Salieron dos capitanes. A uno lo mataron de un disparo en el acto; el otro huyó, herido y sangrando.⁷⁴

Un prisionero ute que se encontraba en aquella época entre los comanches, pero consiguió huir, describió después en la Comanchería las consecuencias de la batalla. Aterrorizado y dolido, los comanches que sobrevivieron, cuyo número no pasó de treinta y seis, «prendieron fuego a todas sus pertenencias, mataron todas sus manadas de caballos, se cortaron las orejas y salieron huyendo». El dolor abatió a todo el mundo, pero debió de haber sido especialmente atroz para aquellos cuyas esposas, hijos y parientes estaban entre los muertos o los prisioneros. Según el código social comanche, el honor de un hombre dependía de su capacidad para proteger y ensanchar su red de parentesco, y perder a la esposa o los hijos ante los enemigos representaba una vergüenza insoportable que se traducía en la pérdida del respeto masculino. La pérdida constituía un estigma que solo se podía eliminar recuperando a los parientes, sustituyéndolos por las mujeres e hijos de los captores o enterrando simbólicamente a los muertos con cadáveres enemigos. Dicho de otro modo: el dolor y la pérdida masivas exigían una retribución masiva.⁷⁵

Fue en medio de todo este caos fronterizo cuando Cachupín regresó, en enero de 1762, para cumplir su segundo mandato. Sorprendido al descubrir que la paz que tan cuidadosamente había forjado estaba hecha trizas, y alarmado por los rumores de que los comanches se preparaban para lanzar una guerra generalizada contra la colonia, liberó de inmediato a seis mujeres comanches y las devolvió a su tierra «como embajadoras de su nación». Los informes detallados de Cachupín, que también incluían testimonios comanches, aportan una imagen estereoscópica sobre las complejas negociaciones que siguieron. Cuando las seis embajadoras llegaron a la Comanchería con la propuesta de paz, encontraron a los comanches «reunidos en consejo, discutiendo el medio más seguro de guerrear contra los españoles». Sin embargo, al enterarse del regreso de Cachupín a Nuevo México, el consejo adoptó al instante un plan distinto. Los jefes y ancianos decidieron enviar nueve jefes de segundo rango, dos de los cuales tenían derecho a dar «opiniones a su gobierno», para que se reunieran con el gobernador. Escortados por sesenta guerreros, los emisarios llegaron algunas semanas después a Taos, desde donde fueron acomodados en Santa Fe. Por el camino, siguiendo las órdenes de Cachupín, los oficiales españoles prodigaron a los comanches infinidad de regalos «para que comprendieran nuestra amabilidad y buena fe». Los emisarios llegaron al Palacio del Gobernador portando una cruz muy grande y otras más pequeñas colgadas del cuello, y «bien armados con mosquetes franceses», con lo que transmitían un mensaje heterogéneo que, al mismo tiempo, subrayaba la voluntad negociadora de los comanches y su poderío militar y alcance internacional. Curiosamente, Cachupín reconoció a algunos de los nueve jefes, a quienes recordaba de su mandato anterior, concluido hacía ocho años, lo que indica que el sistema político comanche se basaba en cargos de liderazgo institucionalizados.⁷⁶

Los delegados comanches iniciaron las conversaciones enumerando las afrentas, que abarcaban desde el ataque no provocado del gobernador Del Portillo en 1761 hasta el caos de las ferias de Taos y las restricciones impuestas al comercio comanche en Nuevo México. La respuesta de Cachupín fue una mezcla de remordimiento, reconciliación y paternalismo manifiesto. Afirmó que las hostilidades recientes habían quebrantado, pero no anulado, los lazos de

CONQUISTA

amistad trabados en 1752. Lamentaba que ambas partes «hubieran actuado de forma insensata haciéndose la guerra, cuando deberían haber sido los mejores amigos». Luego, expuso su propuesta de paz. Prometió restablecer los privilegios comerciales de los comanches y los invitó a visitar Nuevo México «con frecuencia, sin miedo ni falta de confianza». También sugirió que ambas partes devolvieran sus prisioneros, con lo que eliminarían hábilmente una causa fundamental de la violencia fronteriza: el dolor nacido de la pérdida de parientes en el cautiverio y las redes de parentesco con otros pueblos. Visiblemente satisfechos, los comanches prometieron trasladar las condiciones «para conocimiento de todos sus jefes y hombres principales de la nación», y Cachupín los agasajó con presentes para que «fumaran y pensaran bien la decisión que tomaban respecto a mis propuestas».⁷⁷

La respuesta de los comanches llegó varios meses después, cuando se presentó en Santa Fe otra embajada: cuatro jefes, siete guerreros y diez mujeres y niños. «Enviados por los dos jefes supremos» de su nación, los emisarios informaron a Cachupín de que se había dado la orden a «todas las rancherías de la tribu de que celebraran consejo y apresuraran la devolución de todos los españoles que tuvieran prisioneros, jóvenes y maduros». Los cuatro jefes solicitaron luego a Cachupín que devolviera un prisionero a cada uno, «algún pariente o su propia mujer, a la que tal vez podría localizar», con el fin de que tuvieran pruebas de la «estima» que sentía hacia la nación comanche. Cachupín ordenó que llevaran a treinta y una mujeres y niños ante los jefes, cada uno de los cuales, a continuación, «escogió al pariente más cercano». Los actos sellaron la paz transformando el potencial violento y perjudicial impreso en la institución del cautiverio en un puente intercultural. Cuando los jefes se reunieron con sus seres queridos y restablecieron las redes de parentesco rotas, desapareció una causa importante del conflicto entre comanches y españoles. El gobernador se felicitaba posteriormente de que, como consecuencia de esta acción, los jefes mostraran «una satisfacción y placer innegables; todos me abrazaron por el cuello y me dieron las gracias repetidamente. Ahora decían que su tribu ya no tenía motivo alguno para temer, ni seguir otro dictado que el del respeto a una paz auténtica y una alianza sólida con los españoles».⁷⁸

Este proceder, que reflejaba y se cimentaba en las negociaciones de diez años atrás, fue algo más que unas conversaciones de paz: fue un intento de crear un territorio político y cultural intermedio entre dos naciones. Cuando Cachupín documentó con minuciosidad las costumbres y prácticas políticas de los comanches, no solo estaba saciando la sed de detalles de la burocracia española, sino que también estaba escribiendo un manual de comunicación intercultural. Y cuando gratificó a los comanches con regalos, no trataba simplemente de despertar su buena voluntad, sino que apelaba a la opinión comanche de que no podía existir paz auténtica sin regalos, que convertían a los enemigos en amigos y, a los desconocidos, en parientes metafóricos. Adelantándose a una transformación profunda de la política española hacia los indios que, en la década de 1780, remodelaría la frontera septentrional de España, Cachupín había descubierto que la paz con las naciones indias dependía más de los regalos y los lazos personales que de los vínculos institucionales. Requería abandonar los sueños de supremacía cultural ante la realidad de la acomodación y el intercambio culturales.⁷⁹

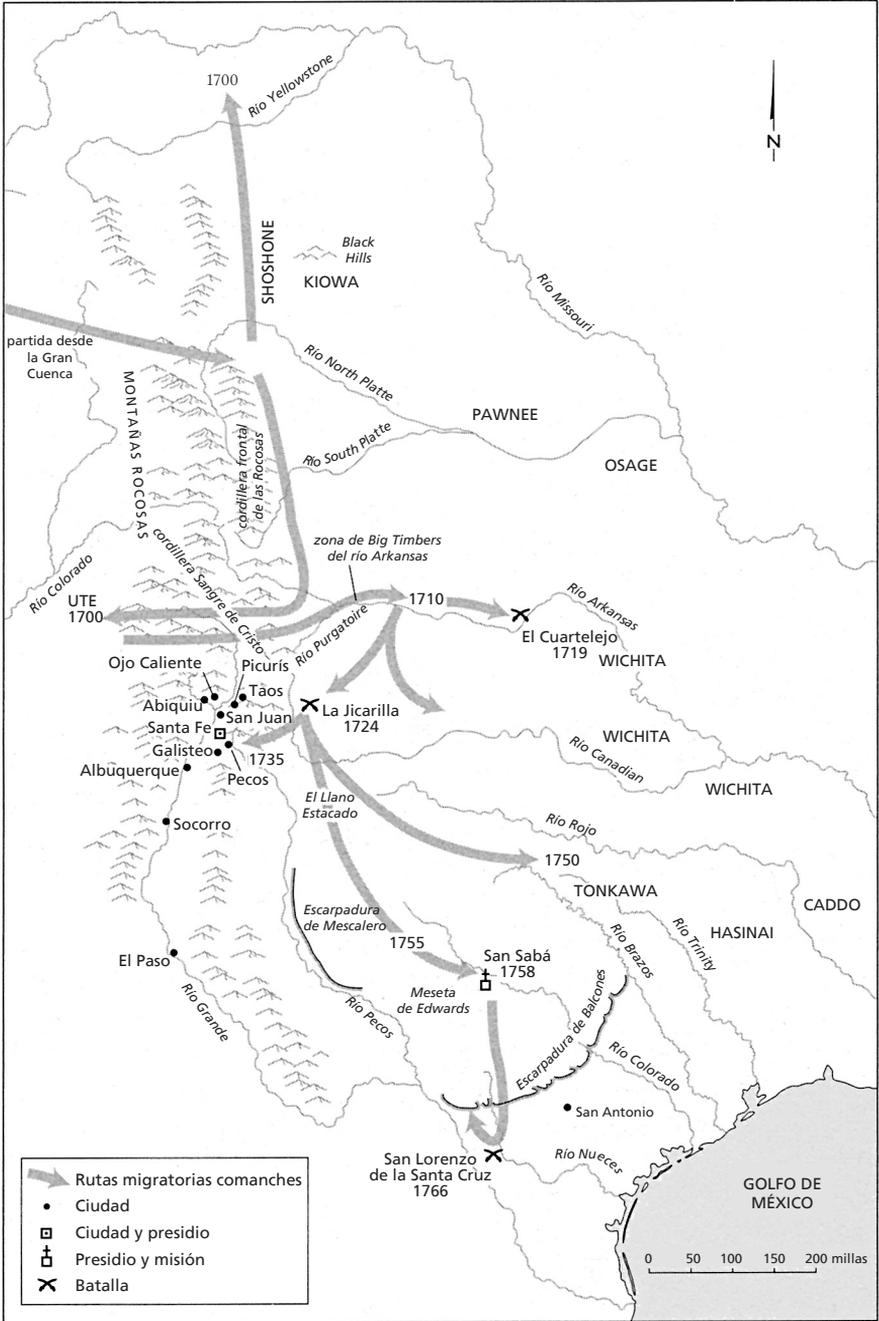
Pero los españoles no fueron los únicos que hicieron concesiones. Los comanches, tan ansiosos de paz como ellos, se comprometieron también a allanar el camino para una acomodación mutua más profunda. No insistieron en inscribir la alianza en metáforas de parentesco fraternal, sino que aceptaron, al menos en apariencia, la idea patriarcal de Cachupín de que habían rendido «obediencia y vasallaje al capitán más grande y poderoso del mundo, el rey y señor de los españoles». Era una interpretación ficticia que ignoraba el equilibrio de poder real sobre el terreno, pero se trataba de una ficción compartida por ambas partes, si bien por diferentes motivos. Para Cachupín, la formulación patriarcal era una necesidad, el único modo posible de justificar ante sus superiores de Ciudad de México y Madrid una alianza con salvajes paganos. Los comanches también interpretaban la alianza a través de su propio prisma cultural. Esperaban que las personas de autoridad fueran custodios generosos, no gobernantes autócratas, y es probable que esperaran que el rey de España fuera un benefactor que les enviara regalos, preservara sus privilegios comerciales y los protegiera contra atrocidades como el ataque del gobernador Del Portillo de 1761. Los comanches tam-

CONQUISTA

bién parecían haber respetado (cuando no aceptado) la idea de que Nuevo México no era una colección de comunidades autónomas con las que pudieran mantener relaciones independientes, o incluso contradictorias. Desde el establecimiento del acuerdo, evitaron durante varios años su tradicional política de asalto y comercio en Nuevo México y respetaron una paz universal con la provincia.⁸⁰

Además de pacificar la frontera de los comanches con Nuevo México, el acuerdo de 1762 también selló el resultado de la guerra entre comanches y ute, que duraba una década. Ahora que los españoles y los comanches estaban unidos, los ute ya no podían confiar en que los españoles respaldaran su lucha por conservar un punto de apoyo en el ecosistema fronterizo entre llanuras y montañas. Los muache, la banda ute más orientada a la vida en las llanuras, se retiró hacia el Oeste y desplazó sus actividades comerciales de Taos a Abiquiu y Ojo Caliente, que habían sido repobladas en la década de 1750. Abiquiu y Ojo Caliente estaban separadas de Taos por el río Grande y el río Chama, lo que significaba que los muache estaban alejados ahora del territorio de interés de los comanches. Los muache se replegaron al interior de las montañas para unirse a otras bandas ute, dejando la frontera oriental de Nuevo México a los comanches, unos antiguos aliados y parientes que habían prosperado a partir de la alianza con ellos.⁸¹

Contrariamente a las esperanzas de los españoles, el tratado de 1762 no frenó la expansión comanche. En el momento en que consolidaron su dominio sobre las praderas del este de Nuevo México con el tratado de 1762, ya había comenzado la siguiente fase diferenciada de su expansión, la tercera. A principios de la década de 1750, mientras todavía se libraban en el Llano Estacado las batallas de la fase expansionista anterior, varias bandas de comanches kotsoteka penetraron en el Sur atravesando el inmenso altiplano de la Meseta de Edwards hasta la Escarpadura de Balcones, donde las llanuras elevadas se transforman en las tierras bajas de Texas. Fue una de las conquistas territoriales más explosivas de la historia de América del Norte. En menos de una década, la totalidad de las llanuras de Texas, una vasta extensión de lomas onduladas y llanuras que abarca desde



1. Migraciones y expansión comanche. Mapa de Bill Nelson.

CONQUISTA

el río Pecos, en el Oeste, hasta Cross Timbers, en el Este, y desde el río Rojo, en el Norte, hasta la Escarpadura de Balcones, en el Sur, pasó a ser de dominio comanche. El estallido expansionista convirtió a los comanches en una superpotencia territorial. La Comancheería resultante abarcaba más de 400.000 kilómetros cuadrados y proyectaba una sombra alargada sobre los designios imperiales europeos en el centro del subcontinente.

La conquista comanche de las llanuras de Texas se alimentó de varios factores. En parte era una reedición de la dinámica habitual. La necesidad de ensanchar su economía de caballos y bisontes les había llevado a las praderas en torno a 1700 y, ahora, medio siglo después, esa misma necesidad les empujaba hacia las llanuras de Texas. En la década de 1750 ya habían concluido la transición al nomadismo y la caza a caballo y, con ello, simplificaron drásticamente su economía. La caza a caballo se convirtió en el pilar de su economía hasta llegar a eclipsar otras estrategias de subsistencia. La recolección disminuyó, la ingesta de pescado pasó a ser tabú y las aves de corral se redujeron a un alimento de emergencia que comían tan solo cuando escaseaban otras provisiones. Pero ahora todo giraba en torno a su capacidad para sustentar el aumento de sus ya abultadas manadas de caballos, y fue este imperativo el que los atrajo hacia el Sur. La Texas española estaba salpicada de misiones, presidios y ranchos civiles en los que abundaban los caballos, pero estaban insuficientemente guarnecidos de efectivos, lo que los convertía en una presa relativamente fácil para los asaltos de guerreros a caballo. Los innumerables caballos salvajes errantes por las colinas del norte de la frontera de Texas, tal vez un millón en total y listos para ser capturados y domados, eran un incentivo aún mayor.⁸²

La invasión pudo haber estado motivada asimismo por la variabilidad geopolítica. Los últimos años de la década de 1740 fueron testigo de la aparición de otra coalición anticomanche; en esta ocasión, entre la Texas española y los apaches lipán. Desde la fundación de los primeros asentamientos coloniales españoles permanentes en San Antonio y Los Adaes, a finales de la década de 1710, los colonos habían luchado con los lipán, que asaltaban Texas para obtener la tecnología europea que ya no podían adquirir en los mercados de Nuevo México. Fue una guerra intermitente agotadora, caracteriza-

da por el robo de caballos por parte de los lipán y las represalias de los españoles, así como por la captura de prisioneros por ambas partes. Pero en 1749, tras varias tentativas fallidas, los dos bandos firmaron la paz en San Antonio, en una ceremonia que se prolongó tres días y culminó con el entierro ritual de las armas, de un caballo vivo y de la propia guerra. La creciente amenaza de los comanches aceleró el acuerdo. Los apaches lipán, que acababan de incorporar gran número de refugiados apaches jicarilla procedentes del Norte, afirmaron en las conversaciones de paz que querían apoyo y armas españolas para repeler a las bandas comanches hostiles que empezaban a violar su territorio. Igualmente alarmadas por la expansión comanche, las autoridades españolas aprovecharon la oportunidad. Argumentaban que, si armaban a los apaches lipán, podrían alzar una barrera entre su joven colonia y la expansión de los comanches. Estos últimos, cuyas partidas de caza y exploración llevaban frecuentando Texas desde principios de la década de 1740, debieron de ser conscientes de la amenaza desde el principio.⁸³

Por último, el amplio movimiento de los comanches para adentrarse en las llanuras de Texas pudo haber sido una respuesta a la transformación de la geografía comercial. La expulsión de sus aliados taovaya desde el río Arkansas hasta el río Rojo en la década de 1750 bajo la presión de los osage impulsó a los comerciantes franceses a trasladar sus actividades desde el corredor del Arkansas hasta la cuenca baja del río Rojo, donde en 1716 se había fundado un satélite comercial importante, el fuerte St. Jean Baptiste aux Natchitoches. Este desplazamiento súbito del centro de gravedad comercial también debió de haber sido un poderoso incentivo para que los comanches se reubicaran en el Sur, pues habían acabado por depender mucho del eje comercial entre franceses y taovaya, su principal fuente de maíz, armas de fuego y metales.⁸⁴

La invasión comanche de las llanuras de Texas se desarrolló en dos planos: el diplomático y el militar. Cuando llegaron al valle del río Rojo, lo primero que hicieron fue integrarse en la red de alianzas de la región. Restablecieron sus relaciones comerciales con los taovaya quienes, a continuación, les pusieron en contacto con los tonkawa, un grupo multiétnico de cazadores nómadas localizados entre los ríos Colorado y Trinity. También establecieron lazos provisionales con la

CONQUISTA

confederación hasinai, la rama más occidental del pueblo caddo, que vivía en grandes comunidades urbanas entre los ríos Ouachita y Neches y realizaban incursiones de caza anuales en las llanuras meridionales. Esta coalición emergente, a la que los españoles acababan denominando como *norteños*,* se cimentaba en intereses comunes en política exterior. Al igual que los comanches, tanto los taovaya como los tonkawa y los hasinai estaban alarmados por el pacto entre españoles y apaches lipán, que amenazaba con excluirlos de los mercados de Texas y hacerlos vulnerables a los apaches. Los taovaya y los hasinai también estaban enzarzados en una guerra perdida contra los apaches lipán por los territorios de caza, y ansiosos por recabar el apoyo de los fabulosos comanches. Aunque las autoridades españolas culparían más adelante a los agentes franceses de fomentar una coalición de *norteños* contra los españoles, la motivación inmediata de la alianza entre comanches, taovaya, tonkawa y hasinai fue la decisión española de aliarse con los apaches lipán excluyendo a los demás grupos indígenas.⁸⁵

Reforzados por aliados y armamento nuevos, los comanches lanzaron a principios de la década de 1750 una ofensiva sistemática contra los apaches lipán. Fue casi una reedición de las guerras anteriores entre comanches y apaches. Al igual que sus parientes del Norte, los lipán habían adoptado poco a poco la agricultura ribereña a pequeña escala, que ahora mermaba su capacidad para enfrentarse a partidas de guerra comanches, con mayor movilidad. Limitados por la sujeción a los campos de cultivo y la escasez de caballos (una sequía grave había diezariado sus manadas en la década de 1740), los apaches lipán fueron incapaces de detener el avance comanche. En 1755 invitaron a los comanches a celebrar conversaciones de paz junto al río Guadalupe. Los dos grupos «cantaron juntos y exhibieron las armas en señal de amistad»; pero la paz no duró mucho. Los apaches lipán recurrieron entonces a los españoles en busca de apoyo militar jurando aceptar el cristianismo, abandonar las costumbres nómadas y dedicarse por entero a la agricultura. La oferta fue acogida con entusiasmo por los colonos que, tras décadas de esfuerzos misioneros frustrados, pudieron empezar por fin a cumplir el

* En español en el original. (N. del T.)

papel que se les había asignado en el sistema imperial de España: transformar nómadas en conversos y alzar una zona de protección habitada por agricultores indios pacíficos para preservar de la invasión extranjera las minas de plata del norte de México. En la primavera de 1757 se inició en el valle de San Sabá la construcción de un nuevo complejo integrado por una misión y un presidio.⁸⁶

El plan de San Sabá encarnaba a pequeña escala los errores de cálculo estratégicos que desde el principio asolaron las iniciativas de España en América del Norte. El primero tenía que ver con la propia localización, que a primera vista parecía una elección propicia. El valle de San Sabá tenía un lecho ancho y fácil de regar, muy adecuado para la agricultura, y que ofrecía buenas perspectivas para la minería. A más de doscientos kilómetros de San Antonio, el principal núcleo político y demográfico, San Sabá también podría haberse convertido en un baluarte protector de Texas desde el interior de sus llanuras. Pero esa distancia mediana también significaba que el complejo de misión y presidio sería una avanzadilla aislada al borde del territorio comanche, donde permanecería indefensa en un conflicto que su mera presencia provocaba. (Parece ser que los apaches lipán eran plenamente conscientes de ello: en junio de 1757 visitó el lugar de la construcción un grupo de unos tres mil pero, en última instancia, solo se quedaron con los franciscanos un puñado de familias; el resto se marchó quejándose de que estaba demasiado próximo al territorio comanche.) San Sabá también estaba mal diseñado para defenderse. Para impedir los contactos sexuales y la cohabitación entre soldados españoles y mujeres indias, los frailes habían insistido en que el presidio se construyera cinco kilómetros río arriba de la misión, con lo que quedaba absolutamente expuesto a los ataques. Pero tal vez el error más grave fuera económico. Si bien la misión se sufragó con fondos privados de un magnate de la minería, el presidio, concebido para alojar a cuatrocientas personas, absorbió una mano de obra y unos fondos que habrían sido necesarios en cualquier otro lugar depauperado de Texas. Así pues, con el plan de San Sabá, Texas comprometía sus limitados recursos en una iniciativa con pocas probabilidades de éxito que, prácticamente, invitaba a los enemigos a atacarla.⁸⁷

El ataque se produjo el 16 de marzo de 1758, cuando unos dos

CONQUISTA

mil comanches, taovaya, tonkawa y hasinai se presentaron ante las puertas de la misión de San Sabá proclamando que «habían ido con la intención de matar a los apaches». El grueso de las fuerzas irrumpió en el complejo de la misión y empezó a saquearlo y a buscar apaches, mientras que el resto se dirigía al presidio. Cuando los guardianes abrieron fuego, los indios se retiraron y se reagruparon en torno a la misión. Con el rostro «embadurnado de pintura negra y roja», equipados con lanzas, alfanjes, yelmos, corazas de metal y «al menos mil» mosquetes franceses, y encabezados por un jefe comanche ataviado con uniforme de oficial francés, prendieron fuego a los edificios («tan deprisa que, lo más probable, es que hubieran planificado hacerlo de antemano») y mataron a tiros a quienes no lograron encontrar refugio. El recuento de cadáveres llevado a cabo por los guardias del presidio que habían pasado demasiado miedo como para hacer frente al avasallador ejército indio arrojó ocho bajas.⁸⁸

Aunque el número de bajas fuera reducido, la repercusión psicológica fue enorme. El ataque fue una operación militar encaminada a eliminar una invasión enemiga, pero también un acto simbólico cargado de mensajes políticos. Los atacantes declararon abiertamente su identidad, tal vez para indicar reivindicaciones territoriales, o quizá para afirmar que no tenían miedo a las represalias de los españoles, y el armamento francés exhibido según todas las versiones indicaba contactos comerciales y políticos de gran alcance. Parece que toda aquella violencia se desplegó para causar el máximo impacto posible. Los atacantes mataron bueyes y otros animales, destruyeron adornos de la iglesia y joyas y cuadros sagrados y derribaron y decapitaron la imagen de San Francisco. Dejaron tras de sí cuerpos descuartizados, sin cabellera o sin ojos y colocaron en el altar de la iglesia el cuerpo decapitado de un fraile. Si la intención era utilizar la violencia de forma estratégica para persuadir a los españoles de que dejaran de apoyar a los apaches, funcionó. «Entregados al robo y al error —atestiguaba el padre Manuel de Molina—, no renunciarán a estas actividades, ni dejarán de llevar a cabo sus diabólicos planes». Los datos del ataque (la envergadura de la coalición, la abundancia de armamento francés y su capacidad organizativa manifiesta) se dejaron sentir por toda la Texas española. Un oficial afirmaba que los indios eran tan superiores «en número y armamento

que es muy posible que nos destruyan». Otros oficiales, viendo intrigas de los franceses en el ataque, temían que se repitieran mientras los comerciantes y las armas francesas siguieran llegando al Oeste desde Louisiana. La destrucción de la misión de San Sabá dejó también desmoralizados a los apaches, aunque ninguno de los suyos hubiera muerto en el asalto. Al ver que los presidios y los soldados españoles no podían protegerlos en las llanuras, los apaches lipán empezaron a replegarse hacia el Sur y el Este y crearon nuevas aldeas junto a los ríos Colorado, Guadalupe y Frío, al borde de las praderas.⁸⁹

Una vez que los lipán huyeron de las llanuras y la misión de San Sabá quedó arrasada, los españoles descubrieron que libraban una guerra que había perdido su razón de ser estratégica. Pero, en lugar de buscar la paz con los *norteños*,* las autoridades de Ciudad de México decidieron proseguirla. Motivados más por el deseo de restaurar el honor español que por una argumentación táctica, ordenaron que el presidio de San Sabá siguiera ocupado. Cuando convencieron a algunas bandas de apaches lipán de que se instalaran en las inmediaciones del presidio, los comanches respondieron con ataques constantes. Luego, en agosto de 1758, las autoridades españolas enviaron hacia el Norte al coronel Diego Ortiz Parrilla, el comandante mancillado del presidio de San Sabá, con una guarnición de 360 soldados y voluntarios, 134 exploradores apaches y 42 auxiliares indios. Las tropas de Parrilla se anotaron una victoria sensacional en el río Clear Fork, afluente del Brazos, donde atacaron por sorpresa un campamento tonkawa aislado y mataron a 55 indios y apresaron a 149 hombres, mujeres y niños. Embriagados por aquel triunfo inesperado, el grupo siguió avanzando hacia el valle del río Rojo, donde llegaron hasta una aldea taovaya fortificada que también albergaba bandas comanches. Parrilla ordenó a sus tropas que realizaran un ataque frontal, pero los guerreros taovaya y comanches lanzaron un contraataque igualmente organizado realizando descargas reiteradas a lomos de sus caballos. Otros taovaya y comanches disparaban a los atacantes desde las elevaciones guarnecidas de la aldea, interrumpiendo el fuego tan solo para mofarse de los solda-

* En español en el original. (*N. del T.*)

CONQUISTA

dos desconcertados. Tras cuatro horas de tentativas vanas, y cuando el número de bajas aumentaba de forma alarmante, Parrilla ordenó la retirada dejando abandonados dos cañones de bronce.⁹⁰

Solo tras la catástrofe de Parrilla empezaron los españoles a dudar de la racionalidad de su política contra los comanches y de la idea de alzar en las llanuras una barrera protectora apache. En 1760, Ángel Martos y Navarrete, gobernador de Texas, suspendió las campañas contra los *norteños*,* quienes devolvieron el gesto deteniendo los ataques contra los apaches y contra Texas. Dos años después, los franciscanos fundaron dos misiones sin autorización, San Lorenzo de la Santa Cruz y Nuestra Señora de la Candelaria del Cañón, en la cuenca alta del río Nueces. Situadas a unos ciento cuarenta kilómetros al sur de San Sabá, ofrecieron a los apaches un refugio apartado del dominio comanche.⁹¹

Pero el reajuste de la política fronteriza de Texas seguía incompleto, pues la colonia aún mantenía tropas en el presidio de San Sabá e, incluso, proporcionaba escolta militar a las partidas de caza apaches que iban a las llanuras. Los españoles también alojaban apaches cerca de San Antonio, lo que impedía que los *norteños** comerciaran en la villa. La indecisión de las autoridades de Texas estuvo a punto de destruir la colonia. Indignados por el continuo apoyo que prestaban a sus enemigos, los comanches y sus aliados iniciaron una guerra de asaltos feroz. Atacaban sin tregua aldeas apaches y asentamientos españoles, con lo que crearon una zona de fractura amplia y de forma triangular, propensa a las fisuras, que abarcaba desde San Sabá hasta San Antonio y las misiones del río Nueces. Los ataques culminaron en enero de 1766, cuando cuatrocientos comanches, taovaya, tonkawa y hasiani saquearon San Lorenzo y pusieron en fuga a los apaches lipán, aterrorizados; tras la acometida, no quedó en la misión «ni un solo indio». Aunque la campaña acabó de forma desastrosa cuando los *norteños** que regresaban cayeron en una emboscada española y sufrieron numerosas bajas por fuego de cañón, la descomunal demostración de fuerza ahogó las esperanzas de los apaches lipán de mantener un punto de apoyo siquiera en las márgenes de las llanuras. Al cabo de un año, todos los lipán se habían retirado

* En español en el original. (N. del T.)

a las llanuras costeras de Texas, los desiertos que rodean el valle del río Grande y las montañas de Coahuila, donde se unieron a sus primos, los apaches natagé, para forjar una nueva economía basada en las incursiones en las aldeas y ranchos españoles del sur de Texas, Nueva Vizcaya y Coahuila. La diáspora apache de las llanuras había concluido, y una zona de protección de 160 kilómetros de anchura y muy despoblada separaba los dominios de los comanches de la frontera meridional de la Comanchería.⁹²

Con la destrucción de la misión de San Lorenzo, la estrategia de la frontera de Texas llegó a un punto muerto. Sin embargo, como venía siendo habitual, fue necesaria una intervención exterior para imprimir un nuevo rumbo a políticas y prácticas consolidadas. La intervención llegó en 1767, cuando el marqués de Rubí amplió a Texas su célebre gira de inspección de dos años por las defensas fronterizas de Nueva España. Al igual que hiciera Pedro De Rivera en Nuevo México cuarenta años antes, Rubí encontró en Texas una colonia maltrecha y en exceso dispersa que se desvivía bajo la presión comanche. Descubrió que los comanches y sus aliados «rodeaban nuestros asentamientos, que están mal situados, son endebles e incapaces [...] de oponer resistencia a un torrente de enemigos que, sin duda, destacan por su fuerza y su número». Y, al igual que De Rivera, Rubí proponía soluciones drásticas. Decidido a acabar con «la credulidad y la indulgencia avergonzada» de las autoridades de Texas mediante una dosis fuerte de *realpolitik*, los instaba a buscar la paz con los poderosos comanches y a deshacer la «desgraciada» alianza con los apaches lipán, que no hizo más que provocar las agresiones de los comanches contra Texas. Rubí aconsejaba que, si era necesario, Texas considerara la posibilidad del «exterminio total» de los lipán, que habían adoptado la práctica de los asaltos en el sur de Texas mientras «nos alimentan con una amistad embustera y un supuesto deseo de someterse».⁹³

Las propuestas de Rubí no recibieron el beneplácito oficial de la corona hasta 1772, pero las autoridades de Texas las pusieron en práctica de inmediato. En 1769, por recomendación de Rubí, suprimieron de una vez por todas el presidio del río San Sabá y adoptaron una política de conciliación con los comanches. Mucho después de aquello, los españoles empezaron a concebir sus territorios fronteri-

CONQUISTA

zos de las llanuras como un mundo bipolar en el que había dos grandes potencias, los comanches y España, donde no quedaba espacio alguno para la renqueante nación apache.⁹⁴

«Es innegable que, algún día, tendremos por vecinas a las naciones del Norte; ya se están acercando a nosotros», advertía Rubí en 1768 para defender la desaparición de los apaches de las llanuras que separaban Texas de la Comanchería, en expansión. La advertencia de Rubí era tan pertinente como anticuada: en el momento en que redactó su informe, los comanches ya habían llegado a la frontera de Texas y sus dominios adquirirían una envergadura asombrosa.

Con los apaches lipán vencidos y en fuga, los comanches controlaban casi la totalidad de las llanuras meridionales, que flanqueaban y cercaban la frontera septentrional de España casi en la totalidad del arco que formaba. El oeste de la Comanchería, territorio de los comanches yamparika, jupe y kotsoteka, presionaba en Nuevo México desde Taos hasta Albuquerque. Por el Este, dominio sobre todo de los kotsoteka, tan solo les separaba un día de viaje de San Antonio, el núcleo demográfico más importante de Texas. Más que la sede de un gran proyecto colonizador, San Antonio había acabado por convertirse en la primera línea de una frontera española que había cedido en la zona central y se había desplegado en torno a la Comanchería.

Además, la colonización comanche había desplazado a millares de apaches desde las Grandes Llanuras hacia el sur y el oeste del río Grande, donde se habían unido a otros grupos apaches para asaltar aldeas, haciendas y ranchos españoles. A mediados del siglo XVIII, los apaches habían construido un territorio de guerra inmenso que abarcaba 1.200 kilómetros desde el norte de Sonora hasta Coahuila, atravesando Nueva Vizcaya, lo que planteaba una amenaza grave para los distritos mineros del norte de Nueva España. El objetivo último de Rubí era crear una frontera septentrional sólida entre Nuevo México y Texas pero, a finales de la década de 1760, las colonias gemelas se habían convertido en unas franjas estrechas y aisladas, embutidas entre dos dominios indígenas en rápida expansión. De hecho, si las tropas y los viajeros españoles querían ir a Santa Fe

CONQUISTA

desde San Antonio, tenían que enfilarse hacia el *sur* y dar un rodeo a través de Saltillo, al sureste de Coahuila, y El Paso, en el curso medio del río Grande, para llegar a su destino bordeando con cuidado la recién fundada Comanchería y la Apachería, trasladada allí.⁹⁵

Cuando las autoridades españolas repararon de repente en la nueva realidad geopolítica, y cuando los oficiales de Texas y Nuevo México comparaban el asombroso éxito de su rival indígena con sus fracasos a la hora de extender la autoridad española hacia el interior de América del Norte, los comanches y su campaña colonizadora se convirtieron en objeto de análisis minucioso. A juicio de muchos observadores, analizar el ascenso de los comanches desde las tinieblas hasta la hegemonía regional suponía también un ejercicio de autocritica espantoso. En el extremo septentrional, más que en cualquier otro lugar, los españoles no habían logrado el requisito esencial de su proyecto colonial: impedir la difusión a gran escala de la tecnología europea entre los indios no conquistados y no sedentarios. En toda la frontera septentrional, desde Nuevo México a Texas, los colonos españoles se enfrentaban a los comanches, que combatían a caballo, con mosquetes de chispa y lanzas con punta de metal, utilizando tecnología española para contener el imperialismo español. Ese revés tecnológico y militar, unido a la supuesta crueldad intrínseca de los comanches, explicaba su ascenso en la mente de los españoles. En 1778, De Miera y Pacheco ofreció una valoración rutinaria en una serie de leyendas de mapas. «Esta nación es muy belicosa y cruel», decía una de las leyendas para describir a los comanches, mientras que otra presentaba la colonización comanche de las llanuras meridionales como una conquista militar épica: «Consiguieron caballos y armas de hierro, y han adquirido tal destreza en el manejo de ambos que superan a todas las naciones en agilidad y valor. Se han convertido en los señores de la tierra de los bisontes, arrebatándosela a la nación apache, que antaño fuera la más extendida de todas las [naciones indígenas] conocidas en América. Han destruido muchas naciones [apaches] y, las que perviven, han avanzado hacia las fronteras de las provincias de nuestro Rey».⁹⁶

Este tipo de descripciones refleja una verdad obvia: los comanches eran guerreros más diestros que habían igualado y superado a los españoles en el combate a caballo. Sus ataques guerrilleros velo-

ces y amplios, perfeccionados durante las guerras prolongadas contra los apaches, sembraban confusión entre colonos y soldados españoles, que preferían luchar en lugares cerrados y en formaciones muy disciplinadas. Dada su extraordinaria movilidad, los comanches podían atacar por sorpresa y distraer e inutilizar al enemigo con cargas individuales, en apariencia desorganizadas, para interrumpirlas de inmediato y lanzarse al galope decenas de kilómetros hasta llegar a un lugar seguro. Si los perseguían, se dispersaban por praderas sin sendas obligando a sus perseguidores a tener que escoger entre múltiples blancos. Pero las explicaciones que solo subrayan la capacidad de combate en bruto soslayan un aspecto fundamental: la abrumadora fuerza militar de los comanches nacía de un núcleo económico, social y cultural dinámico. Bajo la imagen marcial había un pueblo con mucha capacidad de adaptación, que incorporaba innovaciones con decisión y se reinventaba a sí mismo continuamente.

El complejo de poder de los comanches era mucho más que una creación militar; era también (en realidad, sobre todo) una construcción política. La colonización de las llanuras meridionales fue una empresa militar fundada en una diplomacia astuta y pragmática. Mientras las atravesaban, forjaron una serie de alianzas estratégicas que reforzaron su poderío al tiempo que dejaban a sus competidores indefensos y divididos. Derrotaron a los apaches y a sus aliados españoles en varias guerras sucesivas, y en todas ellas lucharon junto a aliados poderosos. Mantuvieron su prolongada alianza con los ute durante décadas, hasta que la abandonaron en la de 1750, cuando el derrumbamiento de la resistencia apache en el Llano Estacado restó valor a los ute como aliados y los convirtió en rivales. Aprovechando las fisuras entre los colonos españoles y sus súbditos, alimentaron lazos estrechos con los taoseños, que les suministraron caballos y armas aun cuando Nuevo México y los comanches estuvieran librando una guerra declarada. En dos ocasiones, a principios de la década de 1750 y de la de 1760, los comanches también negociaron tratados de paz muy favorables con Nuevo México, combinando la persuasión de la diplomacia con la amenaza de violencia para obligar a los españoles a modificar su política fronteriza paternalista y agresiva y adoptar un enfoque más acomodaticio.

CONQUISTA

La cumbre de la diplomacia comanche fue la arrolladora red de alianzas que establecieron a principios de la década de 1750 con los taovaya, los pawnee skidi y chauí, los tonkawa, los hasinai y la Louisiana francesa. Ese conjunto de alianzas hizo que la incipiente Comanchería dejara de ser un entorno aislado y militarizado para convertirse en un punto de enlace de infinidad de rutas comerciales, al tiempo que marginaba desde el punto de vista político y comercial a los apaches y los españoles. Les permitió acceder a armas de fuego, pólvora, plomo y otros bienes europeos, así como enfrentar a los españoles contra sus rivales franceses. También les permitió poner en marcha grandes campañas militares multinacionales, que aplastaron los restos de resistencia apache y obligaron a Nueva España a aceptar un nuevo orden geopolítico en sus territorios fronterizos septentrionales.

Pero el ascenso de los comanches también hundía sus raíces en la economía: había una relación directa entre la expansión territorial y la fuerza productiva. Como primer pueblo de las llanuras que se entregó por entero al nomadismo y la caza a caballo, los comanches disfrutaron de una ventaja decisiva: lograron explotar más a fondo que cualesquiera de sus competidores las vastas reservas bioenergéticas almacenadas en las manadas de bisontes de las llanuras. Al reinventarse a sí mismos como cazadores a caballo de bisontes, simplificaron e intensificaron su economía de forma espectacular; pocas sociedades en la historia han dependido de un modo tan absoluto de una única fuente de alimento, y pocas como la de los comanches de principios del siglo XVIII han experimentado un incremento tan acelerado de la ingesta total de calorías. A su vez, hizo posible un crecimiento demográfico rápido y sostenido, el factor individual más importante de los subyacentes a la «comanchización» de las llanuras meridionales.

Aunque el conflicto entre comanches y apaches estuvo salpicado de varias treguas, fue una guerra de desgaste interminable, de medio siglo de duración, en la que los vínculos entre demografía, producción y poderío militar acabaron siendo cada vez más pronunciados. Allá donde el crecimiento demográfico apache se estancaba y descendía en picado, el número de comanches aumentaba con rapidez y absorbía incluso una cifra de bajas importante. Padecieron bajas de

guerra reiteradas y devastadoras (las más notables, en 1747, 1751 y 1761, cuando las tropas españolas libraron combate con grupos de guerreros que viajaban con familias y se enfrentaron en batallas campales) y, pese a todo, el crecimiento demográfico se mantuvo sin merma. Según una estimación (probablemente a la baja), en 1726 había mil quinientos comanches; pero parece ser que en 1750 su población superaba los diez mil y, seguramente, se aproximaba a los quince mil. Para los apaches, la invasión de los comanches debió de parecer una marea humana irrefrenable que crecía, inundaba las llanuras meridionales y barría su forma de vida con la mera fuerza de su inercia.⁹⁷

Pero, si el modo de vida ecuestre pleno ofrecía ventajas económicas, demográficas y militares tan evidentes, ¿por qué lo adoptaron solo los comanches? ¿Por qué los apaches siguieron aferrándose a sus campos de cultivo y sus aldeas, incluso después de que quedara patente que esa firmeza iba sumiendo en el olvido a su civilización de las llanuras? Parte de la respuesta reside, al menos, en la trayectoria evolutiva divergente de ambos grupos, así como en las diferencias resultantes en la actitud hacia las innovaciones y el cambio cultural. Cuando estallaron las guerras entre comanches y apaches a principios del siglo XVIII, los apaches atravesaban un largo proceso de transformación de sí mismos en pueblo agrícola. Iniciado a caballo entre los siglos XVI y XVII, había adquirido un impulso considerable a principios del siglo XVIII. Para entonces, el complejo agrícola (su ciclo anual peculiar, las labores, las relaciones sociales, las creencias y las ceremonias) había calado hasta el corazón mismo de la cultura apache, lo que hacía casi inconcebible el retorno al nomadismo y la caza. Las presiones políticas externas reducían el espectro de posibilidades de los apaches, pues todas las ofertas de ayuda militar española contra las arremetidas de los comanches estaban supeditadas a que abandonaran las cacerías ocasionales, se asentaran de una vez por todas y se convirtieran en agricultores a tiempo completo.⁹⁸

Por el contrario, para los comanches, la transición hacia el modo de vida ecuestre apenas supuso esfuerzo. Desde una perspectiva muy general, el modo de vida ecuestre solo representó para ellos una etapa más de un continuo evolutivo acelerado que los había visto emigrar desde las llanuras centrales hasta el sur de las Rocosas y, en

CONQUISTA

el lapso de pocos años, dejar de ser cazadores de a pie que utilizaban piedras y huesos para convertirse en asaltantes, cazadores de esclavos y de ganado y comerciantes a caballo, equipados con armas de fuego y metales, que hacían incursiones en los territorios fronterizos españoles. Ante este telón de fondo, la transición al nomadismo a caballo en las llanuras meridionales no supuso tanto una revolución cultural como una fase más de una gran carrera adaptativa. Ya moldeados por una migración arrolladora, los comanches ingresaron en las llanuras meridionales siendo un pueblo con una capacidad de adaptación extraordinaria y dispuesto a aprovechar al máximo las posibilidades del modo de vida ecuestre.

Así pues, en última instancia, las maniobras ecuestres deslumbrantes y los ataques guerrilleros temibles que dispararon la imaginación de la época eran, sencillamente, aplicación del abrumador poderío económico y demográfico que obtuvieron mediante una capacidad de adaptación muy versátil. Athanase de Mézières, un funcionario de carrera francés, y posteriormente español, que presenció en primera fila la transformación de las relaciones de poder en las llanuras meridionales, lo percibió en 1770. En lugar de resaltar la destreza militar como elemento esencial del ascenso de los comanches, enumeró rasgos económicos más prosaicos, que abarcaban desde la fuerza de sus miembros y la independencia económica hasta los pastos y la envergadura de sus manadas. A su juicio, la conquista comanche de las llanuras meridionales fue un caso de imperialismo demográfico y económico. Concluyó que los comanches «se extienden desde el gran río Missuris hasta las inmediaciones de los presidios fronterizos de Nueva España. Son un pueblo tan numeroso y altivo al que, cuando se le pregunta su número, no encuentra obstáculo para compararlo con el de las estrellas. Son tan hábiles en el manejo del caballo que no tienen igual; tan temerarios, que jamás piden ni conceden treguas; y poseen un territorio tan vasto que, encontrando en él abundancia de pasto para sus caballos y un extraordinario número de cabezas de ganado para proveerse de vestido, alimento y abrigo, solo les falta poseer todas las comodidades de la tierra, y no tienen necesidad alguna de codiciar el comercio que ansían los indios de otras tribus, a quienes califican de esclavos de los europeos y desprecian».⁹⁹

